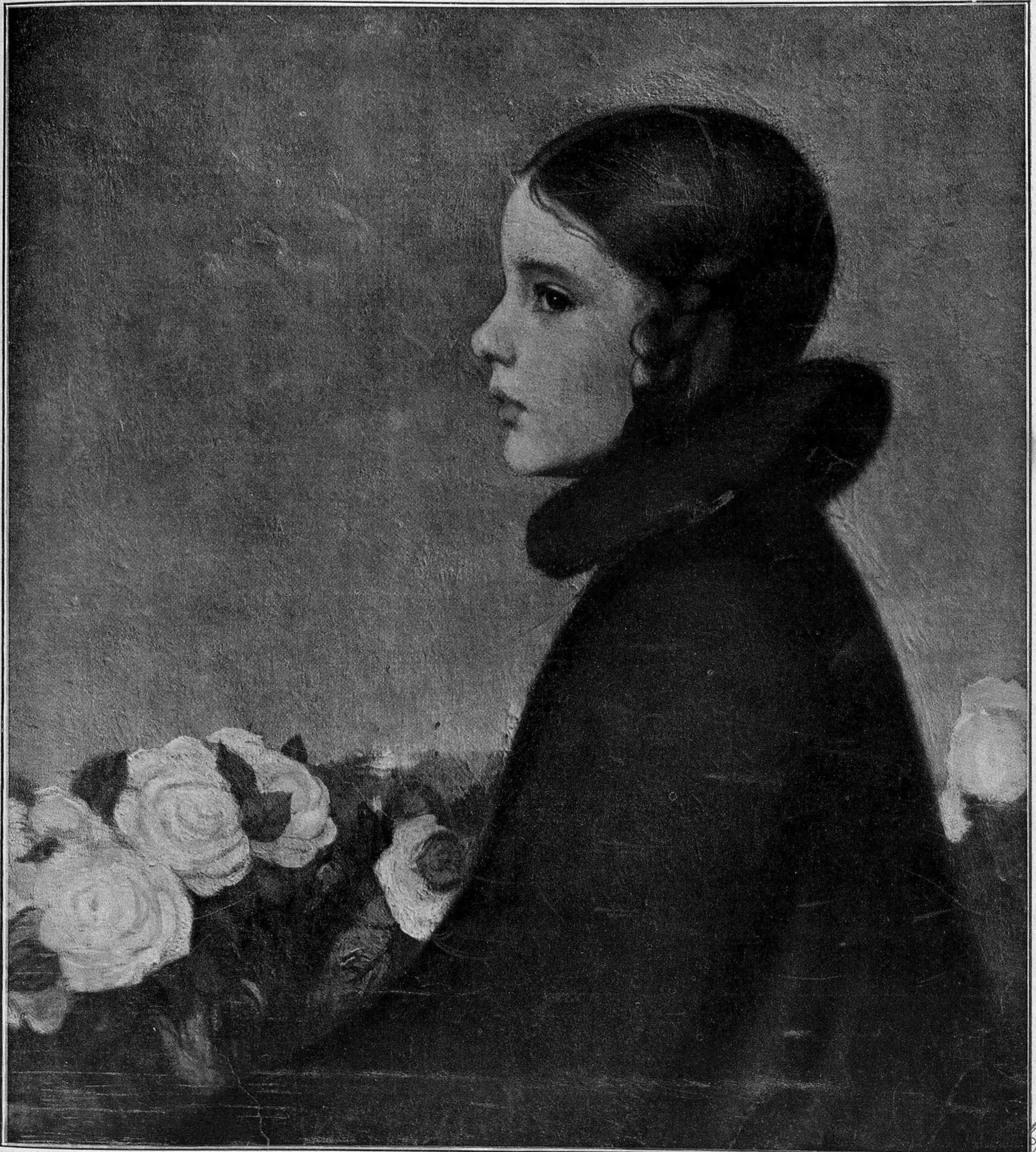


La Esfera

Año V  Núm. 261

Precio: 60 cénts.



CAMPÁNULA, cuadro de José Pinazo Martínez, que ha figurado en la reciente exposición de este pintor en el Círculo de Bellas Artes

Si su cutis está inflamado,
irritado y desfigurado por granos,
es doloroso ó no sano, Vd.
puede obtener solaz instantáneo
y cura rápida usando

CREMA 'HAZELINE'

(Marca de Fábrica)

Ungüento ideal para uso casero

Se vende en tarros y tubos en
todas las Farmacias y Droguerías



Burroughs Wellcome y Cia.
Londres

S.P.P. 1512

All Rights Reserved

AGENDA DE BUFETE PARA 1919

Acaba de publicarse, y por ello felicitamos á la Casa Bailly-Bailliére. Realmente, es un éxito seguir publicando estas obras, que ya se han hecho indispensables, pero cuyo precio apenas si cubre los gastos materiales.

La *Agenda de Bufete* para 1919 contiene todo cuanto necesita consultarse en esta clase de libros, y de ahí su crédito tan sólido como generalizado. Es este su mayor elogio.

La *Agenda de Bufete* para 1919 es de ocho clases, y, á pesar de todas las dificultades, sólo cuesta de 2,25 á 6 pesetas en Madrid, y 0,50 más en provincias, franco y certificado.

De venta en todas las papelerías, objetos de escritorio, bazares y librerías de España, y en la Casa Editorial Bailly-Bailliére, Núñez de Balboa, 21, y plaza de Santa Ana, 11, Madrid.



FOSFATINA FALIÈRES

Es el alimento más recomendado para los niños y para las personas de estómago delicado, como los convalecientes, ancianos, etc.

Exijase la marca **Phosphatine Falières** y desconfíese de las imitaciones. Preparado este alimento en una fábrica modelo y conforme á procedimientos científicos, es *inimitable*.

DE VENTA EN TODAS PARTES.

"LA ESFERA" Y "MUNDO GRAFICO"

ÚNICOS AGENTES PARA LA REPÚBLICA ARGENTINA:
ORTIGOSA Y COMP.ª, Rivadavia, 698, Buenos Aires

NOTA Esta Empresa no responde de las suscripciones que no van hechas directamente en la República Argentina por nuestros agentes SRES. ORTIGOSA Y C.ª, únicas personas autorizadas.



Las digestiones penosas, la inapetencia y la debilidad desaparecen tomando después de cada comida una copa de

XEREZ-QUINA RUIZ

DE FÉLIX RUIZ Y RUIZ, JEREZ

MOTOCICLETAS de 2 1/4, 4, 5 y 7 HP.

Indian

AUTOMÓVIL SALON

BARCELONA: Trafalgar, 52 MADRID: Lagasca, 103 VALENCIA: Paz, 33

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

MADRID Y PROVINCIAS...	Un año	30 pesetas
» »	Seis meses	18 »
EXTRANJERO	Un año	50 »
»	Seis meses	30 »
PORTUGAL	Un año	35 »
»	Seis meses	20 »

Oficinas: Hermosilla, 57.—Teléfono S-9

La Esfera

Año V.—Núm. 261

28 de Diciembre de 1918

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



TIPOS MEXICANOS

Dibujo original de Roberto Montenegro



DE LA VIDA QUE PASA
POR UNANIMIDAD...

España y yo somos así, señora...
 MARQUINA.

La escena, en la sala de juntas de un casino. Enorme habitación amueblada de un modo prodigioso, hasta el punto de no haber un chisme más en ella. Todas las juntas han creído deber suyo contribuir á la suntuosidad de la habitación que *las vio nacer*, y los muebles son tan innumerables como anárquicos. Los hay allí de todos los tamaños, gustos y estilos. En las paredes, muchos espejos y los retratos al óleo—¡oh, qué retratos, Dios santo!—de todos los presidentes del casino, menos del primer presidente, que fué quemado un día de junta inolvidable. En un hueco se leen estas palabras: «Reservado para el presidente de este año.» En la pared principal, ó sea la que hay detrás de los nueve sillones de la presidencia se encuentran colgadas las siguientes cosas, de izquierda á derecha: una marina, de autor desconocido; el plano del ensanche futuro de la capital con la fecha de 1857; el retrato del rey Amadeo; una filigrana caligráfica, regalo de un socio de número, en la que el trabajo fué tan laborioso que el autor se cree en el derecho de escribir al pie de ella estas palabras: «Comenzado el año de Alcolea y terminado dos días después de la rendición de Santiago de Cuba»; retrato de cuerpo entero del cacique actual de la provincia; una mano cariñosa ha iluminado las cruces que ostenta el imponente señor con colores rabiosos: estas cruces le llegan á la efiege hasta los muslos y muy cerca del cuello, ocupando el pecho entero á ambos lados de una banda y un buen espacio bajo unos fajines que le ciñen el enorme vientre; una cromolitografía de la escuadra española marchando en busca de la escuadra norteamericana; una fotografía, recuerdo de cierta visita hecha al casino por el *Guerrita*; la caja de caudales, imponente, roba á esta pared un gran espacio: sobre la caja inmensa, que hace pensar en capitales fabulosos, hay un gato negro disecado; estampa vastísima con todos los retratos de los pontífices que han ocupado la silla de San Pedro; un cromo representando á Lucrecia Borgia; un retrato caprichoso de Cervantes, en el que mano anonima ha escrito: «A pesar de ser Cervantes, no cenó la noche en que terminó el *Quijote*»; en un rincón, enorme boceto en yeso de monumento á un señor bisabuelo, del que luce las cruces á todo tamaño, y que hizo á la provincia favores increíbles, tales como inventar una inundación pavorosa y sacarle al Estado tres millones de pesetas para los perjudicados; el presupuesto de este monumento se acerca á las quinientas mil pesetas: estas pesetas se reunieron por suscripción obligatoria, y el depositario huyó con ellas y una cupletista á América.

ooo

Los señores que hablarán y otros que no dirán una sola palabra están en la sala de juntas saboreando tazas de café y copas de licores. Fuman sentados en magníficos sillones. La caja de caudales está abierta. Aunque todavía hay luz en los balcones, los aparatos eléctricos, tan numerosos como complicados, se han encendido.

EPISODIO PRIMERO

UN SEÑOR (*riendo*).—Tiene la palabra nuestro presidente.
 EL PRESIDENTE (*riendo*).—Formalidad, señores; á mí nadie me puede conceder la palabra. Hablemos en serio (*risas*). El asunto que nos reúne es grave... (*más risas*). Se trata de... (*nuevas risas*).
 VARIOS SEÑORES.—Pero si sabemos de lo que se trata; no des la lata, hombre.
 EL PRESIDENTE.—Entonces, yo estoy aquí de más.
 OTRO SEÑOR.—Y tan de más... (*rien todos*).
 EL PRESIDENTE.—Bueno, pues haced lo que queráis.
 UN SEÑOR.—No, eso no.
 VARIOS (*focosamente*).—Que hable, que hable.
 EL SEÑOR.—Señores... (*risas*), señores de la junta... (*más risas*).
 EL PRESIDENTE.—Señores, que el asunto es grave; dejémosnos de bromas; yo quisiera que os hicierais cargo...

UNO.—Tú no, presidente, que lo haces muy mal. A ver ese...
 TODOS.—¡Bravo, bravo!!...
 (*El orador hace un gesto de desagrado y continúa.*)
 —En esos instantes, señores, todo depende de una decisión, de unos minutos de reflexión profunda. Estamos en uno de esos momentos trágicos...
 TODOS.—¡Ah, oh, uf!...
 (*El orador cambia súbitamente de tono y dice.*)
 —... Pues sí que está la cosa para bromas...
 EL PRESIDENTE (*familiarmente*).—Dejémosnos de burlas, señores. Os he mandado venir para...
 TODOS.—Para, para, ooh, só, para, hombre.
 EL PRESIDENTE.—A mí, Prim (*bebe*).
 UNO.—Señores, que nos debíamos haber reunido hace mes y medio y el tiempo es oro.
 EL PRESIDENTE.—No será porque no os he llamado. Catorce convocatorias y...
 UNO.—Hombre, como otras veces convocas y luego eres tú el que faltas...



EL DE ANTES.—¿Me oís ó no me oís? (*Aquí una interjección.*)
 UNO.—Oíste, Pérez (*con sorna*).
 —Pues si me oís, sabed que...
 UNO.—No eres orador, ya lo has dicho, Pérez.
 —Iros á...
 UNO.—Si su señoría sigue por ese camino me verá precisado á ponerle un bozal (*risas que duran mucho tiempo*).
 OTRO.—En resumidas cuentas, ¿qué es lo que hay que hacer hoy?
 OTRO.—Eso... cuentas.
 OTRO.—Y nosotros, ¿qué tenemos que ver con eso? Eso... el cajero.
 EL CAJERO.—¿Yo?... Ya le he dicho hace dos meses al presidente bastante.
 TODOS.—Que hable. Tiene la palabra el presidente.
 (*El presidente saca una hoja de su cartera y lee.*)
 PRESIDENTE.—... Quinientas pesetas.
 UNO.—¡Quién las pillara!
 TODOS.—¡Ansioso! (*Risas prolongadas y bromas.*)
 PRESIDENTE.—El casino, señores, no cuenta en caja con más cantidad que quinientas pesetas.
 UNO.—Y ¿para eso tanto preámbulo?...
 PRESIDENTE.—¿Sí? ¿Podría ocurrirnos mal mayor?
 UN SEÑOR (*que ha permanecido silencioso hasta ahora*).—Ese es el camino y así se pregunta: ¿podría ocurrirle al mejor casino de la provincia, al más prestigioso, un mal mayor? Tenemos quinientas pesetas de fondos disponibles. Ahora bien: ya sabéis que el edificio del casino está hipotecado dos veces, que se deben los muebles del salón grande, que entre todas las deudas del casino suman no recuerdo bien si quince ó...

EL CAJERO.—Diez y seis mil pesetas.
 UNO.—¿Y qué vamos á hacer?
 OTRO (*cogiendo una copa llena de licor*).—¡A beber, á beber y apurar! (*Todos le imitan y cantan el coro de «Marina».*)
 PRESIDENTE.—¿Pero es posible que esto no os interese? ¿A vosotros, miembros de la junta?
 UNO.—Calla y bebe, presidente.
 PRESIDENTE.—Es preciso, no la echemos á perder, tomar una solución.
 UNO.—De fósforos (*risas*).
 PRESIDENTE.—Señores, señores, que más de mil socios nos han encomendado los intereses del casino y es preciso, ó conducir el casino á puerto seguro, ó dimitir en pleno.
 UNO.—¡Pues no te has puesto serio! ¿No ha estado el casino entrampado siempre y ha salido de todo? Entonces, lo mismo le ocurrirá ahora; déjate de tonterías.
 EL PRESIDENTE (*riendo*).—Que nos vamos á quedar en la calle, que no tenemos otra cantidad que esas quinientas pesetas...
 (*Charla general. Los socios no hacen maldito caso, beben, rien, bromean...*)
 EL CAJERO.—Bueno, señores, en la caja sólo hay quinientas pesetas. O se sacan de lo que sea, más, ó el casino se declara en bancarrota.
 UNO.—Oye, tú: ¿qué hacemos con esas quinientas pesetas?
 PRESIDENTE.—Discutamos, veamos, reflexionemos.
 OTRO.—Eso es; reflexionemos. (*Se ponen los socios el dedo en la frente y rien como chicos.*)

EPISODIO SEGUNDO

(*El conserje abre la puerta, y cuando ya está dentro pregunta.*)
 —¿Se puede? (*risas*). (*Le hacen beber y le dan un puro.*)
 UNO.—Oye, conserje: si tú tuvieras diez y seis mil pesetas de deuda, los muebles en la puerta de la calle y quinientas pesetas en el bolsillo, ¿qué harías? (*El conserje ríe, y acercándose al presidente le habla al oído. Salen el presidente y el conserje.*)
 (*Pasa una hora. Los socios beben, fuman y charlan de todo menos de la situación angustiosa del casino. Pasada la hora entra el presidente.*)
 PRESIDENTE.—¿Sabéis quién me ha llamado? Nada menos que la *Niña de las Púas*. Quiere darnos una sesión de cante...
 TODOS.—Que la dé.
 PRESIDENTE.—Yo también quiero oírla. Pero la situación del casino...
 UNO.—Y que no canta esa niña bien, camará. (*Algunos socios cantan imitándola. Otros escuchan con sumo interés.*)
 OTRO.—¿Qué lleva ese angelito por el cante?
 PRESIDENTE.—Dice que por ser para este simpático casino, que nos lo deja en quinientas pesetas. Se saldrá por tientos, bulerías, javeras, tarantas...
 UNO.—Las que tenemos: quinientas pesetas. Mi voto para ella.
 OTRO.—Y el mío.
 EL PRESIDENTE.—Calma, señores. Yo también quiero oír á la *Niña de las Púas*; pero el casino está dando las boqueadas.
 UN SOCIO.—Eso es; ¿y cuándo tendremos como ahora oportunidad de oírla?
 (*Discusión enorme. Todos los miembros de la junta participan de la discusión.*)
 UNO.—Que no se diga que este casino es taño.
 OTRO.—Esa niña canta aquí, ó la presento con carácter de irrevocable.
 OTRO.—Ahí es nadie la *Niña de las Púas*.
 OTRO.—Y que no se trae *velosidad* la niña.
 EL PRESIDENTE.—Entonces...
 UNO.—Entonces... que esa *Niña* canta aquí aunque se hunda el mundo.
 EL PRESIDENTE.—¿Y es en eso en lo que se gastan las quinientas? ¿Nadie protesta? ¿Se aprueba por unanimidad?
 UN MIEMBRO (*como si se sintiera ofendido en la dignidad*).—Tratándose de la *Niña de las Púas*, eso no se pregunta.

EUGENIO NOEL

AGUAFUERTE DE FRANCO

EL AÑO VIEJO

ALLÁ va el año que muere... Tiene todo el venerable aspecto del viejo Saturno: la misma calva limpia y bruñida, como de marfil; el mismo rostro enjuto, cubierto de piel rugosa y flácida como un pergamino; la misma mirada torva, avivada apenas por una lucecilla temblorosa; la misma vestidura holgada y flotante; la misma guadaña, el mismo reloj de arena, las mismas alas en los lomos encorvados por la fatiga...

Dieron las doce en la torre de una iglesia que las sombras ocultan; vaciló la misteriosa lamparilla que alumbraba una hornacina; de la llana superficie de los campos se alzó un rumor confuso; del fondo de una nube salió un rayo de luna que se tendió sobre la tierra cubierta y bruñida por la escarcha... Y el viejo Cronos de la calva descomunal y las barbas de lino, apresuró el paso, cual si temiera la luz del sol del nuevo día.

Huía el año, ya acabado su reinado sobre la tierra. ¿Por qué? De su cruel antecesor recibió el trono ensangrentado y el cetro ardiente hasta quemarle la mano, como recién salido de una fragua. Otros antecesores suyos encendieron la hoguera en que el mundo ardió durante cuatro años. Cuando él tendió su mirada sobre la tierra, ya eran los campos desiertos infecundos, sin espigas ni flores, y los ríos habían cambiado el azul de sus aguas por el rojo de la sangre vertida; ya estaban paralizadas, entregadas á un sueño de muerte, las colosales máquinas de fábricas y manufacturas; ya eran un montón de ruinas humeantes lonjas y palacios de magnífica arquitectura; ya estaban desgarradas y rotas las caladas ojivas y las esbeltas agujas de las catedrales históricas. Ya estaba desencadenado el huracán del odio y sus ráfagas conmovían los dorados sitiales de reyes y magnates y los bancos humildes de menestrales y labriegos. Interrumpida estaba ya la vida en colegios y universidades, en aulas y academias, y la Idea y el Pensamiento yacían dominados ó proscritos bajo el férreo yugo de los terribles artefactos de la guerra. Filósofos y pensadores, sociólogos y artistas, poetas y maestros callaban, absortos ante la tragédia, y sólo la espada del guerrero escribía sobre la tierra una gesta de fuego y de sangre.

¿Por qué había de huír el año viejo? Cuando sus barbas empezaban á blanquear y su piel se arrugaba para ser como pergamino, volaba sobre Europa la simbólica paloma de la paz. En sus manos, comenzadas á enflaquecer, posó el vuelo anunciando que los cañones enmudecerían prontamente y las espadas volverían á sus cueros. Y ya están mudos los cañones y quietas las espadas, y en la historia de este año caduco se escribe en letras brillantes, como de oro: el Año de la Paz.

Y, sin embargo, el año que muere, huye. Huye quizá asustado de la triste herencia que deja al nuevo año que nace. ¡Qué tremenda labor la de los días venideros, hasta rehacer lo deshecho, restaurar lo olvidado, levantar lo caído, restablecer lo que rompieron los años que se fueron! ¡Qué ruda y formidable tarea hasta poblar todos los rincones, alegrar todos los hogares, labrar todas las tierras, alzar todas las viviendas y todos los altares y hacer que el mundo tenga ritmos y hervores de vida sosegada y apacible que permita á los pueblos y á los hombres el libre cambio de sus ideas y su comercio! ¿Cuál será el día en que á los humanos les sea dado el tranquilo disfrute de sus viñas y de sus ríos, el deleitoso goce de sus mitos, de sus creencias y de sus versos? ¿Y cuál será la hora en que se apaguen para siempre los ecos de las pisadas del corcel de Aníbal?

No ha de ser este año nuevo, joven y fuerte, el que haga recobrar al mundo su perdida serenidad. Aun no cantarán los poetas al vino y á las rosas, ni los filósofos se darán á los placeres de la meditación y la elocuencia. Hay muchos templos mudos, muchos acueductos caídos, muchos huertos yermos, muchas ciudades destruídas y muchos bronceos, mármoles, estatuas y columnas en ruinas, como una trágica promesa de que puede tener cumplimiento la profecía de Ezequiel. Pero llegará día en que de esta catástrofe de hoy no quede huella y en que de estos cataclismos sólo viva el recuerdo. Sobre la tierra volverán á tender su vuelo las blancas palomitas del Tíber y harán sus nidos las azules golondri-



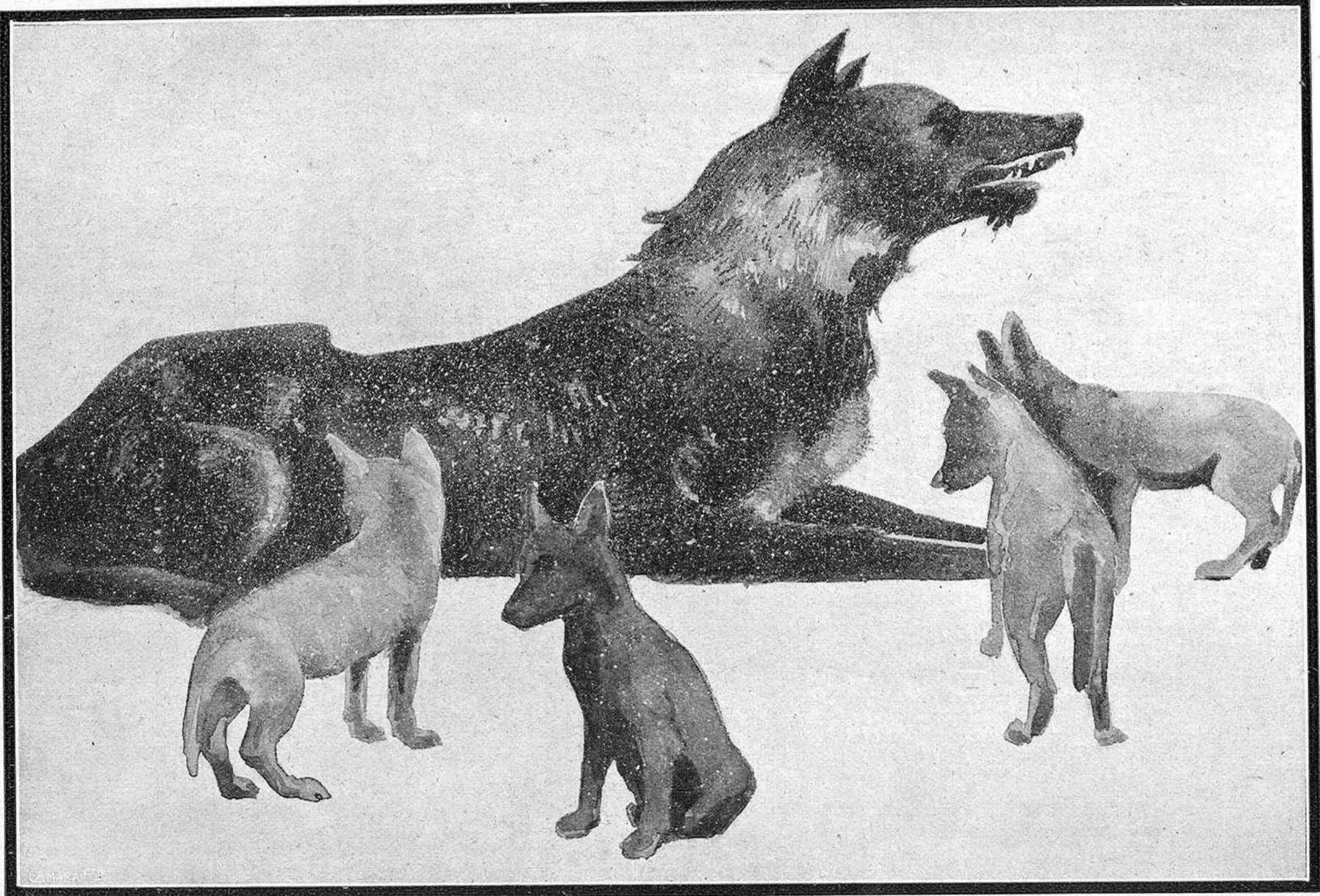
nas del Jordán. En la inmortalidad se darán un abrazo las sombras de Renan y de Heine, de Kant y de Hugo, de Shakespeare y de Goethe, de Chopin y de Byron; sobre las ciudades de la guerra tornarán á hacer su aparición los héroes wagnerianos y al mismo tiempo sonarán las estrofas de Cyranó y las divinas exaltaciones líricas de Parsifal. Habrá vuelto á reinar sobre la tierra el acento de los poetas, de los filósofos y los artistas. En los anaquelés y estanterías volverán á alinearse los libros de pensamiento más diverso, mostrando en sus lomos multicolores nombres y títulos que fueron enemigos. El consejo y la zumba, la enseñanza y el desdén vivi-

rán juntos, confundidos, sin pedirse noticia de su patria y su paternidad. Junto al poema, la fábula; al lado de la sentencia filosófica, el madrigal. Schopenhauer abrirá su boca de diablo junto al gesto burlón de Voltaire; Kant dirá sus abstrusas filosofías cerca de las graves lecciones de Fenelon; Renan mostrará su rostro plácido, de burgués bien acomodado, junto á la cabellera larga y lacia del mago Litz. Y, entonces, los hombres se acordarán de este año viejo que huye y le bendecirán para siempre diciendo que fué el Año de la Paz.

José MONTERO

DIBUJO DE RIBAS

CUENTOS DE "LA ESFERA"



NAVIDAD DE LOBOS

HABÍA cerrado la noche, glacial y tranquila. Las estrellas titilaban aún, palpitantes, como corazones asustados. No nevaba ya: una película de cristal se tendía sobre la nieve compacta que cubría la tierra. El cielo parecía más alto y distante, y la sombra siniestra de los abetos, más trágica.

En el fondo del bosque, los lobos, guiados por sus propios famélicos aullidos, iban reuniéndose. Salían de todas partes, semejantes a manchas oscuras, movedizas, que iluminaban dos encendidos carbones. Era el hambre la que los agrupaba, haciendo lúgubres sus gañidos quejumbrosos. Flacos, escuálidos, fosforescente la pupila, parecían preguntarse unos á los otros cómo harían para conquistar algo que comer. Era preciso que lo lograsen á toda costa, porque ya sentían el hálito febril de la rabia, que contraía su garganta y crispaba sus nervios hasta la locura.

Uno de los lobos, viejo ya, hasta canoso, desde el primer momento fué consultado por la multitud. Gravemente sentado sobre su cuarto trasero, el patriarca dió su dictamen.

—Lo primero es salir de este bosque y juntarnos, en el mayor número posible, para caer sobre alguna aldea ó poblado en que haya hombres. Nos rechazarán, si pueden; pero si podemos más, les arrebatemos sus ganados, y quién sabe si algún niño ó hasta algún mozo. Tendremos carne viva y sangre caliente y roja en que hundir el hocico.

—La población más próxima es Ostrow—advirtió un lobo de desmedida corpulencia—. Ya he cazado yo allí una criatura de un año. Sus padres se dejaron la puerta abierta...

—Hoy—continuó el Lobo Cano—es una noche solemne, en que festejan el nacimiento de su Redentor. Como, además, se consideran nueva-

mente redimidos, y creen haber triunfado de sus opresores, estarán contentos y descuidados, y con la comilona y el aguardiente no habrán pensado tanto en echar el cerrojo á los establos y cuadras. Aprovechemos esta circunstancia favorable. Animo, hermanos hambrientos. Aullad de firme, para que nos oigan en los bosques vecinos y nos presten ayuda.

La bandada se puso en camino, abiertas las sanguinosas fauces, sacada la seca lengua. De tiempo en tiempo se paraba á lanzar su furioso llamamiento. Y de todos los puntos del horizonte, otros aullidos contestaban, y centenares de manchas negras caían sobre la nieve, engrosando la bandada, que iba haciéndose formidable. El negro ejército cortaba, con la rapidez de la flecha, la estepa desierta y resbaladiza, que, bajo la claridad estelar, se extendía leguas y leguas. Ya no era bandada, sino hormiguero infinito, y el calor de los alientos abrasadores y el martilleo de las patas ágiles rompía la costra del hielo y fundía su helada superficie. Avanzaban, impulsados por su desesperación, y todavía no se divisaba habitación humana alguna. Al cabo, distinguieron una claridad rojiza y algo denso, como una niebla. Según se aproximaron, vieron que era Ostrow, que, envuelta en humo caliginoso, ardía por uno de sus extremos.

Con la rapidez propia de aquel país de construcciones de madera resinosa, el incendio iba propagándose. Oíanse los chasquidos de la llama, y una multitud, entre la cual había heridos y moribundos, alzando al cielo las manos, presenciaba el espectáculo terrible, sin hacer otra cosa que lamentarse. Un grupo menos numeroso, armado de rostro patibulario y encendido de borrachera, atizaba el incendio y aplicaba antorchas á las construcciones intactas aún.

—¿Veis esto?—preguntó el Lobo Cano á los demás—. Son los hombres, que queman las mansiones de los hombres. Nosotros no cometeríamos tal insensatez. No nos mordemos los unos á los otros.

—Tampoco—respondió el lobo gigantesco—nos dejaríamos tratar así. Estos de Ostrow merecen lo que les pasa. ¿Por qué no toman sus hachas de leñadores?

—Lo esencial—gañió una loba joven que quería dar pitanza á sus cachorros—es ver si entre la hoguera hay algo. Yo me arrojo á ella sin miedo; más vale morir abrasado que de hambre.

Persuadida de esta verdad, y animada por su fuerza y número, la bandada se precipitó dentro de la incendiada población. Se arrojaron contra todos, contra los incendiarios y contra las víctimas, mordiendo calcañales, destrozando ropas, saltando al cuello de unos y de otros. Los incendiarios, que estaban armados, dispararon sus fusiles, á la ventura, sobre las fieras, y algunos lobos cayeron; pero los restantes se abalanzaron con mayor empuje. Huyendo de la llama que cundía y les chamuscaba la piel, los lobos arrastraban fuera del círculo del incendio á las víctimas que podían sorprender; y, sobre la enrojada nieve, remataban á su presa y la despedazaban con dientes agudos. Se oía el crujir de las mandíbulas, el roer de huesos y los gruñidos de placer al devorar. Y se dijera que la bandada, al caer heridos muchos lobos, aumentaba en vez de disminuir. Era que los animales se habían envalentonado y, desafiando el incendio, registraban todas las casas, atacaban á todas las personas, con frenesí de destrucción. Donde veían un animal doméstico, sorprendido por el fuego en su cobijo, y les daba el olor de la socarrada carne, se lanzaban, sin miedo á tostarse

las patas, saltando por cima de las abrasadas maderas hasta llegar hasta el plato sabroso, caliente en demasía. Había un edificio donde potros y cerdos, encerrados en el establo, se asaban lentamente, y su grasa chirriaba, y su olor convidaba. Un racimo apretado de lobos se precipitó allí. Sacaron el manjar de entre la brasa y empezaron á regodearse. Festín como aquél no lo recordaban. Estaba exquisita la pieza dorada y chascada por la lumbré, y los mismos lobos estiman un asado en punto.

Y los incendiarios, diezmados y aterrados,

padre, viejecito, y á un hermanillo de doce años. Y en su cabeza danzaba una confusión de horrores, entre los cuales sobresalía el horror de no comprender. ¿Por qué les mataban, por qué hacían ceniza sus viviendas? No era el extranjero quien así procedía: eran sus propios hermanos, los que se decían salvadores del pueblo, y á quienes en nada habían ofendido. ¡Y cometían el pecado en la misma noche en que nacía Cristo Nuestro Señor! ¿Por qué los hombres habían sufrido sin lucha aquellos atentados? ¿Por qué no habían resistido al mal? Ella era una mujer,

de jarro, sin contar los tiros, hiriendo á bulto, y saltando después sobre el caballo, que salió espantado, á trancos de terror.

El Lobo Cano, entretanto, aconsejaba á sus hermanos, les dirigía.

—Echaos sobre los que llevan fusiles. Inutilizad primero á esos, que los otros no tienen coraje. No os entretengáis con los asados; también la carne fresca y cruda es buena y sabrosa. No me dejéis alma viviente. Somos más, somos el número. Para todos habrá festín. Animo, que ya apenas resisten.



buscaban sus monturas; muchas habían sido ya arrebatadas por los lobos. Los que pudieron conseguir montar desgarraron con la espuela los ijares de los jacos peludos y recios, que temblaban con todos sus miembros y enderezaban las orejas resoplando. Salieron en loco galope, con la esperanza de dejar atrás al ejército de salvajinas, de ponerse fuera de su alcance. Uno de los incendiarios tenía sujeta por las trenzas á una moza rubia, su parte de botín. La muchacha gemía, se retorció las manos, porque acababa, no hacía una hora, de ver arder su casa y caer bajo los golpes de los feroces asesinos á su

sus fuerzas escasas, pero sentía en su alma el ardor de la indignación, porque aquellas cosas no podían agradar á Cristo, nuestro Redentor: aquellas cosas eran obra de las potencias infernales, eran la sombría acción de los demonios, que acaso se habían metido en el cuerpo de los lobos aulladores, para castigar á los malvados y hartarse de sangre de cristianos ortodoxos. Y la muchacha, al observar que su opresor iba á alzarla por la cintura para sentarla delante de su caballo y huir con ella, rápidamente, sin meditarlo, echó mano al revólver que él llevaba pendiente de su cinturón, y disparó casi á boca

Y era cierto. Los incendiarios, espantados del fin que preveían, se habían arrodillado, y renaciendo en ellos ante la horrenda muerte el misticismo y la devoción, imploraban á todos los santos nacionales: San Cirilo, San Alejo, San Sergio, la virgen de Kazán... Y murmuraban:

—¡Qué triste noche!

El Cano les contestó con un aullido:

—¡Triste para vosotros. Para los lobos, alegre!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

DIBUJOS DE BARTOLOZZI

EL PECADO MORTAL



I. *Meditación.*—Nuestra carne es un terrible pecado mortal, que el alma lleva sobre sus espaldas, lo mismo que lleva el fardo pesadísimo un triste ganapán...

¡Pobres de nosotros, hermanos, que hemos de llevarlo forzosamente, hasta ganar la maldita cuesta! Luego lo soltaremos en el hoyo cavado en la tierra y seremos puros y libres...

II. *Ejemplo.*—El refectorio parece un ataúd. Es largo y angosto, algo más estrecho en la parte superior, donde está la mesa del abad. Sobre esta mesa medita un cráneo hueco y mondo. ¿Medita? Mejor dicho: el cráneo hueco y mondo, que está constantemente sobre esa mesa, no piensa en nada.

Fray Serafín, el atormentado, confiesa en voz alta su vida pretérita. En vísperas del día mag-

no, en que ha de cantar la primera misa, el nuevo sacerdote acata con humildad la vieja y santa costumbre, que es ya monástica ley.

Fray Serafín, el atormentado, erguido con tremenda rigidez en el centro del refectorio, parece un muerto que habla.

Es un monje blanco, blanco, blanco: de cera el semblante, las manos de lirios, y de armiño immaculado el hábito luengo. ¡Sólo el brillante negror de sus ojos empaña blancura tanta, como un terrible pecado mortal!...

Graves y solemnes, silenciosos, extáticos y hondamente contemplativos, los austeros monjes oyentes, blancos también, parecen relieves muy acusados que se destacasen de las altas paredes enyesadas, alineados frente a las mesas marmóreas...

Fray Serafín, el atormentado, dice las graves culpas que emponzoñaron su juventud libertina, encenagada en la charca del siglo: y es la pública confesión así de larga como una sierpe monstruosa que fuese desenroscándose del alma del atormentado religioso y le saliese estiradamente por la boca parlante...

Ahora, fray Serafín ha palidecido intensamente. Sus negros ojos hundidos, que brillaban antes en la blancura del rostro, como un terrible pecado mortal, resplandecen rojos y siniestros como un sacrilegio espantoso. ¡Parecen ojos diabólicos y encarnados de esos canes hidrófobos, que llevan lumbres prendidas en las ascuas del Infierno. Y ya no dice su voz; más bien clama:—¡Oh, el eterno suplicio de esta inquietud, que me punza, desde dentro, en toda la carne!

El corazón, reverendísimo Padre abad, es como un gran reptil que me martiriza implacable. ¡Y yo he de llevarlo hasta la muerte en el cado sordido de mi cuerpo!!...

Y al tiempo en que se tiende, largamente y de bruces, sobre el suelo, de modo que la boca quede besando las frías y duras losas y los brazos se extienden paralelos, dejando atrás la cabeza, implora con desgarrante súplica:

—¡Libreme vuestra reverendísima Paternidad de tan horrendo suplicio! ¡Aplasten este cuerpo miserable, que alberga el reptil odioso!! ¡¡Por la gracia de Dios!!! ¡¡Por la gracia de Dios!!!...

Y enmudece.

El abad se yergue, entornados los ojos, cruzadas sobre el pecho las manos...

¡Es todo blanco, como una plegaria pura! Los austeros monjes se yerguen también. Parecen espectros aparecidos en dos largas filas, á diestra y siniestra de la prestigiosa y venerable figura abacial.

Y dice el abad:

—En el nombre de Dios, que todo lo puede, y en el de nuestro Padre y Señor San Bernardo, que todo lo alcanza, yo dispongo que la gracia divina descienda sobre el cuerpo atormentado de fray Serafín; y ordeno que todos los monjes santifiquemos ese cuerpo, hollando el gran pecado mortal de su carne con la santidad de nuestros pies descalzos, que nunca han de pisar el polvo del siglo...

Los austeros monjes, blancos y rígidos como espectros de aparición, pasan uno tras otro, en lento desfilar, sobre el inmóvil cuerpo del atormentado fray Serafín, hollándolo con muy santa intención purificadora.

Y, mientras van pasando, entonan con recia voz despedazada las lúgubres armonías del terrible salmo penitencial:

—*Miserere mei, Domine, secundum magnum misericordiam tuam!*

Ahora tócale pasar al Padre abad, el cual, al distanciarse de la mesa, frente á la que permaneció erguido, arrastra distraídamente, con los amplios velos del hábito, el cráneo meditabundo, que rueda como bola de huesos sobre el liso mármol y cae contra las duras losas del suelo, estrellándose.

El chasquido es rumoroso y jocundo, igual que el de una carcajada.

El cráneo, roto, destrozado, ríe, ¡ríe!...

ooo

—El horrible clamor de la súplica, que escapa,

como de una caverna, del alma del atormentado monje fray Serafín, chillaba desesperadamente sus santas angustias hondas.

—¡Por la gracia de Dios! ¡¡Por la gracia de Dios!!!...

La egregia y venerable figura abacial se yergue sobre el cuerpo tendido y quieto de fray Serafín, doblada hacia atrás la cabeza, los brazos en cruz, toda absorta en una fervida impetración de la gracia divina...

¡Y el cráneo, solo, destrozado, ríe, ríe, ¡ríe!...

Ha aparecido una mariposa blanca — blanca como la gracia de Dios — que vuela con aturdimiento: quiere salir del refectorio, intenta escaparse, pero no lo consigue...

Ahora es penoso y torpe su vuelo. Diríase que se ahoga, anegada en el oleaje de las lúgubres y despedazadas notas del salmo penitencial.

—*Miserere mei, Domine!*

Los monjes enmudecen ya. La mariposa se posa desmayada, acaso muerta, sobre el cráneo roto, que no se cansa de reír.

El muy reverendo Padre abad interroga á fray Serafín:

—Responda, hermano, en el nombre de Dios: ¿siente el alivio de la gracia divina?

Pero fray Serafín no responde. ¡Besa en el suelo, apretada y largamente, una roja rosa de sangre! Parece que la tiene en la boca...

Y así, muerto y de bruces, sin la brillante negrura de sus ojos, fray Serafín es todo blanco...

¡Cómo sigue riendo, roto y destrozado, el cráneo que rodó!

III. *Oración.*—¡Padre nuestro, que todo lo puedes! ¡Padre nuestro, que no podías llevar la cruz! Te rogamos, humilde y fervorosamente, que seas nuestro Cirineo. Ayúdanos á llevar esta carga pesadísima de nuestra carne. Si tu auxilio nos falta, no lograremos ganar la cuesta: caeremos aplastados. Y nunca jamás seremos puros y libres.

¡Padre nuestro, que ves nuestra angustia! ¡Padre nuestro, que sabes de nuestros anhelos y de nuestros pecados! Te pedimos, con la frente humillada, que desgarras las sombras que nos envuelven y que inundas nuestro corazón de luces de esperanza. Sin que tu poderosa mano se nos tienda, seremos naufragos en el mar de la vida... Ayúdanos á llevar la pesada cruz.

¡¡Padre nuestro!!!

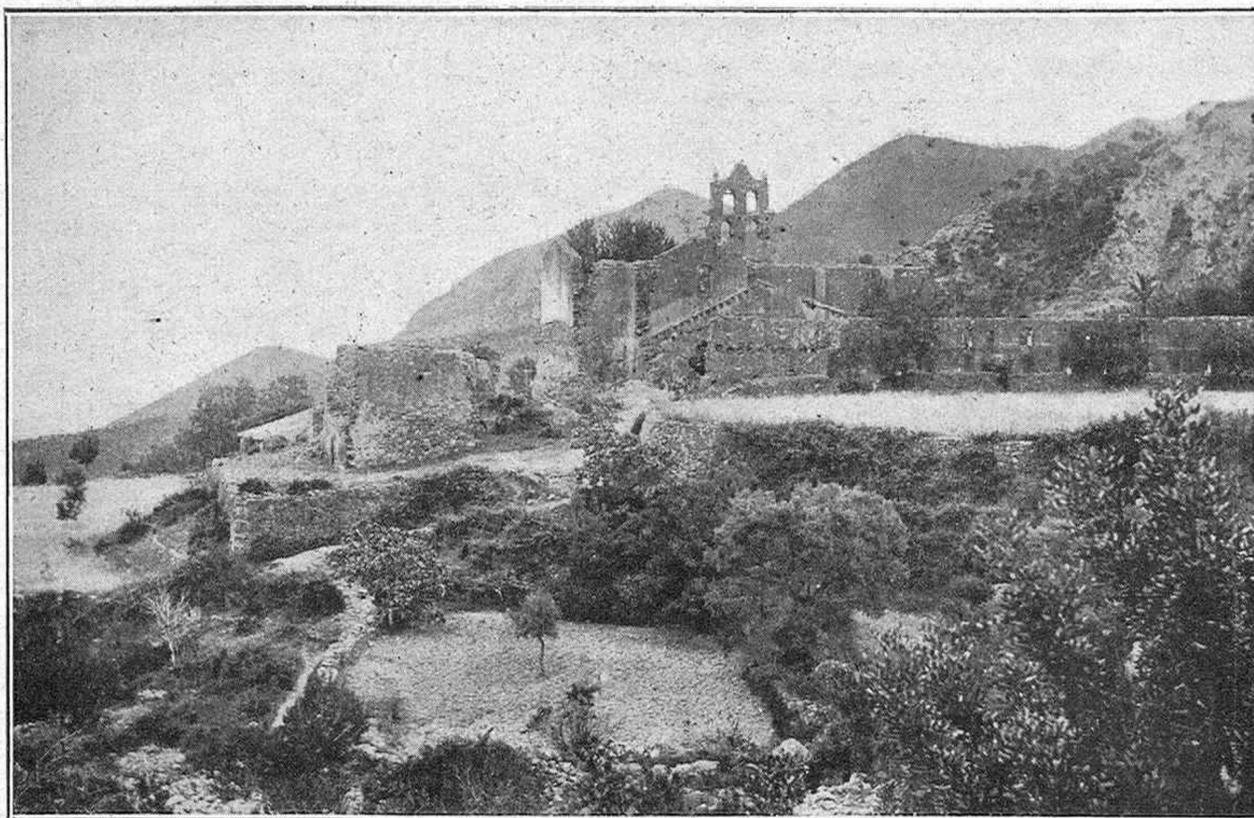
Alfonso VIDAL Y PLANAS

DIBUJOS DE JUAN JOSÉ



CAMARAF 19

EL DESIERTO DE LAS PALMAS



Ruinas del Desierto de las Palmas

El Desierto de las Palmas es una atractiva soledad; es un seductor retiro del tropel vertiginoso de la vida social; es un descanso para el alma creyente y fatigada; es... la antecámara del cielo.

Subiendo por serpenteante y empinado camino, llegué a la arruinada portería del cenobio, contigua a la ermita del Carmen. Me encuentro en la cima de un monte, cubierto, como sus vecinos, de jóvenes pinares. El espectáculo que se presenta ante mi vista es, sencillamente, encantador. Gigantesco hemisiciclo de elevados montes tapizados de verdura, abrigan en su centro un monasterio. Una pléyade de diseminadas ermitas, como puntos blancos, semejan bandadas de palomas que anidan por las alturas. A la derecha, el mar parece una muralla azul, que, además de servir de amplio espejo a las nubes, limita por el Sur el horizonte. Al extremo opuesto, la cumbre altísima del monte Bartolo se corona con la cruz monumental y otro ermitorio. El panorama es de un atractivo inexplicable, de un conjunto encantador; parece algo sobrenatural; es, en fin, el famoso Desierto de las Palmas.

Entremos.

¡Cuántos rincones ofrecen temas al artista! Fuentes cristalinas dan origen a juguetones arroyos que, saltando de roca en roca, bajan a los barrancos. Estos se engalanan con las floridas adelfas. El ambiente se perfuma con aromas de romero y de tomillo. Fantásticas rocas descuelan sobre los bosques; y en ellos anidan los pájaros para cantar libremente sus amores.—¡Dichosos ellos!—El paisaje es espléndido, ofreciendo rica gama de colores a la luz brillante del astro-rey.

No llegan del mundo, ni aun los ecos. El silencio de esta soledad es majestuoso. Sólo lo interrumpe, a veces, el latir de una campana y la melancolía de unos cantos litúrgicos de invisible y apagado coro. Y fijo mis ojos en el convento y acudo al llamamiento de la campana.

Doble fila de centenarios cipreses, como gigantes centinelas, guardan la entrada de la beatífica morada. A su sombra se cobija, a ambos lados, el nuevo calvario.

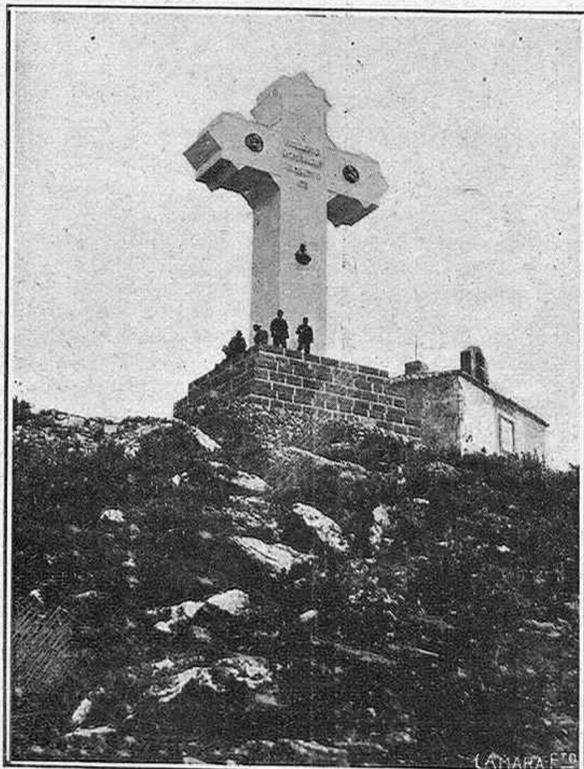
Pido albergue y dan posada al peregrino.

Un claustro oscuro, silencioso y triston, se muestra interminable al avanzar hacia el aposento de mi alojamiento. Es un anochecer sombrío de una tarde sin sol. La pobre luz de un farol alumbra, en el ángulo de la clausura, un crucifijo de grandes, pero toscas, proporciones. Ningún detalle de arte ameniza las pesadas dimensiones del austero caserón. Casi en tinieblas penetra en el templo. Por ser sábado, los religiosos cantan la Salve carmelitana, en el centro de la iglesia, con velas encendidas en sus manos, formando prolongado paralelogramo. Sus voces suenan tristes y desalentadas, como si al dirigir sus estrofas a la Madre del Amor, la temieran en vez de cantarla entusiasmados. Terminada la Salve, apagan las velas, se cubren los blancos capuchones, bajan el diapason y, rezando en voz apagada y grave, salen uno tras otro del oscuro templo, perdiéndose lentamente y a lo lejos el rumor de sus voces. La inquieta y débil luz de una lámpara de aceite asume toda la iluminación del solitario templo, agigantando, con sus sombras, las dimensiones del lugar y fantaseando los adornos de los muros con sus débiles destellos. Las imágenes de los altares casi producen el miedo de seres encantados, y el «tic-tac» de un arcaico reloj remeda el latido del corazón de ese templo monacal, solitario, silencioso y oscuro, restándonos, segundo tras segundo, nuestra vida mortal, hoy, mañana, continuamente, siempre. Huyó de la soledad.

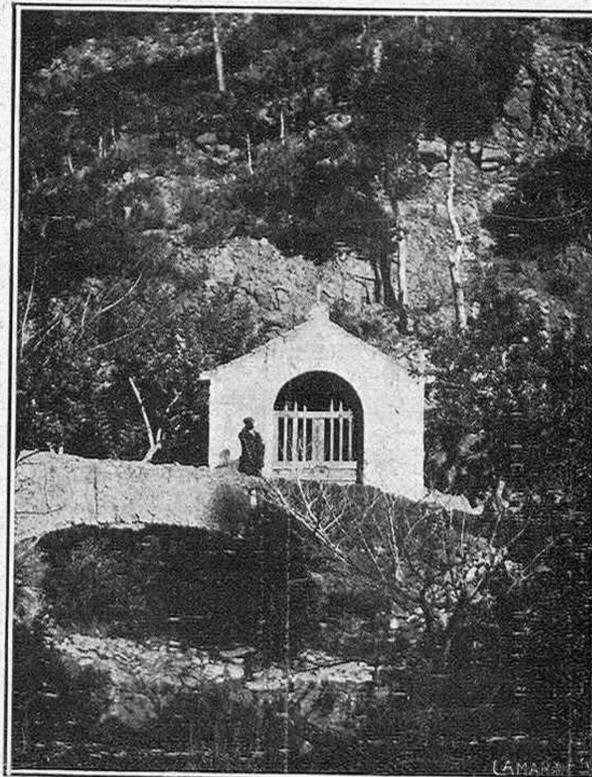
Las puertas del cenobio se cerraron al toque del Angelus. El cariñoso lego de la portería

me sirve frugal cena de vigilia, pues en el interior del convento prohíbe la regla comer carnes. Al toque de silencio me retiro a descansar a mi pobre aposento, que es destartado y frío, resultando, aun así, El cansancio, la impresión y la incomodidad se confabulan para impedir que logre conciliar el sueño. A las puertas de mi celda oigo acercarse los pasos de un religioso que las rocía de agua bendita y dice: «—Hermano: piensa que has de morir y has de dar cuenta a Dios.» A media noche percibo el rezo de unos salmos, y luego, en el coro del templo, el canto de maitines, por la Comunidad. Más tarde, el chasquido de unas disciplinas. Aquella tumba viviente pesa sobre mi imaginación calenturienta. Salto del lecho, abro la ventana y un rayo de clarísima luna penetra, alegrando mi corazón, poetizando la estancia y despejando mi cabeza. Sentado en el quicio de la ventana me dispongo a esperar el ya próximo amanecer.

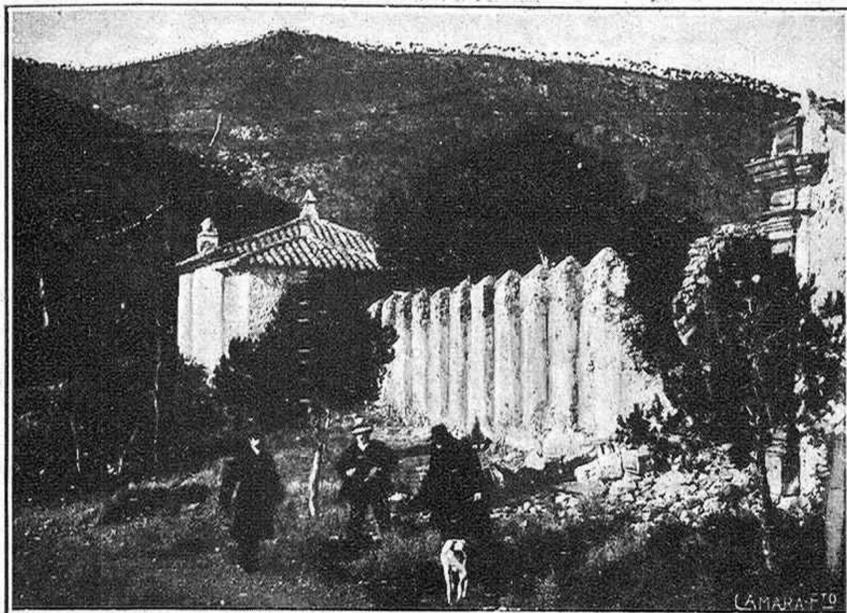
Aquel paisaje, inundado horas antes de luz y calor, se presenta ahora fantástico y lleno de melancolía, alumbrado por la luna. La brisa nocturna hace sisear dulcemente los pinares. Todo



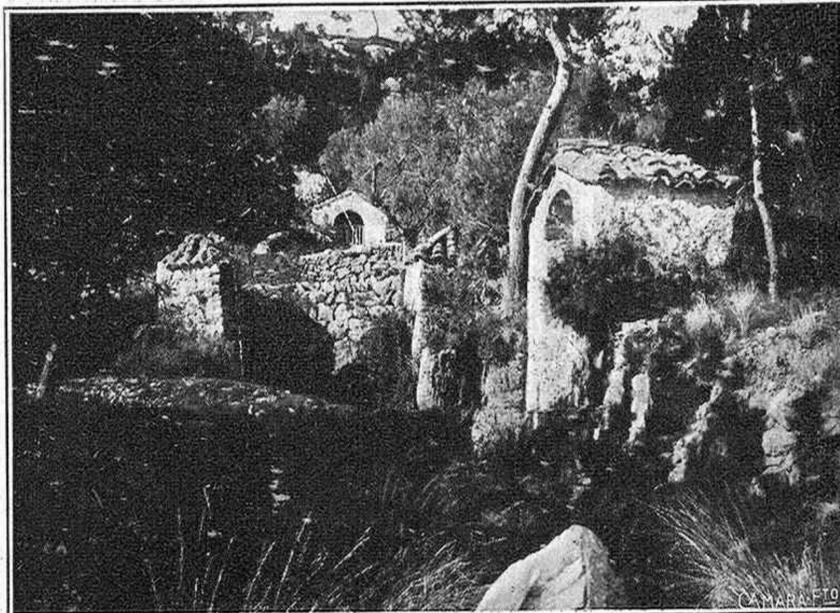
La Cruz monumental, a 780 metros de altura



Un pintoresco antro en el Desierto de las Palmas



La porteria antigua



Ruinas del primitivo calvario

invita á la meditaci3n. El calvario, el cementerio, los antros de los penitentes, las ermitas de los cenobitas, las cruces, todo por doquier hace pensar en ultratumba; pero no con miedo, no, sino con esperanza, con consuelo, con fe; casi casi con anhelo. Aqu3, el ateo piensa y duda, y el indiferente, cree.

Allá abajo, sobre la faja brumosa del Mediterráneo, una tenue claridad se esboza. Las nubes, lentamente, van tornasolando de grises en rojas; de rojas, en amarillas, y de gualdas, en brillante blancura. Los pajarillos pían en alegres revoloteos. El día y la noche riñen su cotidiana batalla sobre el mar, y ésta, vencida, retira hacia Poniente su estrellado manto.

Tocan á misa del alba.

¡Hermoso día de estival Septiembre! La Naturaleza hace alarde de grandiosidad con el espectáculo inenarrable de una fantástica salida del sol sobre el inmenso espejo del mar, contemplado desde 800 metros de altitud.

El turista, amante del alpinismo, sabe cuánto se goza visitando un lugar tan atrayente como el Desierto de las Palmas, el más bello rinc3n del litoral castellanense, pródigo en fuentes y bosques; antros, ruinas y ermitas; leyendas y tradiciones, etc.

Para apreciar, en conjunto, cuanto abarca el antiguo término del Desierto y á la par saborear el extenso panorama que domina la altiva cumbre del Bartolo, es forzoso batir la empinada y tortuosa senda que, oculta entre los pinos, conduce á lo alto. La ascensi3n resulta fatigosa, pero compensa con creces el placer de contemplar los progresivos efectos de la subida. La muralla azul del Mediterráneo va creciendo siempre á la altura del observador y, al fin, dibuja en lontananza la borrosa silueta de las islas Columbretes, sobre las puntiagudas crestas de rodeno, llamadas las Agujas de Santa Agueda, antes tan altivas y ahora humilladas en la hondonada. Por entre las pintorescas villas y el pueblo de Benicasim, el tren del Norte se arrastra como despreciable gusanillo. A la derecha contemplo ya, por cima del castillo de Montornés, las llanuras de la Plana, con las marjales, ricos naranjales; pueblos y caser3os; Castell3n y su nuevo puerto... Pero no nos detengamos y continuemos la fatigosa ascensi3n hasta la cumbre. Antes de llegar á la encumbrada ermita solitaria de San Miguel, y desviando algo el camino, puede vi-

sitarse la rústica cueva donde vivi3 penitente el hermano Bartolomé, que, dando su nombre á este monte, fué el fundador de este Desierto carmelita á mediados del siglo xvii.

Con un último esfuerzo llego, al fin, á la cumbre y me descubro ante la gigantesca cruz monumental que domina todo este litoral é inmenso territorio. Mi adjunta fotograf3a dar3 mejor idea que mi pobre pluma de las colosales dimensiones del monumento. Se inauguró en 25 de Octubre de 1902, en conmemoraci3n del principio de este siglo xx, pregonando la piedad de las regiones vecinas, denominadas la Plana y el Maestrazgo. Su emplazamiento, á cerca de 800 metros de altitud, costó dos años de ímprobos trabajos de cimentaci3n, consumiendo respetables sumas.

El panorama que contemplo es tan variado como extenso. El día es claro, y sin auxilio de anteojos domino un amplio mapa desde más allá de Valencia hasta el límite de la provincia tarraconense, desde el Bajo Aragón hasta el alto mar. Pueblos á docenas, atados con los blancos hilos de las carreteras; las cuencas del Mijares y sus afluentes y las interminables sierras de Espadán, Peñagolosa y de Borriol.

El astro-rey camina hacia su ocaso y amenaza hundirse tras los montes. Emprendo el descenso por el camino de seis ú ocho kilómetros que me separa de la estaci3n de Benicasim. Cerca del camino aparecen, en una hondonada, las ruinas del primitivo monasterio. Yo no sé si fué un terremoto, como dicen, ó fueron los hombres de turbulentas marejadas políticas los autores de la devastaci3n; pero es lo cierto que

esos muros me inspiran veneraci3n y respeto. Son ruinas venerandas, tumba de no menos venerandas tradiciones. Místicos muros que saludo con afecto, compadeciendo sus esfuerzos por seguir en pié. No podrán resistir las inclemencias del tiempo, que piedra tras piedra los irá desmoronando hasta arrasarlos.

Contemplando esas ruinas y meditando sobre lo que fueron, me sorprende la noche ensimismado, sentado al borde de un precipicio.

La luna, como hostia santa y esplendorosa, con majestuosa lentitud se eleva sobre la espuma del Mediterráneo, reflejando, en su inquieto oleaje, mágicos destellos de plata y oro. A su luz, las ruinas adquieren ideales sombras imponentes.

Cual fantasma nocturno, dejo el camino y bajo á recorrer el solitario cenobio.

Colosal anfiteatro forma la cordillera semicircular que en el mar hunde sus dos extremos. Una alfombra de esmeraldas tapiza los montes de aromático pinar. A la entrada veo arruinado el clásico calvario. Junto al vetusto portal3n del viejo convento, aparece en el suelo, roto, un azulejo que dec3a:

«Hermano, una de dos:
O callar, ó hablar de Dios,
que en el yermo de Teresa
el silencio se profesa.»

De los claustros, apenas vestigios quedan. La pequeña iglesia está sin techo, y borrosos restos recuerdan su rica ornamentaci3n corintia. La torre queda en pié, sirviendo de pedestal á los nidos de unas golondrinas que todos los años vienen á arrullarse en ella. Las campanas ya desaparecieron.

Todo son ruinas, silencio y soledad. La hiedra trepa libremente por los muros, que cubre de verde sudario, y sobre el suelo, desnudo de baldosas, crecen silvestres violetas.

Después de evocar un recuerdo al celebrado libro de Patchot, sigo mi camino. Al lanzar desde abajo mi última mirada á las ruinas del convento, las veo coronadas por la esbelta cruz del Desierto, que, como nimbo de luz, tiene por fondo la luna; esparciendo celestiales resplandores; y con sus brazos abiertos quiere dar al peregrino amoroso abrazo de despedida.

Carlos SARTHOU CARRERES
Valencia, 1918.

FOTS. DEL AUTOR



El calvario en el Desierto de las Palmas



LA CASA VIEJA

Frente al vetusto albergue, que mira en su paz de granito noble predio urbano de verdes y lúbricas frondas, desorientado llego. Ruda, cruel, impía, evocación pretérita: ¡cómo en el pecho golpeas, mazo inflexible, guante de acero, rígido ariete!

Aquí mi infancia fué, plena de goces ingenuos, mi adolescencia núbil, mi juventud triunfante que tan presto pasó. Rígido, fuerte, adusto, subsiste el templo; pero el oficiante, en pavesas deshecho ve el breviario y el ara en levísimo tamo. ¡Qué triste la casa, tan grande, tan sola, tan fría, sin risas de niños, sin ecos de diálogos cálidos ni de tímidos pasos, ni de dulces y límpidas notas robadas al clave ó á la cuerda arrullante al ensueño!

Cual nos pasma el soplo del ingreso en las húmedas criptas donde inmóviles duermen hierofantes su sueño de jaspe, del mismo modo hiela la sangre la entrada en la casa que diputé mía y hoy espera la merced del arriendo.

¡Oh, roídos peldaños! ¡Oh, barandal propicio! No conserváis las huellas de aquellas ágiles plantas ni la presión gentil de aquellos senos ebúrneos. Lisos tapias, techos quebrados, suelos desnudos, sala conventual que añoras los grupos de bronce, las lucernas de roca, los claros y profundos espejos, el aroma de heno de las bien mullidas alfombras; celda en cuyo frente alinearon sus tejuelos los libros, desolador espacio en que hubo tableros de pórfido, vitrinas con nácares y medallas áureas; y tú, refectorio vacío, que irisaron cristales bohemios, perfumaron viandas y aturdieron jocundos cánticos:

¿Qué vibra en tu penumbra en la noche del magno solsticio?
¿Qué perfil evoca las nobles figuras austeras
cuyo espíritu vaga en el ancho luminar de los cielos?

Este es el sitio en que crecí; grisáceo aparece
y yo lo vi azulado en las apacibles auroras;
que es fulgor siempre el grato despuntar de la vida
y todo alegre amanecer es luz en la cuna
y en los cielos es palmoteo.

Ved el santuario.

Descubramos la frente; aquí murió resignada la madre
y aquí besé, llorando, su frente divina de cera.
Lugar santo; profanado por segundo connubio
y purificado al morir el mártir, genitor y maestro.
Todo obscuro, todo desierto, gélido y lúgubre.
¿Es verdad que el tiempo y el espacio se mudan,
ó somos nosotros, grano de limo, leves aristas,
los arrastrados siempre por la vorágine de las cosas?

Sobre este dintel salí arrojado por la ajena codicia,
y un hierro mortal sentí clavado en mi entraña más noble.
¡Cuánto he luchado! ¡Cuánto he sufrido! Y ahora... no quiero
entrar de nuevo en el alcázar tornado sepulcro.

Cierro la puerta. ¡Cómo retumba! ¡Parece una salva
de la Eternidad! Solo, angustiado, caduco y frío,
soy también un sepulcro, igual que la vieja vivienda.
Sin luz ni rumores, tétrico siempre, siempre tácito,
espero el golpe rudo de la bienhechora piqueta
que ha de tornarme al polvo.

DIBUJO DE BARTOLOZZI

ANTONIO ZOZAYA

UN MONUMENTO PERIODÍSTICO

EL "DIARIO DE LA MARINA", DE LA HABANA

HOMENAJE Á SU DIRECTOR, D. NICOLÁS RIVERO

EN aquella espléndida isla de Cuba, en que yo he nacido, hubo un día triste en que fue arriada la bandera española. Temblaron los corazones patriotas, hubo lágrimas y hubo estertores de desesperación. Creíamos haberlo perdido todo, tantos siglos de gloria, tantos esfuerzos evangelizadores. Y al pasar de los años, cuando se ha ido calmando la angustia de la derrota, hemos visto con asombro primero, con orgullo después, que en esa isla mirífica nuestra raza española sigue estando representada de un modo brillante y poderoso. La inmensa colonia española que reside allí, no sólo conserva las tradiciones, las ideas y los amores del lugar castizo, sino que ha logrado el respeto y la simpatía del pueblo cubano. Milagro singular, que pocas veces se dió en las luchas de los hombres. Porque cuando un pueblo impera sobre otro, sólo hay que esperar para el vencedor la ira vengadora, y para el vencido la persecución afrentosa.

Pero esto que ha ocurrido en Cuba es la mejor prueba de que la gobernación española no había sido injusta, aunque pudo ser inhábil. En los días de la contienda, los dominadores acaso se excedieron en la violencia, pero siempre palpitaron en ellos la hidalguía, la cristiana tolerancia, el amor... Y poco después de haber concluido aquella guerra, que está inédita, y en la que tantos lauros alcanzó la virtualidad hispánica, se unieron fraternalmente los libres ciudadanos de la nueva República y los hijos de la vieja madre que allí moran.

Estamos tan apartados de nuestras colonias americanas, que se diría que las desconocemos y que no las estimamos suficientemente. Un glorioso estadista, cuya trágica muerte debía ser continuado motivo de duelo para nosotros, don José Canalejas, decíame un día, cuando conversábamos sobre los problemas hispanoamericanos:

«Verdaderamente, España, nación desdichada, no cuenta lo bastante con una fortuna que Dios le deparó: la de que ha sembrado por todo el mundo la cultura cristiana, el idioma de Cervantes y una simpatía invencible y atrayente, que ese es nuestro rasgo: el de hacernos amar... y mientras los otros pueblos, cuando emigran á las Américas, sufren la amargura de ir á país extraño, el español que sale de la tierra en que naciera y va á cualquiera de las Repúblicas que fueron nuestras colonias, está cierto de haberse trasladado de una provincia, suya, á otra provincia, suya también.»

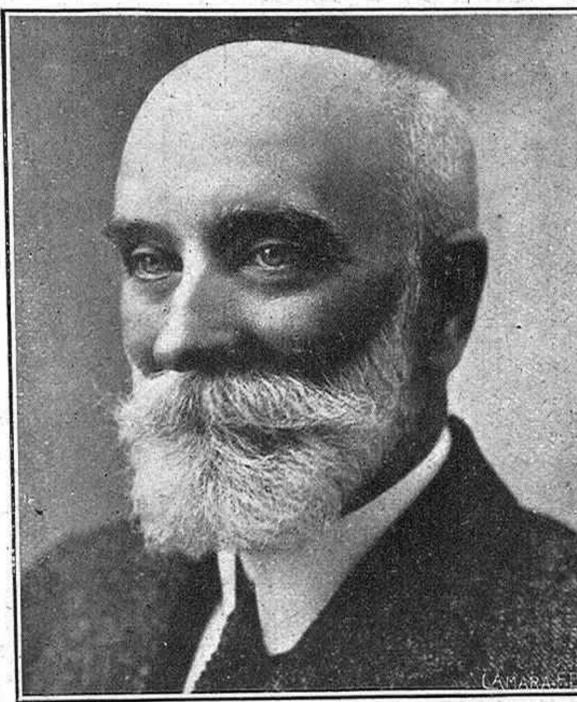
Pues bien: sepan los españoles, que en la isla de Cuba hay un órgano de publicidad que se llama el *Diario de la Marina*, que ha sido el eje sobre el que se ha operado la mutación de los hechos y de las ideas, y por cuya sublimemente inspirada guía, de los escombros del fracaso se ha reconstruido el nuevo alcázar del honor español. Ese periódico, grande y fuerte como Empresa editorial, riquísimo como negocio, ha sido y es el organismo mediante el que perdura el poderío nuestro en la brillante y cultísima República Cubana.

Setenta y cinco años hace que se fundó el *Diario de la Marina*, primeramente en forma humilde, aunque superior á las otras publicaciones cubanas.



NICOLÁS RIVERO Y ALONSO
Administrador del "Diario de la Marina"

Desde esa fecha á la actual, ha tenido el *Diario de la Marina* trece directores: D. Isidoro Araujo de Lira, D. Dionisio Alcalá Galiano, don Vicente González Olivares, D. José Manuel Fernández de Castro, D. José Ruiz León, D. Luciano Pérez de Acevedo, don Juan de Ariza, don Francisco Montaos, D. Fernando Fragoso, D. Lu-



EXCMO. SR. D. NICOLÁS RIVERO Y MUÑIZ
Director del "Diario de la Marina", de la Habana

ciano Pérez de Acevedo (gerente por segunda vez), D. Victoriano Otero, D. Ramón de Armas y Sáenz y D. Nicolás Rivero y Muñiz... que felizmente reina. Es ocasión de repetir la frase de las cronologías monárquicas, porque en la obra de Rivero ha llegado esa publicación á los mayores triunfos.

Este hombre eminente posee un ingenio sutil, una energía férrea. Es luchador invencible, un héroe de la polémica, y es, al mismo tiempo, un ánimo adaptable á las circunstancias de la violentísima lucha. Reúne el Excmo. Sr. D. Nicolás Rivero la maestría del periodismo, la viveza del entendimiento, las gracias del estilo, el arte polémico y una ligereza y una agilidad, que le permiten ser: muralla, cuando el caso lo requiere; saeta voladora y envenenada, cuando las circunstancias lo exigen; dulce como los más dulces frutos de aquella tierra ardorosa, si conviene al momento; agrio y hostil, cuando el honor se empuña...

Los que hemos seguido el trabajo de Nicolás Rivero en medio de las trágicas dificultades en que fué realizado, sentimos el orgullo de que sea nuestro compatriota el autor de empeño tan magnífico.

Contra el *Diario de la Marina*, formidable Empresa editorial, heraldo de la mentalidad hispana, defensor valeroso de los hijos de Isabel la Católica, se han levantado, siguen levantándose, ímpetus destructores. Y Nicolás Rivero continúa manteniendo su periódico; el que más circula en la isla de Cuba, el agente perdurable de los negocios industriales y mercantiles, el que crece día á día en páginas y en columnas de anuncios, el órgano, en fin, de toda la vida de aquella tierra fecundísima, en la que laboran juntos nuestros hermanos y nuestros hijos, los ciudadanos de aquel Estao potente.

Ha sido preciso que Nicolás Rivero poseyera un genio defensivo, verdaderamente maravilloso, con el que luchaba valiente y con el que cedía discreto. El *Diario de la Marina*, bajo el gobierno del que acaso es el primero de los periodistas que manejan el idioma castellano, ha prestado á España, á la raza española, mayores servicios, más útiles y trascendentales servicios que todos los ministros de Estado, que todos los ministros plenipotenciarios y que todos los cónsules.

Y si ha llegado la época de las justicias, habrá llegado también el momento en que á ese español eminentísimo se le rinda el aplauso y se le otorgue la gratitud.

Rivero es muy anciano. De su larga vida luchadora ha contado las empresas y las dificultades en varios libros. Uno se titula *Veinte días en automóvil*. Es la crónica de un viaje que él hizo con su familia por España y Francia. Des-

pues ha escrito sus Memorias, con el título de *Episodios de mi vida*, donde habrá que buscar muchos rasgos desconocidos de la última guerra civil española—última hasta el presente—... Y ese ingenio jugoso, perpetuamente nuevo, que ha sobrevivido á las mudanzas de la historia y de la geografía política y ha conservado siempre la adoración á las Asturias, en que naciera, y á las Españas, de que es hijo predilecto, sigue su labor triunfadora. Bajo su mano, el *Diario de la Marina* crece y se propaga, brilla y vence á todos sus enemigos, y es lo que queda en la antigua provincia amadisima de las pristinas crónicas, de los imperecederos esplendores de nuestra nación.

Es como si el tiempo no pasara sobre este hombre. El escribe diariamente en el *Diario de la Marina* una sección que titula «Actualidades», en la que campean la sátira intencionadísima y justiciara, la advertencia primaria, la observación juiciosísima, la nota definitiva de la realidad.

El Excmo. Sr. D. Nicolás Rivero ha llegado á la edad final conservando una lucidez preclara en el entendimiento, un corazón magnánimo y generoso, en el que las luchas no han dejado sedimento alguno de ira. Es el caballero español que, lejos de su tierra, la ofrece cada día la vida y el entendimiento. Luchador esforzado, que va á llegar á la hora del morir con el alma limpia é inocente de un niño, en el que hubiera puesto la Virgen de Covadonga, su patrona, la idealidad sublime de los nobilísimos amores.

El *Diario de la Marina* ha consagrado al LXXV aniversario de su creación un número monstruo, de innumerables páginas, algo que significa una potencialidad editorial desconocida en España.

Ese número ha circulado por millones de ejemplares en todo el mundo. Forma una biblioteca hispanocubana, un alarde de intelectualidad y de dinero, algo que constará en la historia del periodismo, y que será un honor para nuestra raza y para nuestro idioma.

No se puede trabajar tantos años en una empresa espiritual, sin que el laborioso intente injertar en su tronco los gentiles resalvos familiares.

Nicolás Rivero ha nombrado subdirector del *Diario de la Marina* á su hijo José Y. Rivero, y administrador de la Empresa á Nicolás Rivero y Alonso, hijo también del eminente periodista. Constan aquí los retratos del venerable patriarca y de sus sucesores.

José Y. Rivero, el mozo, según puede decirse en esta historia de una familia periodística, como se dijo de aquellos pintores que se heredaban en el estilo y en la gloria, allá en el Renacimiento de las artes, es un joven inteligentísimo y estudioso, que une al saber de los libros la experiencia heredada. El ha de añadir al *Diario de la Marina* nuevos lauros y mayores victorias.

Nicolás Rivero y Alonso, el gerente mercantil de la Empresa, antes de llegar á cargo tan señalado, había sido administrador y representante de importantísimas Empresas bancarias.

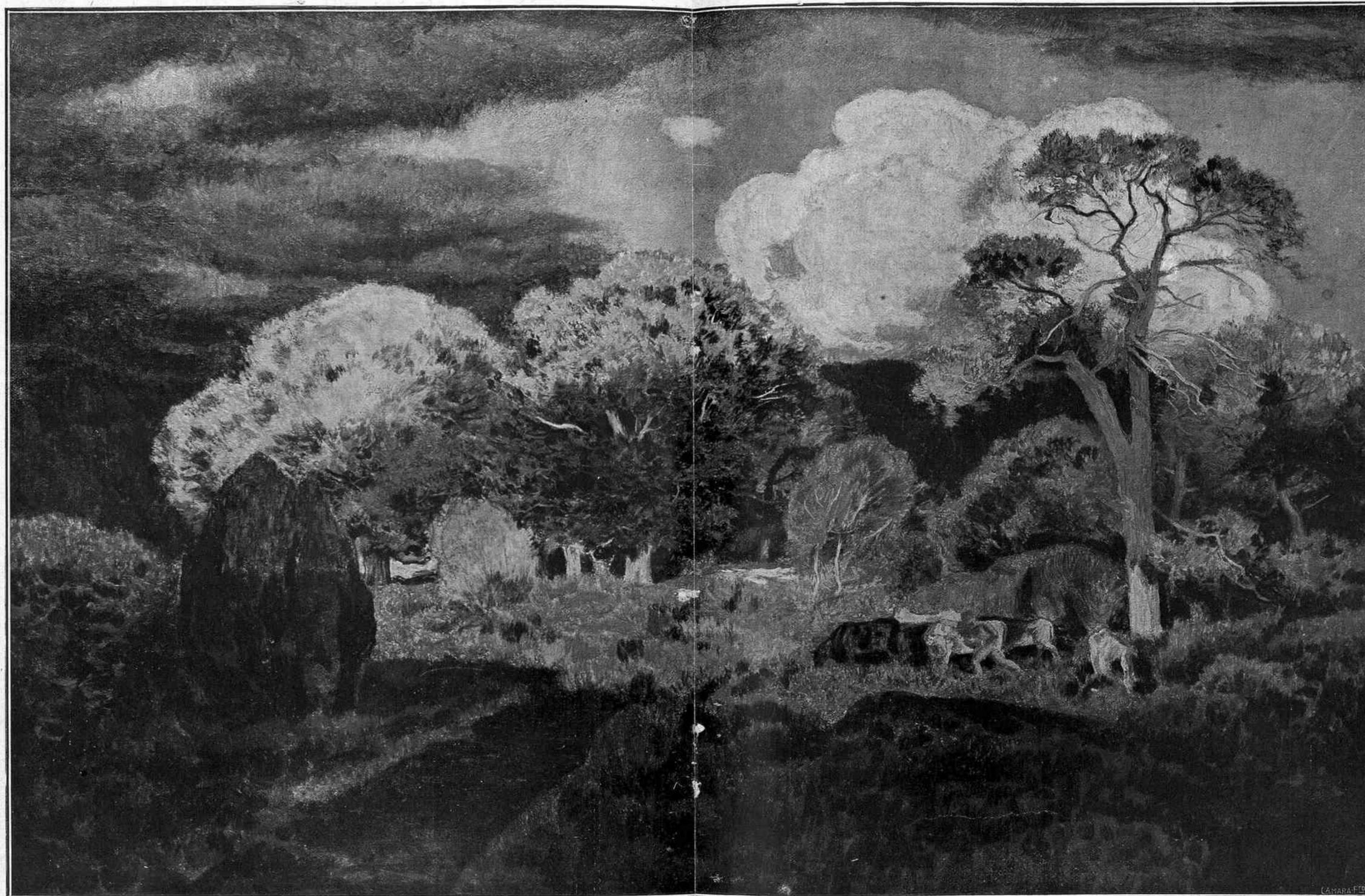
Ved de qué manera ese periódico gloriosísimo, defensor eficaz de España y de su raza, se dispone á continuar la obra en que está comprometido. El viejo Rivero organiza sus huestes futuras. Toda la energía de su alma no se contenta con vivir los días longevos que la Providencia le ha otorgado. Quiere vivir después de morir y encarga á sus herederos la continuación de una campaña en que la raza hispánica seguirá respetada en Cuba.



DR. JOSÉ Y. RIVERO
Subdirector del "Diario de la Marina"

J. ORTEGA MUNILLA

LA MODERNA PINTURA FRANCESA



OTOÑO EN EL BOSQUE, cuadro de Renato Menard, que figuró en la Exposición de Pintura Francesa del Retiro

Nacido en París, el 15 de Abril de 1862, y en un medio esencialmente literario é intelectual, Renato Menard es un espíritu selecto y cultivado. Al lado de su padre y de su tío, el filósofo Luis Menard, había de abrirse su inteligencia á todas las sugerencias y formas de la Belleza, en la realidad ó en el ensueño.

Expuso por primera vez en el «Salón» de 1885. Durante algún tiempo vaciló entre los asuntos antiguos y los asuntos modernos, visiblemente influenciado, como todos sus compañeros de generación, por la evolución naturalista del momento. Luego, hacia 1890, encontró su verdadero camino, por el cual sigue desde entonces, cada vez con paso más firme y más seguro, entre el retrato fisonómico, atento, inquisitivo—como el de Luis Menard que se conserva en el Luxemburgo—y las visiones sintéticas de paisajes y

escenas remotas, de coloraciones de un resplandor grave y sereno, bajo cielos palpitantes y campiñas pobladas de épicos rebaños ó de mujeres desnudas, de puras formas, que se contemplan en las aguas tranquilas. El alma helénica, los ritmos graves y serenos, que fijaron poetas y filósofos en sus libros inmortales, fientan fecundamente á sus pinceles. Un viaje á Sicilia acentuó este contacto con la antigüedad, esta visión de los tiempos pretéritos en medio de la banalidad naturalista de otros pintores. Sus obras principales son: «Agrigente», «Tierra antigua», «Otoño», «El juicio de Paris», «El río», «Agua muerta», «Paisaje de Córcega», «Bahía de Ermones». En la deficiente Exposición de Pintura Francesa del Retiro se expusieron dos cuadros de Menard que realmente no eran muy expresivos de su verdadera tendencia.

CASABARTE
BIBLIOTECA
DEL RETIRO

VIDA ARTÍSTICA
LA EXPOSICIÓN DEL ATENEO



JOSÉ PLANES
(escultor)

En el Saloncito del Ateneo, siempre abiertamente generoso á las tendencias nuevas, exponen ahora un pintor y un escultor, bien opuestos el uno del otro en tendencia y temperamento, pero unidos por el nexo común del propio entusiasmo hacia sus artes respectivas.

El escultor es José Planes. De origen levantino, da este origen una saludable reminiscencia mediterránea á sus obras.

Tiene, desde luego, aliento fuerte y serenidad sobria. Modela recia y graciosamente, y da á los rostros de sus cabezas estatuarias una atractiva simpatía de vida. No le busquemos reminiscencias clásicas porque sería inútil. También se perdería el tiempo intentando hallarle esas influencias nórdicas que ahora inquietan á otros escultores.

No. José Planes sugiere la idea de un artista personalmente, audazmente retador de la verdad que sus ojos ven. Es la misma cualidad de los maestros llegados antes de él: Inurria, Macho, Julio Antonio. Como ellos ofrece en el reposo extático de las cabezas humanas, rasgos representativos de razas, de regiones, aun de profesiones fatalmente elegidas por un oscuro instinto.

Así este *Pregonero de Beniján*, calvo, rugoso, plébeo y socarrón es un documento plástico de pícaro españolismo cócido por el sol y orlado por hálitos marinos; esta admirable *Vieja de Oropesa* tiene en su faz antañona plasmada el alma de Castilla; este hercúleo adolescente



"La despedida", cuadro original de J. S. Arizmendi

del cuello ancho, los labios gordos, sensuales, la nariz venteadora y la frente ancha, sugiere y sintetiza el tipo español de las juventudes actuales, desarrolladas al aire libre de los estadios y en los gímnicos esfuerzos.

Por último, al lado de las esculturas que evocan tipos raciales con una técnica vigorosa, sonríen las testas femeninas de *La dama del valle*, de Carmencita Armiñán, de Matilde Zabalza, de esa deliciosa niña escapada del florecimiento infantil que hay en la *Ofrenda á Venus* tizianesca.

En las cabezas femeninas la manera peculiar de José Planes adquiere blanduras y suavidades inéditas. Toda la línea armoniosa del modelado sonríe como un piropo galante y caballeresco, como el espiritual rendimiento de una sensibilidad vibrante.

Y una vez más, como ante las obras de otros escultores jóvenes lo sentimos igualmente, nos lamentamos del desamparo de los comienzos difíciles, cuando es preciso añadir á la insuficiente belleza de los vaciados en escayola, más ó me-



I. S. ARIZMENDI
(pintor)

nos hábilmente patinada, lo que serán estas obras en su materia definitiva: en el mármol expresivamente carnal; en el bronce, que parece ya ungido de eternidad; en la madera, que tiene noble tradición castellana...

Entre las esculturas de Planes, agobiándolas un poco, envolviéndolas en su huracán colorista, los cuadros de Arizmendi nos inquietan y subyugan, acres y realistas.

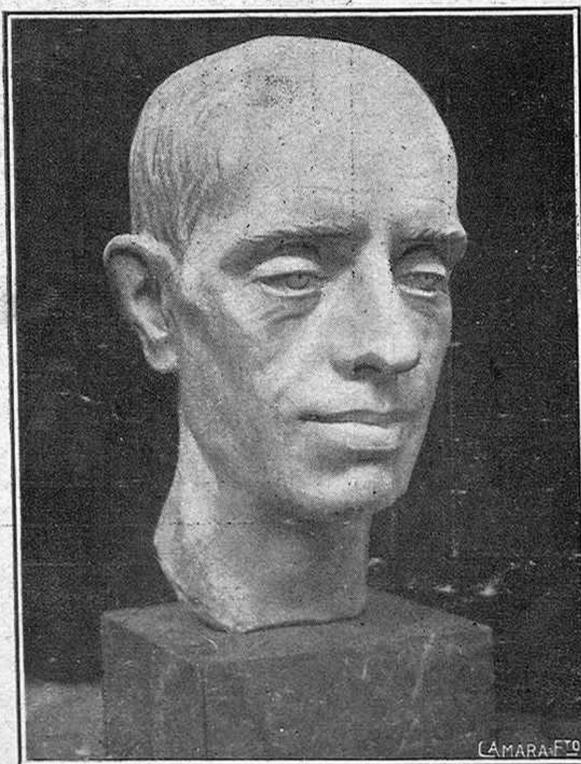
Arizmendi es arquitecto además de pintor. La bella arte de los equilibrios ponderados, de las masas tranquilas no le ha sujetado los nervios, ni domesticado la visión. Así, se conserva, más allá de las construcciones arquitectónicas, indómito en su lujuria de verdes, rojos y amarillos como fieras en libertad.

La filiación fácil de Arizmendi comienza en *El menégo* á lo Ferdinand Hodler y acaba, por ahora, en *La bailarina* gauguiniana. Del «paralelismo» del gran pintor suizo al «primitivismo» —un poco externo, con su negra de café concert, en este caso— del gran pintor francés.

Y, en medio, esas originales y un poco desconcertantes *naturalezas muertas*, donde se han buscado arabescos ingeniosos y gamas brillantes en la repostería y la dulcería. Algunas de ellas muy afortunadas y muy interesantes por encima del arbitrario motivo.

Arizmendi me parece un pintor considerable, dotado de cualidades positivas.

SILVIO LAGO



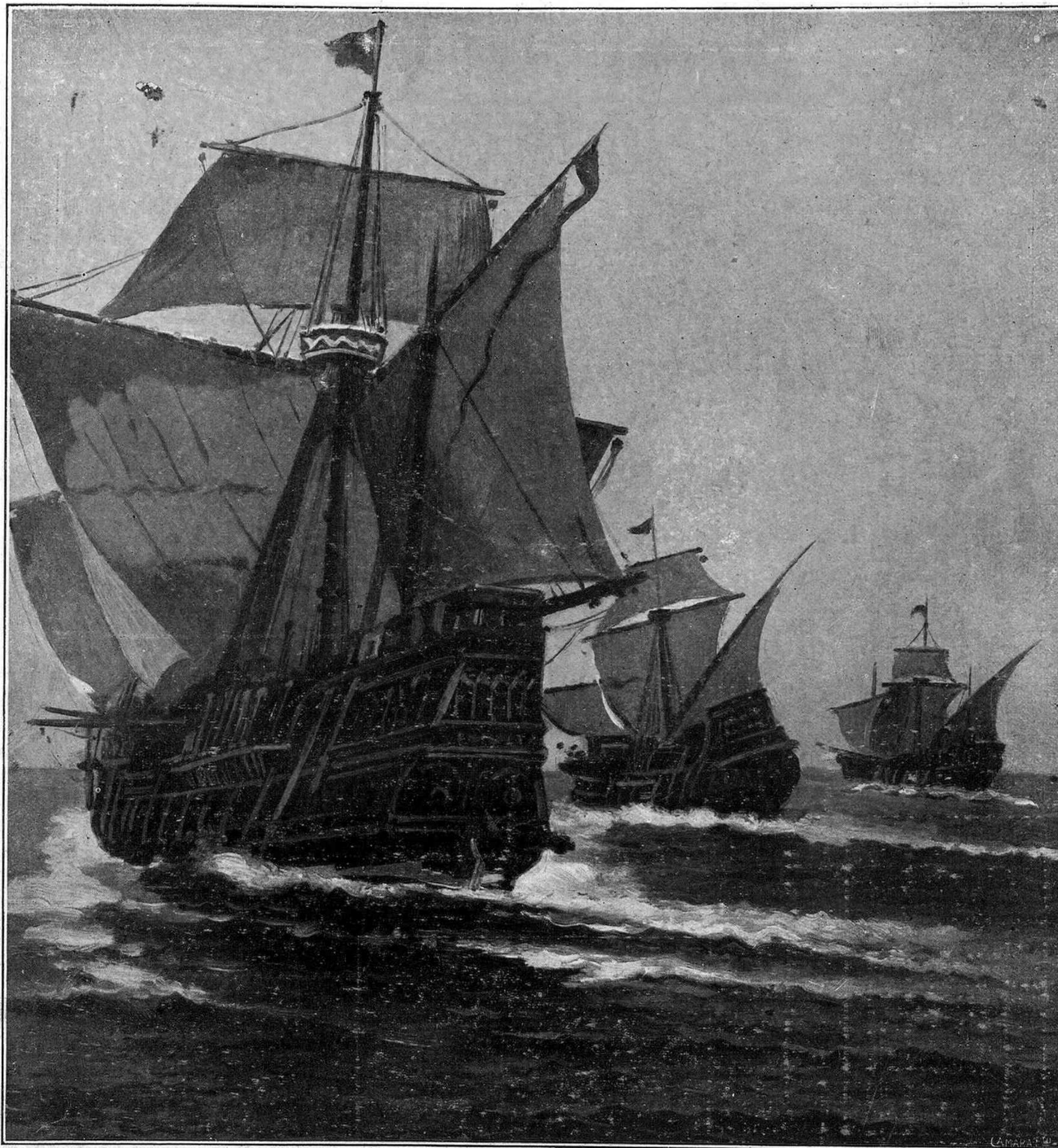
"El pregonero de Beniján (Murcia)"



"La vieja de Oropesa (Toledo)"
(Esculturas originales de José Planes)



"Retrato de Carmencita Armiñán"



PRIMER VIAJE...

Desplegando á los vientos la pompa de sus velas, en un vuelo quimérico y audaz sobre la mar; como aves fabulosas, van las tres carabelas de Colón, el vidente argonauta, al azar...

Dejan tras sí las naves la luz de sus estelas; arados, en las ondas, sus quillas al cruzar van trazando tres surcos, tres sendas paralelas, y el Genio dijo: "Quiero en las aguas sembrar."



"Semillas de naufragios darán cosecha un día en una tierra nueva y fértil que presiento oculta entre otros cielos y otros mares lejanos."

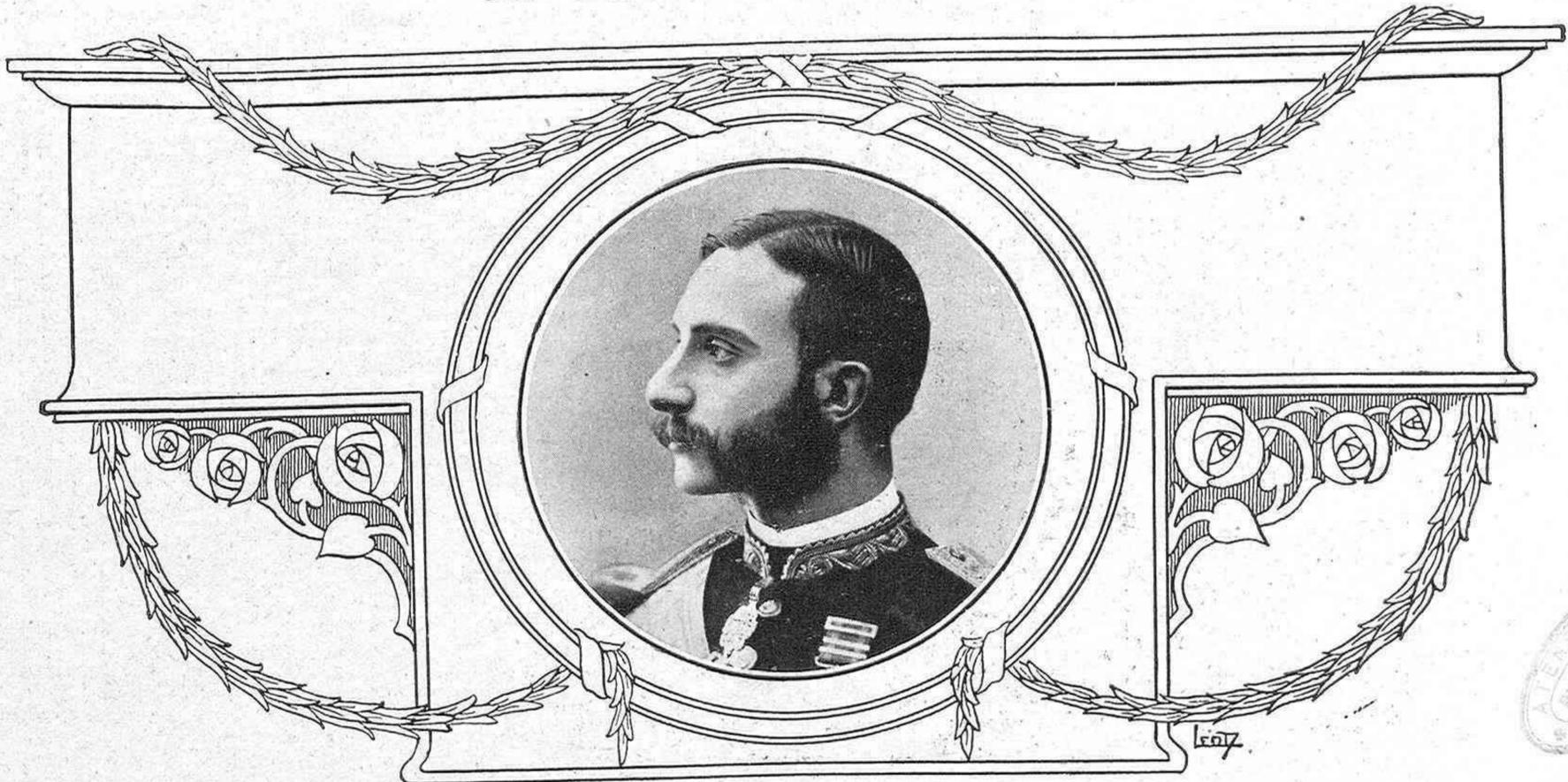
"Futuros labradores, por esta misma vía irán al nuevo mundo de mi descubrimiento á recoger el fruto sembrado por mis manos..."

GOY DE SILVA

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

LA RESTAURACIÓN DE LA MONARQUÍA

29 de Diciembre de 1874



Don Alfonso XII

DESDE aquel histórico Consejo de ministros, en el cual el noble y caballeroso rey Don Amadeo de Saboya pronunció la famosa frase «yo contrario», para expresar (no dominaba todavía el idioma castellano) que no aprobaba el acuerdo del Ministerio Zorrilla-Martos-Córdoba—apoyado por el Congreso en la famosa sesión de 7 de Febrero de 1873—de disolver el Cuerpo de Artillería; decisión, la del rey, honrada y patriótica, que trajo por consecuencia otra más trascendental, pero inevitable, la de su renuncia á la Corona, estaba decretada lógica, fatal é inevitablemente la restauración de los Borbones.

No quedaban en la vida nacional, en aquellos momentos—y así lo comprendió el monarca de Saboya—, más que dos caminos á seguir: la república federal ó el restablecimiento de la monarquía en el príncipe que había de llamarse Alfonso XII. Por el primero de estos caminos se intentó llevar la nación, pero pronto se vió que era muy corto y que conducía rápidamente á insondables precipicios, y no hubo más remedio que encarrilar la vida de España hacia la segunda de estas soluciones.

Esta idea restauradora había arraigado con fuerza indestructible en el elemento militar, de tal manera, que cuando el general Concha llegó al Norte, á ponerse al frente del tercer Cuerpo de ejército, al detenerse en Castro-Urdiales, ocurrió un incidente muy significativo que debió servir de aviso á los hombres de la situación.

El general Echagüe se presentó una mañana en casa del general en jefe, y le anunció que una Comisión de oficiales de todas armas y de diferentes graduaciones quería verle para rogarle proclamase á Don Alfonso de Borbón como rey de España. El paso era atrevido.

El general Concha, que era un monárquico convencido, alfonsista sincero y del cual algunos temían que llevase á campaña el propósito de hacer dicha proclamación, hizo entrar á los oficiales y, casi sin dejarles hablar, con gran energía, les dijo: «Que ya conocía sus propósitos, que en lo que menos pensaban era en el príncipe ni en la paz, y que parecía que buscaban el evitar batirse con los carlistas y asegurar su fortuna política y profesional; pero que antes de realizar sus propósitos habrían de pasar sobre su propio cuerpo, sobre la persona de su general» (1).

Mustios y cabizbajos salieron todos de la pre-

(1) A. Houghton: *Les origines de la restauration des Bourbons en Espagne.*

sencia del general en jefe; pero la semilla estaba echada, mejor diríamos arraigada y en camino de fructificar, y el que más encariñado se mostraba con la idea del pronunciamiento era el general Martínez Campos. El problema había de resolverse bien pronto.

Coincidiendo con estos trabajos militares, á primeros de Diciembre de 1874 apareció el famoso manifiesto de Sandhurst, en el cual decía el entonces príncipe Don Alfonso de Borbón lo siguiente:

«Todos cuantos me han escrito manifiestan, igualmente, la convicción de que sólo el restablecimiento de la monarquía constitucional puede poner término á la opresión; á la incertidun-

bre, á las crueles perturbaciones que nuestra España sufre. Me dicen que la mayoría de nuestros compatriotas lo reconoce y que, antes de mucho tiempo, todas las personas de buena fe estarán conmigo, cualesquiera que sean sus antecedentes políticos, comprendiendo todos que no tienen que temer exclusivismos de ninguna especie de parte de un monarca joven y sin prejuicio alguno, ni de un régimen que se impone hoy precisamente porque representa la unión y la paz.»

La impresión producida por este documento que en su forma tenía todas las ingenuidades de un alma joven, y en su fondo todos los anhelos de un buen español, fué enorme.

En el campo de las izquierdas, entre los partidarios y representantes de la Revolución sonó como la trompeta del Apocalipsis; en las filas monárquico-alfonsinas como el toque de gloria en el día de Resurrección.

Los partidarios del futuro régimen no perdieron el tiempo. Martínez Campos, teniendo presentes algunas dificultades que pudieran surgir en el ejército del Norte pensó en el del Centro, donde el general D. Luis Dabán le había hecho concretas y expresivas ofertas.

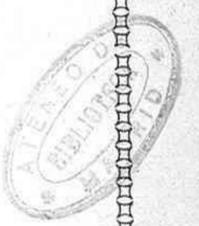
En tanto, en Madrid ya se sospechaba de él. Sagasta, el único de entre aquellos hombres—y entre otros muchos que han vivido después—que tenía pasión política, á la cual posponía siempre su situación personal, indicó, como ministro de la Gobernación, al de la Guerra general Serrano Bedoya, que era preciso vigilar á Martínez Campos; pero el ministro contestó que no había peligro alguno, y más tarde, cuando Sagasta dijo que era preciso detenerle, el capitán general de Madrid, Sr. Primo de Rivera—de buena fe, indudablemente—se presentó á Sagasta á decirle que él respondía de la conducta del general Martínez Campos.

Casi en el mismo día el coronel D. Antonio Dabán, hermano del general D. Luis, recibía de éste una carta, en la que le decía que «si antes del 30 de Diciembre no se decidían «á dar el grito», renunciaría el mando de su brigada y se iría á su casa, pues no podía continuar más en aquella situación peligrosa».

Conocida esta actitud por Martínez Campos no aguardó más, y aunque hubiera deseado que tomara la iniciativa el general Jovellar, general en jefe del ejército del Centro, se decidió á obrar por sí mismo, y Antonio Dabán envió, como aviso á su hermano Luis, el siguiente telegrama: «Salgo á darte un abrazo.» Martínez Campos le



El general Serrano Bedoya



llevó de acompañante, así como al brigadier Bonanza, y los tres, disfrazados como hombres del pueblo, se reunieron en la estación del Mediodía antes de las nueve de la noche del 26 de Diciembre de 1874.

Tomado el tren, casi sin salir del coche en todo el viaje, llegaron á Valencia, con la emoción consiguiente, y allí recibieron aviso del general Dabán de que se adelantaba con su columna hasta Sagunto; y en la noche del 28 los tres expedicionarios y el ayudante del general Dabán, que les había comunicado la resolución de éste, se dirigieron á dicho punto en una tartana. El ayudante era el hoy general Aznar.

A las ocho de la mañana del día 29 la columna del general Dabán—después de comunicar éste al general Jovellar que se dirigía á Valencia y avisar á los jefes de otras fuerzas del ejército del Centro para que se uniesen á él—salió de Sagunto. A unos dos kilómetros de la población, en una explanada situada entre las carreteras de Valencia y Segorbe, hicieron alto las fuerzas y quedaron formadas en cuadro.

El general Dabán hizo adelantar hasta el centro del cuadro á los abanderados con las insignias de sus respectivos Cuerpos; ordenó á las tropas presentar armas y les anunció que el general Martínez Campos iba á dirigirles comunicaciones importantísimas.

Y avanzó el general Martínez Campos; y con voz parda, conmovida y vacilante al principio, y enérgica y vibrante después—aunque arrastrando las erres más de lo que tenía por costumbre—les dijo así, poco más ó menos:

«Soldados: la Patria se desangra y muere víctima de los excesos revolucionarios. El único medio de poner término á tanta desgracia es acabar la guerra; y para ello, es preciso tener una bandera, un grito de combate, un príncipe, un rey que represente las gloriosas tradiciones de la España católica y monárquica. Con esta enseñanza y este glorioso guía la pacificación será un hecho dentro de breve plazo y vosotros podréis volver tranquilos al seno de vuestras familias á disfrutar, en vuestro honrado hogar, de una paz y de una tranquilidad que habréis merecido por vuestro amor á España y ganado con vuestro heroísmo.

«Yo os requiero para que me ayudéis con vuestros esfuerzos y vuestro valor á restablecer sobre su trono al rey legítimo Don Alfonso XII de Borbón, verdadero rey de España. Yo le proclamo en nombre del Ejército y de la Nación.»

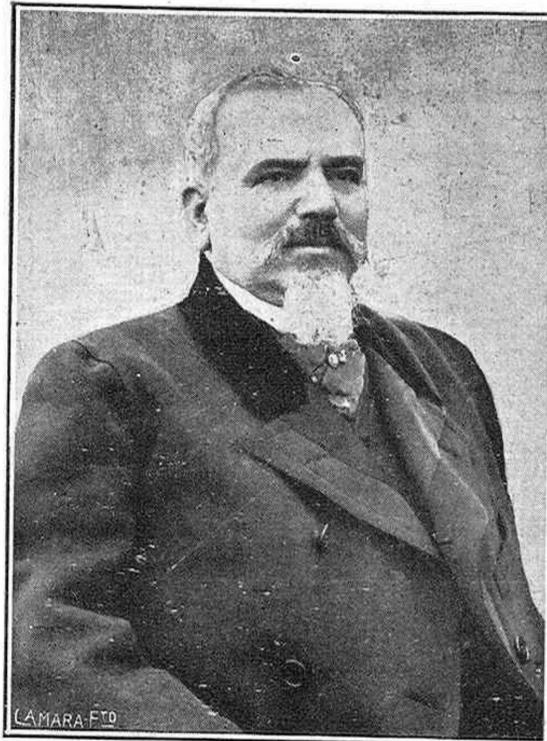
Los generales, jefes y oficiales de aquel restaurador ejército, compuesto de mil ochocientos hombres, respondieron entusiasmados á los vivas del general Martínez Campos; los soldados corearon, también, con entusiasmo los vivas de los oficiales, y éstos se comprometieron además, solemnemente, «á derramar hasta la última gota de su sangre».

Así fué proclamado rey de España Don Alfonso XII.

Lo demás se desarrolló, casi sin ningún obstáculo, hasta la constitución total del propósito.



D. Práxedes Mateo Sagasta



El general Martínez Campos

Unióse al movimiento el general Jovellar y, por consiguiente, todo el ejército del Centro; en Madrid el capitán general D. Fernando Primo de Rivera, á las cinco de la mañana del 30, en uniforme de campaña y rodeado de sus ayudantes comunicó al ministro de la Guerra, en presencia del general Cotoner, que la guarnición se había adherido al movimiento en favor del rey Don Alfonso XII «y que juzgaba inútil toda resistencia». El general Serrano Bedoya hasta habló de suicidarse en vista de la situación en que le había dejado su excesivo optimismo; pero consiguieron calmarle, y se comisionó al general Cotoner para que comunicase lo ocurrido á la duquesa de la Torre, puesto que el duque se hallaba en Logroño como general en jefe del ejército del Norte.

Inmediatamente se reunió el Consejo de ministros y ante él se presentó el general Primo de Rivera diciendo que no podía aplazarse más su manifestación de adhesión á la causa del nuevo rey; y que lo mejor que podía hacer el Gobierno era resignar el mando en manos de la autoridad militar.

Se puso en libertad al Sr. Cánovas del Castillo, al director de *La Epoca*, Sr. Escobar, y á otros distinguidos alfonsinos que, detenidos al principio de estos sucesos, estuvieron—después de breves horas en el Saladero—muy bien tratados en el Gobierno civil por el gobernador señor Moreno Benítez, y Sagasta conferenció por telégrafo con el duque de la Torre que se hallaba en aquellos momentos en Tudela tratando con el general Moriones de la marcha de la campaña y de los medios de enviar fuerzas á Madrid para contrarrestar la insurrección.

Esta conferencia telegráfica fué interesantísima y de un alto valor histórico.

Una hora después se reunía el Consejo de ministros en el Ministerio de la Guerra, y apenas había comenzado á deliberar les anunciaron que los patios y alrededores del ministerio estaban ocupados por las tropas y completamente llenos por una gran multitud.

Poco después se presentó el general Primo de Rivera, y dirigiéndose á Sagasta le dijo: «Señor presidente, me veo en la penosa necesidad de manifestarle que la guarnición de Madrid se asocia al movimiento del ejército del Centro y que se va á constituir un nuevo Gobierno.»

Sagasta se levantó entonces, y con acento lleno de dignidad y de energía contestó al general: «Protesto en nombre del Gobierno y de la Nación española contra el acto que aquí se desarrolla. El Gobierno no se defiende, porque después de conferenciar con el Jefe del Estado y de acuerdo con él, español ante todo é inspirándose en el más alto patriotismo, no quiere producir trastornos nacionales. El Gobierno se retira, no sin protestar enérgicamente contra este acto de violencia, cuya calificación entrega á la consideración de las gentes honradas de todos los partidos, á la conciencia de la noble nación española y al juicio severo de la Historia» (1).

(1) Houghton: obra citada.

Y después de recomendar al capitán general—en aquel momento dictador y dueño de los destinos de la Nación—que se evitase la efusión de sangre, salieron los ministros del palacio de Buenavista, cuyos salones y galerías estaban ya llenos de los adoradores del naciente sol de la Restauración.

Una hora después se reunían en el Ministerio de la Guerra, convocados por el general Primo de Rivera, los principales hombres políticos del moderantismo, de la Unión liberal y los resellados de la Revolución, aquellos de quienes se dijo «habían repasado el puente de Alcolea»; y se constituía un Ministerio-Regencia presidido por D. Antonio Cánovas del Castillo, el cual desde 22 de Agosto de 1873 tenía en su poder un decreto firmado por el príncipe Alfonso autorizándole para formar Gobierno en el momento oportuno.

Constituída la situación se envió á la reina Isabel un telegrama que decía así:

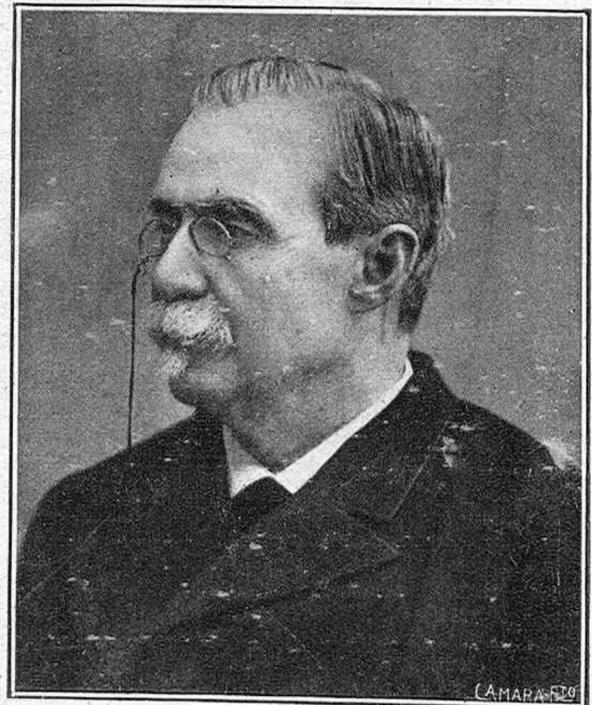
«Los ejércitos del Centro y del Norte, la guarnición de Madrid y las de provincias han proclamado á Don Alfonso XII rey de España. Madrid y todas las ciudades responden á esta proclamación con entusiasmo. Felicitamos respetuosamente y de todo corazón á Vuestra Majestad por este gran triunfo alcanzado sin lucha ni efusión de sangre.»

El general Jovellar, como ministro de la Guerra, felicita al nuevo rey en nombre del Ejército, con motivo de la festividad de los reyes; Don Alfonso le contesta, agradecidísimo al Ejército y á la Nación, el día 7 de Enero al embarcarse en Marsella para venir á España; desembarca en Barcelona, desde donde se dirige á Valencia, y desde esta ciudad sale para Madrid, donde entra á mediados de Enero de 1875, habiendo recorrido un camino de verdaderos triunfos y ovaciones, y teniendo en la corte de la monarquía un recibimiento como no se había visto jamás.

¿Es que había muerto en España el espíritu de la Revolución de 1868? No, ciertamente; la causa de este recibimiento, de verdad cariñoso y entusiasta, hay que buscarla, aparte de la fuerza fundamental y positiva que, en las clases elevadas y en gran parte de la clase media, tenían las ideas monárquicas y dinásticas, aparte esto, hay que buscarla en la conducta de aquellos que llevaron sus doctrinas á tal grado de exageración y de desconcierto, que dieron con ello un arma terrible á las clases conservadoras para destruir, con el casi total beneplácito de la opinión pública, aquella situación tan intranquila, tan precaria, tan llena de amargura y tan fecunda en desgracias, que hizo á España recibir la Restauración con la alegría del que despierta feliz y tranquilo después de un angustioso ensueño de horrible y trágica pesadilla, viendo en el joven rey la venturosa esperanza de la resurrección y de la felicidad de la Patria.

Las Cortes de 1876 consagraron de derecho la proclamación de D. Alfonso XII.

FERNANDO SOLDEVILLA



D. Antonio Cánovas del Castillo

EL CHOCOLATE EN EL SIGLO XVIII



Al amor de la lumbre, en solemne brasero cautiva, doña Fausta, su esposo don Fabricio y el Padre Juan Andrés, solían reconocer antaño que una taza de chocolate y un azucarillo ó vaso de agua de meloja, pueden justificar el rato más suculento de tertulia.

El Padre Juan Andrés, historiador, geógrafo, latinista implacable, algo poeta y gongorino más de dos y tres veces, era un amigo, como se ve, de innegable amenidad. Saboreando el soconusco, hablaba á sus amigos, doña Fausta y don Fabricio, de la formidable obra que en preparación traía y que bien pudiera titularse como otra del mismo siglo XVIII, *Origen, formación, mecanismo y armonía de los idiomas*. Doña Fausta relamiase—metafóricamente hablando—al pensar en el deleite que habría de proporcionarle el fruto mentado de tan peregrino ingenio, sin que por ello dejase de mirar de reojo su ya marchita belleza en alguna de las cornucopias próximas, antaño caras á su juventud honestísima. La dama, cuya exquisita sensibilidad soliviantábase hondamente leyendo *Pablo y Virginia* ó *Robinson Cru-*

soe, sublimes novedades literarias, intervenía en la conversación, que era cachazuda y suave, recordando, ora poesías pastoriles, con su enjambre de Dorisas, Mirtas y Filis; ora abominando de los enciclopedistas franceses y de los *esprits forts*, á quienes el cielo confunda. Don Fabricio, luego de requerir su dedadita de rapé, glosaba sesudamente los sucesos del día, en un estilo pseudo-clásico melifluo, pulido y, desde luego, sensacional. No en vano se es «geógrafo de Su Majestad Carlos III» ó «escribano de Cámara», ó «contador de Resultas»; cargos que imponen una voz engolada y una tosecilla académica, de las que nunca puede prescindirse, porque la seriedad entre personas distinguidas era y es, en la conversación, su adobo más preciado.

Bien lo pasaban doña Fausta, don Fabricio y el Padre Juan Andrés en aquellas horas de discreto ocio, dedicadas al dulce comercio de la palabra. Alejados del oropel, del rebullicio y de la frivolidad sociales, cambiaban apaciblemente sensatas apreciaciones y pareceres enjundiosos, envueltos en el ropaje de una prosa tal vez san-

dia, pero altisonante y hermética. Meléndez Valdés y Jovellanos, el Padre Isla y don Ramón de la Cruz, suministraban, á menudo, temas substanciosos. Alguna vez iba á casa del matrimonio, don Gaspar, abogado de los Reales Consejos, hombre tributario de la cultura francesa, que se dolía del atraso de España y preconizaba la hipocresía como medio el más excelente para medrar sin tropiezos; ó don Patricio, arrogante capitán de las Reales Guardias, que no conocía rival en el arte de trastocar palabras, urdir equívocos y recitar sátiras, epigramas, letrillas y anacreónticas; ó doña Clarita, petimetra incitante, marisabidilla parladora, gaceta de ojos diabloscos, que comentaba—según escribe don Leopoldo de Cueto—, como un poetaastro cualquiera de la época, «si llovía con abundancia, si nevaba, si se atropellaban unos asnos, si se aplicaban sanguijuelas, si un amigo despedía con facilidad á los criados, si otro pedía una mula, si picaba una chinche á su criada, si había estornudado una señora, si había goteras en su casa». Nuestros abuelos lo pasaban entonces encantadoramente...

EL TÉ EN EL SIGLO XX



PERO, si no nos engañan las damiselas y pollos «bien» de hoy, nuestros hermanos lo pasan mejor.

¡Té dansant, Té tango! El brebaje no es el mismo, ciertamente; España ha progresado gracias al té. Con emparedados y vales, con pastas y ziganos, con golosinas y cigarrillos egipcios, en un salón espacioso, bajo cuyas guirnalda eléctricas reluce el encerado piso, la diferencia entre la taza de ayer y la de hoy establece separación considerable, como de dos civilizaciones, de dos razas.

Don Abilio, el senador; Charito, la morfímana; Clo-Clo, la ex montmartresa; Gorito, el clubman; Paco, el *sportsman*; Lili, la niña del lunar móvil, ojos de porcelana y boquirrita en forma de corazón; *Arsenio Lupin*, el cronista de salones, y *Benvenuto Cellini*, el «fenómeno» de los cosos taurinos, son, todos por igual, fervientes partidarios del té. El té es pretexto propicio, coyuntura amable, tercero delicioso para un rato de placer. Hay quien otorga especial atención al

té, como remolcador de *sandwichs*; pero lo que prevalece, en suma, es la plasticidad mundana, la intervención femenina, la colaboración del músico, del modisto, del electricista, del farmacéutico. El té de ahora cuesta mucho más dinero que el chocolate. Tiene mayores complicaciones. Requiere más superfluidades. Es erudito y fácil, trivial y lindo, inconsistente y *chic*. Libertino, decadente, literario, cosmopolita, ha abierto en los Pirineos una brecha por donde Europa nos mira con un poco de curiosidad. Antes del té actual, tan frágil y ruboroso, los españoles éramos agrios, inquisidores, obcecados, rígidos, hostiles y, sobre todo, eminentemente, ferozmente caseiros. Dependíamos del vino, que empleyeca, ó del chocolate, que adocena. Nos faltaba una ductilidad, una ligereza de espíritu que el té, bebida transparente, áurea y flúida, parece haber proporcionado á «Hispania fecunda»...

Como congregador de elegancias, como civilizador y aun redentor, precisa enaltecerle. Ha enseñado muchas y muy interesantes cosas á

nuestras «tobilleritas» y ha planchado y barnizado genialmente la cabeza á nuestros lechuguinos, currutacos, pollastres y pisaverdes. Madrid, borracho de té, va metamorfoseándose. Aun, bajo el *smocking*, asoma su capa de chispero; aun, tras el argot del boulevard, detona algún «timo» de estas Rondas, Costanillas y Portillos, pero todo se arreglará. Es cuestión de otro poco más de té...

Entretanto ¡cómo se divierten don Abilio, Clo-Clo, Charito, Paco, Lili, Goro, *Arsenio Lupin* y, sobre todo, el egregio estoqueador de reses bravas *Benvenuto Cellini*, mitad «dandy», mitad morrueco aún... Huyeron para siempre la mojigatería, la pudibundez, la inocencia angelical de hace un siglo. El radiador ha destronado al brasero. El baile nos aturde y el camarero nos «clava»...

El chocolate antiguo era ñoño. El té moderno es sabrosísimo. Se sobrentiende que hablamos en nombre de aquellos á quienes les guste el té...

E. RAMIREZ ANGEL

DIBUJOS DE MARÍN

Una visita al Instituto Clínico de Electrología y Radiología del Dr. Calatayud Costa

RARAS son hoy las personas que no cuentan entre su familia ó amigos á alguien que esté sometido á uno de los métodos de tratamiento por la electricidad, los rayos X ó el radium, y que no aprovechen toda ocasión para relatar las maravillosas impresiones que la aplicación terapéutica de dichos agentes les produce.

Desde hace tiempo sentíamos una irresistible curiosidad de escudriñar de cerca los misterios de la física médica, y cuando un amigo nos propuso presentarnos al ilustre electro-radiólogo Dr. Calatayud Costa aceptamos complacidos, entreviendo la ocasión que iba á permitirnos satisfacer plenamente nuestro anhelo.

El Dr. Calatayud, á quien ya conocíamos por referencias, es uno de los jóvenes médicos españoles que más brillante carrera han hecho. Dedicado desde el primer momento de su vida médica á la especialidad electro-radiológica, ha llegado á ser el representante más significado que esta ciencia tiene en nuestro país, y el Instituto Clínico de Electrología y Radiología que acaba de instalar en la calle de Peligros, núm. 20, de esta corte, parece que no solamente es el mejor y más completo de España, sino uno de los mejores de Europa.

Hemos visitado este Instituto, hemos conversado con el Dr. Calatayud y todo lo visto y oído nos ha parecido tan interesante, que no hemos podido resistir la tentación de darlo á conocer á nuestros lectores.

Cuando llegamos á su Clínica, el Dr. Calatayud estaba ocupado en dirigir personalmente una aplicación de rayos X á un enfermo; pero nos recibió su secretario, que, prevenido de nuestra visita, nos introdujo directamente en un precioso despacho, donde á poco, tuvimos el gusto de estrechar la mano del doctor. Joven, alto, elegante de indumentaria, con elegancia sencilla y sincera, el Dr. Calatayud se nos reveló en seguida como un hombre llano y sin afectaciones y dotado de un carácter franco, atrayente y simpático. Sin embargos le expusimos nuestra pretensión de ver su Instituto y escuchar de sus labios algo que pudiera ilustrarnos acerca de la importancia de la electro-radiología en el moderno arte de curar.

—¿...?

—Eso es someterme á una interviú en regla y, ciertamente, los datos que acerca de mi persona solicita no interesan á nadie.

—¿...?

—Bueno; ya que usted se empeña en ello, constataré brevemente á sus preguntas. Estudié los cuatro primeros años de la carrera en Valencia y los tres últimos en Madrid. Escogí la Medicina porque el ejemplo de mi padre, que fué un médico sabio y era un hombre bonísimo, prendió en mi espíritu desde la niñez los más altos sentimientos con respecto al prójimo.

—¿...?

—¿Por qué me hice electrólogo y radiólogo? Por una feliz casualidad, y también por mis aficiones artísticas y técnicas.

Verá usted. En 1900, y siendo aún estudiante de Medicina, me trasladé á París. Quería conocer la magna Exposición Universal, que á la sa-



DR. C. CALATAYUD COSTA
Eminente electro-radiólogo, Presidente de la Real Sociedad Española de Electrología y Radiología Médicas

zón tenía lugar en la capital francesa, y de paso orientarme respecto á mi futura actuación como médico práctico. Durante mi estancia en París se celebraron allí el primer Congreso Internacional de Electrología y Radiología Médicas y uno de los Congresos de la Asociación Francesa para el progreso de las Ciencias, que ya entonces contaba entre sus secciones una de Electricidad Médica.

Yo asistí á dichos Congresos, y atraído por tantas y tan sorprendentes novedades científicas como con ocasión de los mismos había conocido, quise seguirlos de cerca y me consagré á visitar los establecimientos clínicos de París en que más se trabajaba en electrología y radiología, frecuentando, sobre todo, el Hospital de la Salpêtrière, donde el sabio neurólogo Dr. Huet practicaba diariamente muchos exámenes electrodiagnósticos y un gran número de aplicaciones electroterápicas.

Cuando regresé á España, algunos meses más tarde, estaba resueltamente decidido á ser médico electrólogo y radiólogo.

—¿...?

—Terminé la carrera en 1901, y volví al Extranjero. Estuve nuevamente en Francia, y viajé por Alemania y Austria, viendo trabajar á los más prestigiosos radiólogos de estos países, y visi-

tando algunas grandes fábricas de aparatos electro-médicos.

En 1904 trasladé mi residencia á Valencia, fundando allí un gran Instituto de Electricidad Médica, que en poco tiempo llegó á adquirir crédito y fama muy envidiables.

—¿...?

—¿Por qué me trasladé á Madrid? Por afán de nombre y también á impulsos de ideales, si se quiere, quijotescos. Yo, que amo exaltadamente á mi patria y á mi especialidad, no podía ver sin pena el estado precario de ésta en nuestro país, debido á las grandísimas dificultades con que han tropezado siempre los médicos españoles para adquirir los conocimientos propios de la misma. Hacía falta implantar la enseñanza de la Electro-Radiología en nuestras Facultades de Medicina; hacía falta concertar el esfuerzo de los pocos electrólogos y radiólogos españoles en una intensa labor de divulgación científica, creando una Sociedad similar á las existentes en las principales naciones del mundo; y hacía falta, por último, fundar un órgano en la Prensa, que recogiera en sus páginas cuanto se hiciera en nuestra patria y en el Extranjero en el campo de aquella rama del saber, facilitando de este modo al médico novel la tarea de enterarse de los progresos que se realizaran. Yo concebí el propósito de poner á contribución toda mi actividad para que esas tres cosas llegasen á cristalizar algún día, y empecé acometiendo la más asequible á mis medios individuales: la publicación de una revista.

—¿...?

—En 1912, estando todavía en Valencia fundé la *Revista Española de Electrología y Radiología Médicas*, y tres años más tarde comencé los trabajos conducentes á organizar una Sociedad de igual nombre. Pero este objetivo, como el de conseguir la enseñanza universitaria de aque-

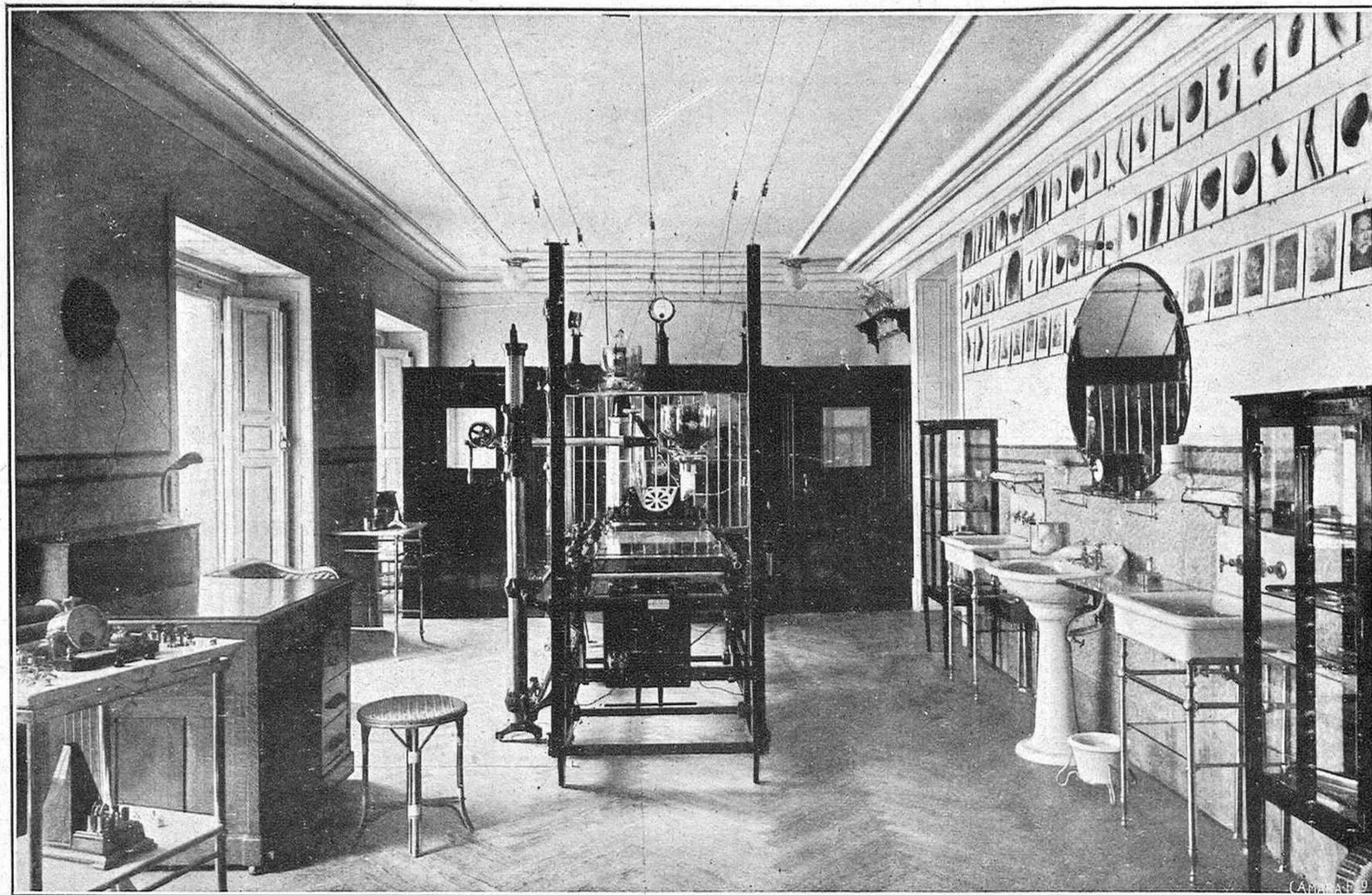
llas materias, exigían que se laborase en un medio como el de Madrid, y, convencido de ello, en cuanto las circunstancias me fueron propicias, abandoné mi bienestar y mi nutridísima clientela de Valencia y me vine á la corte.

—¿...?

—La Sociedad Española de Electrología y Radiología Médicas se inauguró solemnemente en Febrero de 1916, con asistencia de S. M. el Rey.

—¿...?

—En la sesión inaugural de la repetida Sociedad leí un discurso abogando por el establecimiento de la enseñanza oficial de la especialidad que cultivo. Después he acudido á los Poderes públicos, instándoles á organizar dicha enseñanza, tal como existe ó como se está organizando en la mayoría de los países cultos. En Inglaterra, por ejemplo, los desastres ocasionados por haberse confiado los servicios electrofisiológicos y radiológicos militares á médicos no especialistas, han sido tales, que, por iniciativa de la prestigiosísima Universidad de Cambridge, va á implantarse la enseñanza oficial de la Electrología y la Radiología con el carácter de obligatoria durante la carrera de Medicina, y con el carácter de ampliada y voluntaria, *post-graduo*, para obtener el diploma de especialista, *sin el cual no se per-*



Vista parcial de la sala de Electrodiagnóstico, Radiodiagnóstico y Radioterapia

mirará á ningún médico nuevo la aplicación de los métodos propios de aquellas disciplinas.

En España no existe ningún Centro oficial donde el médico pueda familiarizarse con la técnica difícilísima de dichos métodos. El médico español que quiera poseer esa instrucción no tiene otro remedio que emigrar al Extranjero y hacerse tributario científicamente de los países que nos han adelantado en este sentido. Hacer cesar tal estado de cosas ha sido mi deseo desinteresado y patriótico.

—¿...?

—Se ha conseguido mucho. Después de haber dictaminado la Facultad de Medicina de Madrid y el Consejo de Instrucción Pública en favor de mi iniciativa, el Sr. Alba, mostrándose gobernante digno de su época, dictó una Real orden estableciendo una cátedra de Electrología y Radiología Médicas en el Doctorado de Medicina.

—¿...?

—Espero y deseo que se obre en justicia al designar la persona que haya de regentar la cátedra creada. Ahora bien; lo que no puede ser de nadie, sino mío, es el honor indiscutible de la iniciativa y del empeño para la institución en España de la enseñanza universitaria de la Electro-radiología.

—¿...?

—Profesionalmente he trabajado bastante en Madrid; más de lo que podía esperar. Y eso que la instalación de este establecimiento ha requerido mi atención y mi esfuerzo de un modo difícilmente imaginable. Me propuse hacer una obra perfecta, acumulando en mi Instituto los mejores y más poderosos elementos que la moderna técnica exige para la adecuada aplicación de los procedimientos electro-radiológicos, y crea usted que conseguirlo, como lo he conseguido, representa, con la serie de dificultades propias de los tiempos que corren, una labor verdaderamente abrumadora.

—¿...?

—Muy contento y muy satisfecho de Madrid. Médicos y público me han dispensado la mejor acogida. Aquí he hallado amigos, afecto y la más alta consideración personal. No acertaría á expresarle cumplidamente cuán reconocido, cuán obligadísimo estoy con este noble pueblo.

—¿...?

—Favor oficial no lo he buscado jamás para nada que me afectara particularmente; y en realidad no lo he necesitado tampoco. Para llegar, para subir, como suele decirse, no me hace falta plataforma oficial ninguna. Como Cándido «cultivo mi jardín». Los enfermos tratados y curados por mí constituyen mi mejor reclamo. He pedido, sí, aunque inútilmente, tener á mi disposición un centro hospitalario donde poder hacer estudios experimentales y clínicos sobre mi especialidad. Mi pretensión se frustró siempre. Y, en verdad, me siento dolido de ser yo entre los contadísimos electro-radiólogos españoles calificados, el único que no dispone de un hospital, á pesar de haber trabajado como el que más, ó acaso como nadie, por el desarrollo de la electro-radiología en nuestro país.

—¿...?

—En mi campaña en pro de la ciencia nacional, he encontrado un apoyo de inestimable calidad, que no sé como agradecer y ponderar: el de Su Majestad el Rey. Llevado de su gran celo patriótico y de su afán de estimular cualquier cometido beneficioso y útil, nuestro augusto Soberano ha tenido la bondad de alentarme. Yo he escuchado palabras suyas que me infundieron entusiasmo y optimismo.

—¿...?

—Soy, ante todo y sobre todo, españolista; deseo el bienestar y la prosperidad de España, y tengo una fe ciega en nuestro Rey y en nuestra Raza.

—¿...?

—Sí; fui yo el iniciador del Primer Congreso Nacional de Medicina que ha de reunirse en Madrid en Abril próximo. Y no me limité á lanzar la idea, sino que la impulsé activa y prácticamente, trabajando hasta formar la dignísima Comisión organizadora del Congreso, de todos conocida, y que, con el Dr. Aguilar á la cabeza, ha preparado un Certamen, cuya celebración constituirá una solemne y grandiosa manifestación de ciencia española.

ooo

Hubiéramos querido conocer otros aspectos más íntimos de la personalidad ilustre que teníamos ante nosotros. Pero amablemente el doctor

Calatayud inició una débil protesta, y refrenamos el deseo que sentíamos, pasando á recorrer con nuestro interlocutor las distintas dependencias de su Instituto.

Entramos en un gran departamento de los que pudiéramos llamar *técnicos*, y nuestro ánimo se sintió al punto como sobrecogido de admiración y de asombro. Nunca sospechábamos una magnificencia tal como la que á nuestros ojos se ofrecía. Numerosos aparatos, monumentales unos y delicadísimos otros, se muestran allí en una especie de formación disciplinada y correcta, que parece que no puede ser otra, y como esperando una orden, un impulso, para producir una serie de maravillas.

Asistimos, lector, al imponente espectáculo de los rayos X. Un contacto giratorio Snook, de 35 kilovatios, el más potente que ha entrado hasta ahora en Europa, procedente de los Estados Unidos, sirve de generador de la corriente de alta tensión necesaria para que funcionen los tubos Röntgen. Una soberbia mesa radiológica, provista de tres soportes de tubos y dotada de los mayores perfeccionamientos de la mecánica, permite verificar prestamente todas las aplicaciones de dichos rayos en Medicina. No podemos describir los mil accesorios que completan el contenido de aquella habitación: el *parabán* suntuoso y original que sirve para proteger al radiólogo contra los efectos nocivos de los rayos X; los tubos Coolidge, con sus equipos, último adelanto de la física radiológica; la instalación de lavabos; las vitrinas, que encierran en sus estantes tanto instrumento auxiliar, etc., etc.

—Aquí—nos decía el Dr. Calatayud—reconozco á mis enfermos, practico exámenes electrodiagnósticos, hago mis radioscopias y mis radiografías instantáneas ó de *pose* y eventualmente alguna aplicación, electroterápica ó röntgenoterápica.

Pasamos á otra dependencia, destinada á las aplicaciones fototerápicas y baños hidro-eléctricos generales. El doctor hizo funcionar un baño de luz tricolor, modelo suyo, enteramente metálico y verdaderamente magnífico.

En otra sala admiramos un conjunto de aparatos para aplicaciones de *diatermia* y *d'arsonvalización*. Uno de esos aparatos produce una corrien-

te eléctrica cuya característica consiste en que al atravesar una resistencia cualquiera, como el cuerpo humano, se transforma en calor. Tan fuerte puede ser éste que llegue á coagular y carbonizar los tejidos orgánicos; y así se emplea para destruir, por ejemplo, las formaciones cancerosas. Reglado de modo conveniente, dicho calor es inofensivo; pero puede penetrar profundamente y sirve, entonces, para combatir procesos que se desarrollan en lo más oculto del organismo.

En la dependencia siguiente vimos otra instalación de rayos X, que aunque dispuesta para toda clase de aplicaciones radiológicas, se la hace servir habitualmente para la radioterapia superficial (enfermedades de la piel y del cuero cabelludo). Sobre el mueble del contacto giratorio, y en una placa metálica, se lee la siguiente inscripción:

En memoria del Excmo. Sr. Duque de Tamames. Su familia al Dr. Calatayud.

—Ese aparato—nos advirtió el Dr. Calatayud—lo debo á la esplendidez de la familia Tamames. Es un recuerdo que patentiza, honrándome mucho, el afecto hacia mí de dicha noble casa, por el interés y el cariño con que asistí al duque en la última etapa de la enfermedad que arrebató la vida á esta insigne figura de la grandeza española.

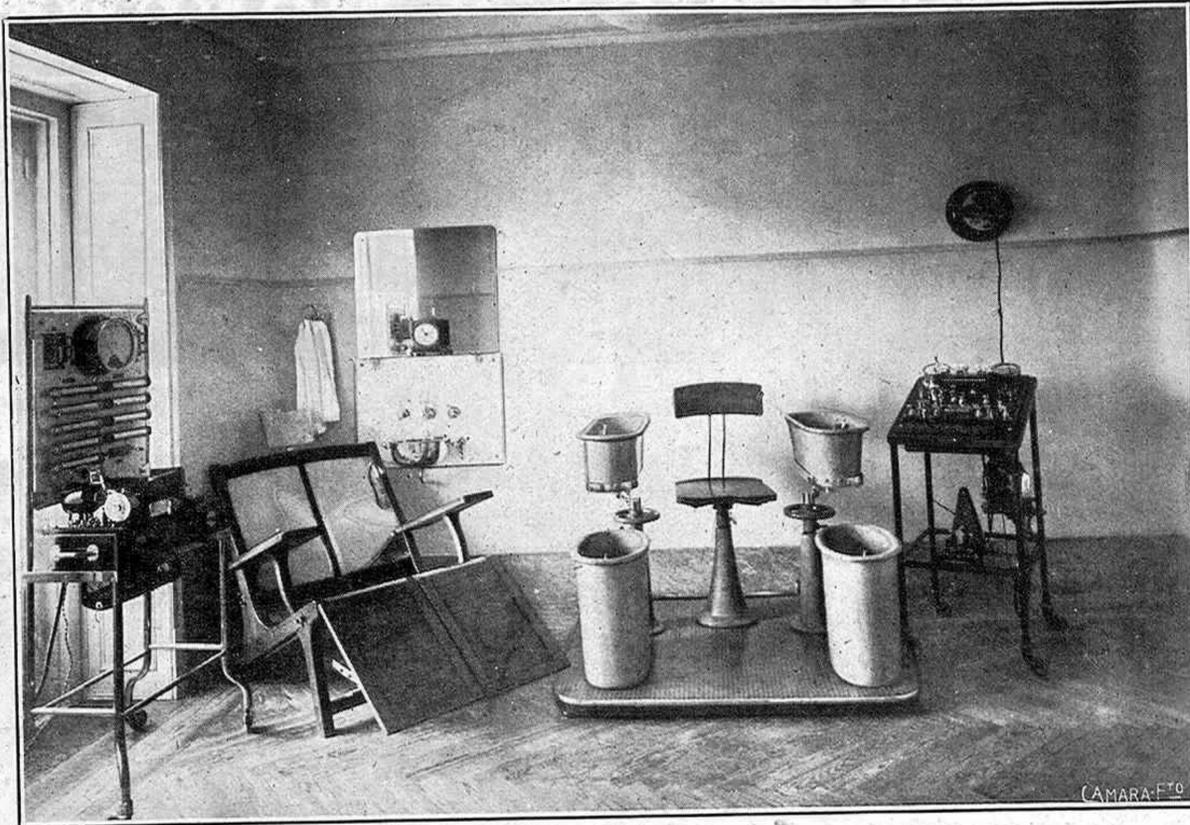
Penetramos en una nueva sala y vimos una tercera instalación de rayos X. El trabajo casi exclusivo de la misma es la radioterapia profunda y, especialmente, la ginecológica.

En fin, en otras dos salas contemplamos una rica colección de aparatos y enseres electroterápicos: cuadros y mesas para la producción y el reglaje de distintas modalidades eléctricas, un aparato Bergonié para el tratamiento de la obesidad; un baño hidro-eléctrico Schnée de cuatro células, etc., etc.

El Dr. Calatayud nos enseñó los cuatro tubos de radium que posee. Son tubitos milimétricos, pequeñísimos, que parecen desmentir, por la insignificancia de su volumen, la fama del inmenso valor curativo del radium contra afecciones tan terribles como el cáncer. La imaginación se resiste á creer que algunos centigramos del precioso metal, el contenido de uno cualquiera de aquellos tubitos de vidrio, cueste miles de duros.

—¿...?

—Todos ó la mayor parte de los aparatos que



Baño hidroeléctrico de cuatro células y aparato Bergonié para el tratamiento de la obesidad

usted ha visto son de procedencia norteamericana, y me los han servido los Sres. Garay y Rodrigo, de Madrid, y la casa Metzger, de Barcelona. Algunos de mis dispositivos electroterápicos han sido contruidos en Valencia bajo la inteligente dirección del reputado electricista D. Eduardo Carbonell. El radium, también de origen americano, lo he adquirido de los señores Metzger.

—¿...?

—Casi no existe un grupo de enfermedades en que no tengan aplicación eficaz la energía eléctrica y la energía radiante, sea como recursos para el diagnóstico, sea como medios curativos. El examen electro-diagnóstico es indispensable para diferenciar diversas afecciones de los músculos y del sistema nervioso. La utilidad de la radioscopia y de la radiografía para el estudio de las lesiones óseas y articulares, para el diagnóstico de las enfermedades de los órganos intratorácicos y de los aparatos digestivo y urinario, y para la investigación de los cuerpos extraños introducidos en el organismo, es tan conocida, que sería superfluo ponderarla.

Mucho más vasto es todavía el dominio terapéutico de la electricidad y de las radiaciones. Donde principalmente y con más brillante éxito actúan los tratamientos eléctricos y radiológicos es en estos cuatro grupos patológicos: afecciones de los músculos y de los nervios (atrofias musculares, parálisis, neuralgias); enfermedades de la piel (tiñas, lupus, acné, eczemas, epitelomas, pruritos, psoriasis, etc.); enfermedades genitales de la mujer (metritis, anexitis, fibromas y

cánceres del útero); y neoplasias malignas (cáncer, sarcoma).

Mas aparte de las indicadas, otras enfermedades, tanto entre las internas como entre las llamadas quirúrgicas, se tratan felizmente con la terapéutica electro-radiológica; así, por ejemplo, ciertas afecciones de los órganos respiratorios, circulatorios y digestivos; las enfermedades de la nutrición y de la sangre; las tuberculosis locales; los procesos blenorragicos; las artritis de diversas clases, etc., etc.

ooo

Terminada nuestra visita, abandonamos la clínica del Dr. Calatayud con una impresión no experimentada hasta entonces. Otras veces, al recorrer las salas de un establecimiento donde se cultiva la ciencia y se procura la salud, hemos recibido una sensación deprimente: la que pudiera

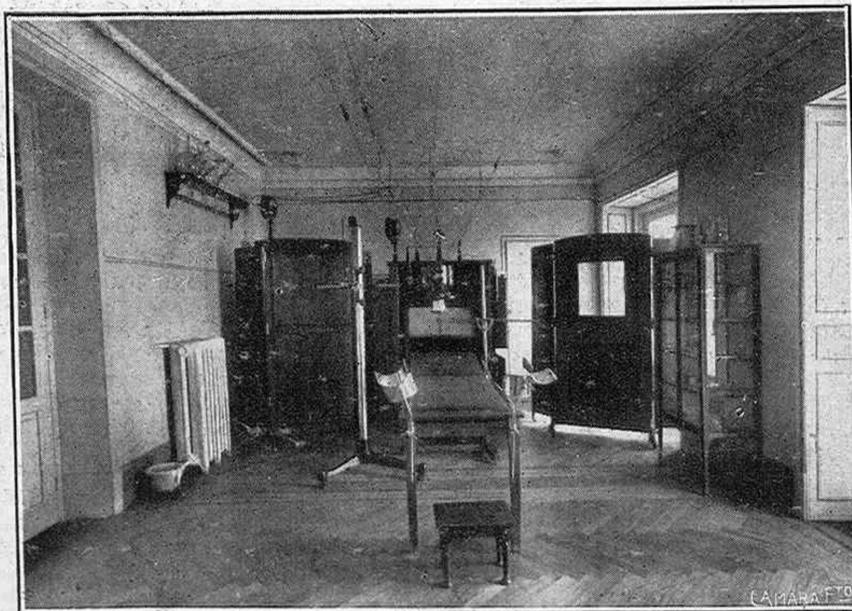
producirnos el dolor. Ahora, al salir á la calle, después de hablar con el Dr. Calatayud, nos sentíamos más animosos, como si dentro de nuestro organismo llevásemos un nuevo hábito de vida. La contemplación de los maravillosos aparatos y la alentadora palabra del eminente médico, habían realizado el milagro.

Si España ha de despertar á la llamada de los nuevos días, ha de ser poniendo su porvenir en hombres del linaje intelectual y moral del Dr. Calatayud. El progreso de los pueblos está en la ciencia y en el trabajo, en el arte y en la industria... El Dr. Calatayud, de la estirpe de los grandes luchadores, lo sabe muy bien. Su vida de estudio le ha proporcionado el convencimiento de que se triunfa por la actividad, por la constancia, por el esfuerzo bien dirigido, sin vacilaciones y sin desmayos.

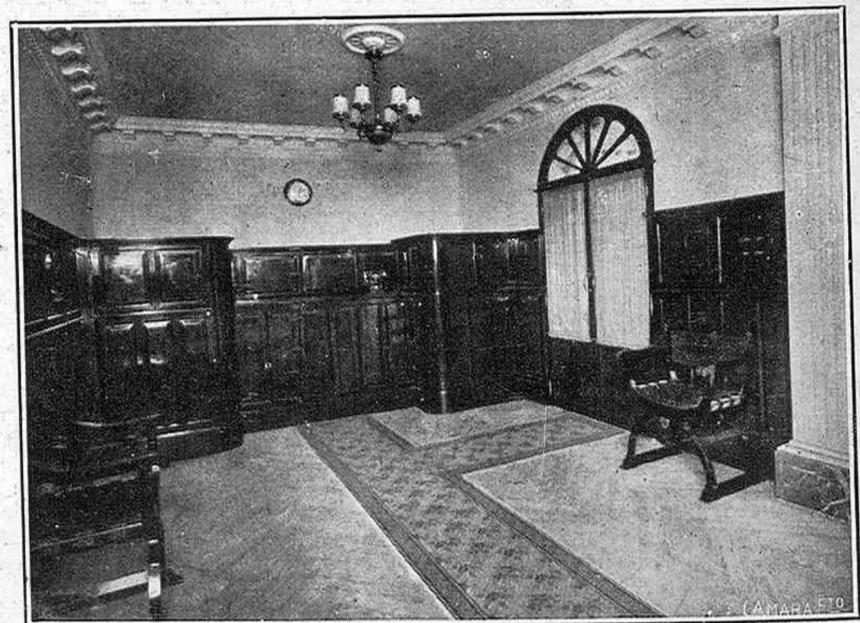
Por eso, al mismo tiempo que honra á España y enaltece su nombre, pone en circulación sus ideas, provechosa semilla que cayendo en campo propicio produce frutos de bendición. Eso viene á ser la *Revista* por él fundada; la Sociedad científica que se debe á su iniciativa; la proyectada Cátedra de Electrología y Radiología, por la que ha trabajado ardentemente; el próximo Congreso Nacional de Medicina, de que es también iniciador.

Por la Ciencia y por España: tal pudiera ser el lema de este español inverosímil, que pone en sus empresas amor, inteligencia y voluntad.

RAFAEL GAY DE OCHOA

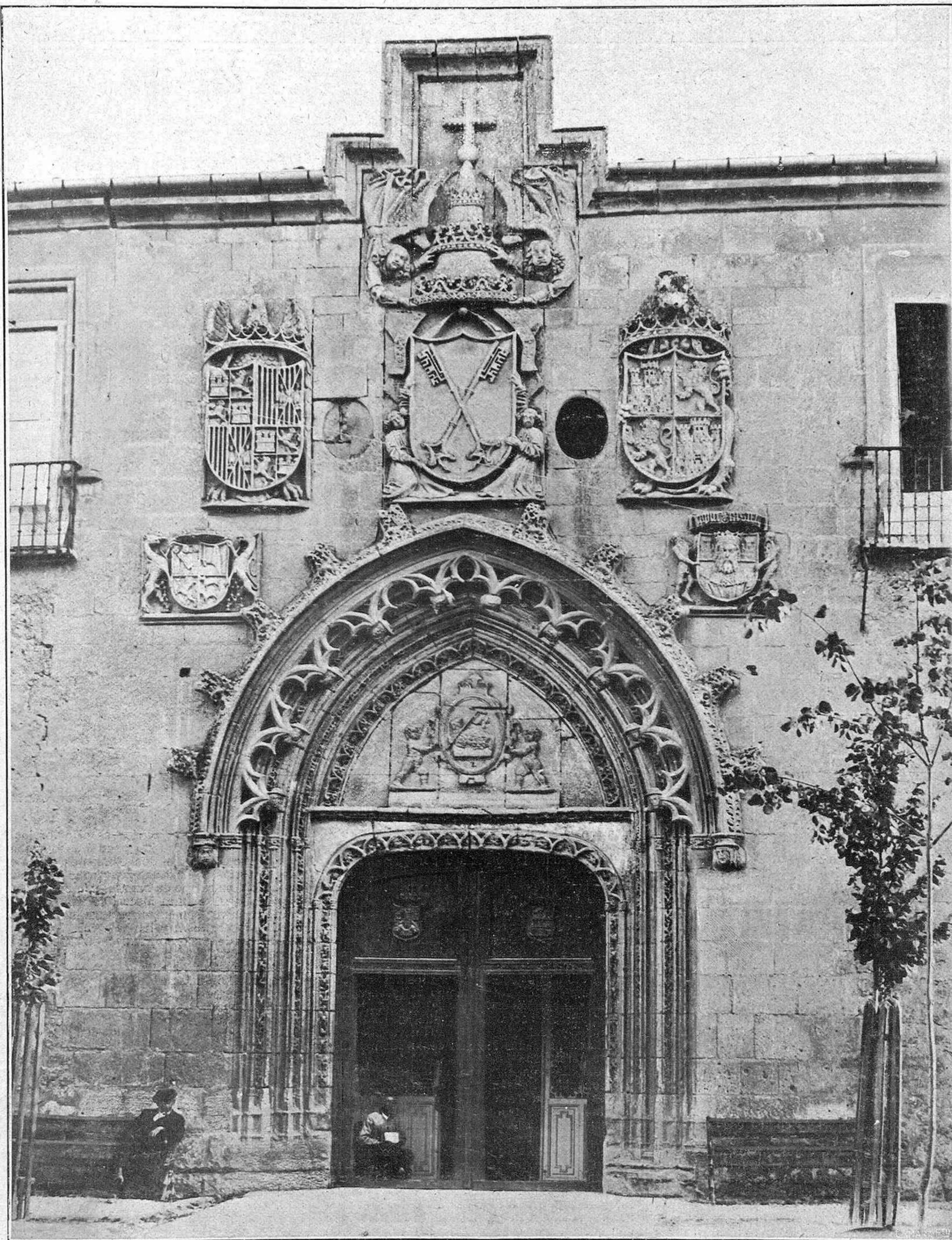


Sala de radioterapia ginecológica



"Hall" y "vestier" del establecimiento

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



PORTADA DEL HOSPITAL DE SAN JUAN, DE BURGOS

FOT. HIELSCHER

MADRID, DICIEMBRE



Los jardines del Prado

FOT. CASTELLÁ

DEFENSA DE LA DOBRE VILLA

MADRID, DICIEMBRE. —Abro, al levantarme, las maderas de los balcones. Entra el buen sol de la Sierra, un sol de verdad que casi calienta. Miro al cielo. ¡Espléndido regalo celeste! Tan nítido, tan inmóvil, tan hondo como puede ser un cielo sin estrellas... ¿A qué se parecen este sol y este cielo? Desde luego su transparencia es cristalina, de agua quieta entre rocas. En lo alto del Guadarrama hay lagos que tienen el agua más clara del mundo. Este sol y este cielo se reflejan ahora en el agua clara y quieta de los lagos del Guadarrama y envuelven a Madrid en la misma transparencia cristalina. Si abro el balcón entrará en casa el aire de la Sierra.

Todos juntos, el cielo, el sol y el aire de hielo se meterán dentro como deidades frías, sin humanidad y sin piedad. Me preparo, sin embargo, con los nervios tensos, porque sé que hay que darle a la vida el espolazo matinal. Me preparo a luchar primero contra esas deidades frías, indiferentes, pero enemigas, y luego contra todos y contra todo. Abro, pues, el balcón y entra, en vez del enemigo traicionero que esperaba, porque le conozco, un airecillo tibio, amable, un airecillo de estufa milagrosa, bajo la gran bóveda azul. Agradecido y conmovido tomo este baño plácido de alegría y acepto la invitación de la calle, que me llama. Quedan sobre la mesa las cuartillas, los libros. No pueden ofenderse, porque ellos, hijos también del padre Sol, saben que los encontraré luego, que los encontraré

siempre, mientras que esta hora fugitiva y saludable, si la pierdo, no volverá.

¡Qué encanto tiene Madrid por la mañana en pleno sol de invernadero, si queremos buscarle en los jardinillos de Recoletos y del Prado! Es el encanto de todos los jardines de todas las ciudades civilizadas; pero, además, es un encanto suyo que está hecho del humor caprichoso y el genio quebradizo de su cielo. Juegan los niños en la arena de los paseos, va el agua caminando por los arriates y cae de los surtidores apaciblemente. No hay pájaros ya; pero los autos que se deslizan sobre el asfalto, como si lo surcaran, suenan sus bocinas de alondra ó sus gritos roncocos de fauno en celo. El sol calienta. El aire va despacio, perezosamente, como los vagabundos, ó salta en pequeñas ráfagas como los perrillos que se persiguen.

Estos días, en estas horas blandas, Madrid nos conquista. Pensamos que es un paraje único, que es la única gran ciudad de Europa donde no triunfa el gris, la única que no nos hace respirar humo, niebla y carbón. Estos días también nos inclinamos en favor suyo contra las otras ciudades españolas que quieren destronarla. El sol no bastaría, no; pero nos predispone bien. ¿Qué ha dado Madrid a España, además del cielo y del suelo; el cielo voltario y el suelo ingrato? ¿Cómo puede luchar la villa estéril, la villa neutra, con Barcelona, abierta al Mediterráneo; con Bilbao, que echa sus barcos cargados de hierro hacia Inglaterra; con Sevilla ó con Cádiz, que miran hacia América? Siempre he creído que lo peor de Madrid—nadie ha querido verlo ó na-

die se ha atrevido á decirlo—es el color local. Pero, por fortuna, han ido poco á poco acabando con ese color local dos elementos extraños: las provincias, las mismas provincias que hacen de Madrid su campo de batalla, y la cultura cosmopolita que se filtra insensiblemente y transforma cada vez con mayor rapidez las casas, las tiendas, las calles... y los hombres. A las provincias les debe mucho Madrid: en primer término aquella cortesía, aquel agrado, aquella soltura del trato social que no nace de cualidades de la tierra, sino de la convivencia en un centro común de tipos, de intereses y de hábitos distintos. Aquí han venido á luchar y á vivir en sociedad—*en sociedad*, frase poco española—gentes de todas las regiones. Tienen que ocultar sus púas como los puerco-espines de Schopenhauer, tienen que suavizar las aristas hirientes para soportarse, para darse calor unos á otros, y de la transigencia común se ha ido formando un carácter nuevo. ¿No es ese el valor de Madrid? ¿No será esa también la fórmula de la civilidad que va limando lo agresivo, lo hostil de las individualidades?

Si Madrid es la corte porque no lo fueran Toledo, Valladolid ó Sevilla, todavía hoy vale porque no es Bilbao, ni Barcelona; porque no es Cataluña, ni Vasconia, ni Andalucía, ni Castilla. ¿Hay quien cree que Madrid es Castilla? Pues debe abandonarse tal idea como uno de los grandes errores políticos del regionalismo. Madrid es la suma. Esto es lo que ha dado España, ni más ni menos.

LUIS BELLO

La Esfera

ÍNDICE

de las materias publicadas en el año 1918

ARTÍCULOS Y CRÓNICAS

	Número		Número		Número
Alas Pumaríño (Armando de las).—El río legendario.	216	Las mujeres de Garcilaso.	239, 240	Insinuación.	217
Cervantes y Martinito (dibujos de Marín).	240	243 y	249	Sensaciones (dibujo de Baldrich).	218
Ajonso (Leopoldo).—Las pedrizas del Manzanares.	218	Conde de San-Esteban de Cañongo.—El terremoto de San Salvador.	210	Entre curtidores (dibujo de Requejo)	219
En el valle de la Cavada.	238	Conde de Santibáñez del Río.—Moradas históricas.	214 y 224	La casa abandonada (aguafuerte de Cámara).	220
Marina.	249	Cortés Echanove (Luis).—El entierro de un cartujo.	238	Otra primavera (una reproducción).	223
El pinar muerto.	259	D'Annunzio (Gabriel).—Las fuentes.	246	Espejismos (dibujo de Feduchi).	225
Amadeo de Castro.—¿Quién beberá el vino del Rhin (con nueve reproducciones).	220	Díaz (Eusebio).—La Cruz Roja ante la guerra.	217	Problemas (dibujo de Jaf).	226
Córcega, invernadero.	228	Díaz de Escovar (Narciso).—La alcazaba de Málaga.	223	Conferencia en un hotel (dibujo de Marín).	227
Lecciones de una decadencia.	232	Dicenta (Joaquín).—La mujer de Alejandro (dibujo de Ribas).	226	Bajo una mirada (con una reproducción).	228
Cómo entró Fernando VII en Barcelona (con tres reproducciones).	242	Domínguez Berrueta (Juan).—El árbol universitario.	214	Jardines en la noche (con un dibujo).	236
La resurrección de Egipto (con cuatro reproducciones).	247	Droit (Juan).—Soldados de Francia (con seis reproducciones).	252	El mal bienhechor (dibujo de Roquetas).	237
Las Vírgenes de Durero (con 10 reproducciones).	248	Ezquerria del Bayo (Joaquín).—Una miniatura de madame Tallien (con una reproducción).	241	Otras tormentas (dibujo de Castro Gil).	241
Ángel Guerra.—Los cañillones de Flandes (con cinco reproducciones).	241	Fernández Flórez (Wenceslao).—El invierno del ciego cantor (dibujo de Castela).	212	Ayer, hoy y mañana (dibujo de Ramírez).	248
En peregrinación a Versalles.	258	En la iglesia aldeana.	213	Españolada (dibujo de Dhoy).	250
Arimón Marco (Francisco).—Una tragedia en Recoletos (dibujo de Pérez Rubio).	238	Superstición (dibujo de Dhoy).	219	Los bárbaros civilizados.	251
Artigas Asprón (B.).—Una ciudad castellana.	247	Una mujer (dibujo de Esteve Botey).	230	Los pájaros asustados (dibujo de Echea).	253
Bello (Luis).—Cortina D'Ampezo.	211	Fernández Piñeiro (Juan).—La nieve cae (dibujo de Matania).	213	Eternamente (dibujo de Ramírez).	254
Los pobres en el Edén Concert (dibujo de Marín).	212	Francés (José).—Más allá de la ficción (con una reproducción de Ribas Praf).	210	El camino de Damasco (dibujo de Ramírez).	256
Pieve: El pueblo del Tiziano.	213	Galdós (con una reproducción del monumento de Macho).	220	Gascón de Gotor (Anselmo).—El Corpus Christi.	231
El pan de cada día.	215	La vejez de París (con tricolor)	240	Giner de los Ríos (H.).—La masía catalana.	214
La obra.	236	Viejas de Castilla	241	La cultura en Barcelona.	225
Nuestro amigo el Guadarrama.	240	El Burgos de ayer y el de mañana.	251	Gómez Baquero (Eduardo).—El horóscopo de las elecciones.	216
El instinto bélico después de la guerra (con un retrato).	245	Tres hombres representativos.	252	Ulises en Madrid.	224
La fiesta del otoño en el parque del Oeste.	249	Chantecler canta y Rostand muere.	259	Ocharan y su novela <i>Marichu</i> (con un retrato de Campúa).	230
En el azul del Lago Mayor.	252	G. de Armesto.—Covadonga.	245	Teatro Español.	233
Aquí leía.	253	G. de Linares (Antonio).—Venecia la muerta.	211	El terrorismo ruso.	242
La tía Porfiria.	257	Desde París.	212	El centenario de Rubio y Ors.	247
El español ante la máquina.	260	Un gran artista chileno.	215	El apóstol en la guerra.	258
Madrid-Diciembre.	261	El enigma de la pérdida serenidad.	217	Gómez de la Mata (Germán).—Mañanitas de sol (dibujo de Varela de Seijas).	227
Ber (Alejandro).—La evolución del socialismo.	217	Los pintores de mujeres (con 11 reproducciones).	218	González Blanco (Andrés).—Historia de un pobre diablo (con dibujos de Penagos).	210
Burgos (Carmen).—Un cristo primitivo (con una reproducción).	222	En el mito y la vida.	219	Un palacio clásico.	211
Los retratos de Tórtola.	223	El arte de la elevación.	220	Paseo matinal y nocturno por Toledo	212
El conde de Mallet.	242	La leyenda de la seda.	226	El encanto de Toledo.	219
Las viejas casas de Londres.	246	La pesca del tarpón.	229	Una iglesia mudéjar.	224
Cabrera (Ángel).—Un museo por dentro.	222	La esfinge amarilla.	230	León.	232
Canga Argüelles (Ángel).—El primer marqués de Salamanca.	241	La epepeya, el juego y la ciencia.	235	El corral de Don Diego.	242
Cano Barranco (Pedro).—Lugares pintorescos de Barcelona.	229	La gran ensoñadora.	238	Ante San Isidoro de León.	243
Carrere (Fimilio).—Un empleado probado (dibujo de Varela de Seijas).	210	Lo eterno femenino.	242	La sacristía de San Justo.	245
La sibila de Sari (dibujo de Merli).	244	El Plata y Montevideo.	248	La calle del Vicario.	250
Don Juan (dibujo de Marín).	253	Los avatares de Claudina.	249	González Blanco (Edmundo).—Retrato de un hombre de talento (dibujo de Echea).	214
Castillo (Joaquín del).—Daroca.	246	A Santiago de Chile por los Andes.	251	La niñez de Voltaire (con una reproducción).	219
Castro (Cristóbal de).—Las perfumadas (dibujo de Ribas).	211	El día de los muertos (con tres reproducciones).	253	La leyenda de la Bastilla (con una reproducción).	244
Las mujeres de Byron.	215	Bebé no comprende.	254	Los estudios históricos en el siglo XVIII.	251
El centurión dormía (con una reproducción).	219	Diálogo con el alma en la paz de las sombras (dibujo de Ribas).	256	Azorín.	258
Las santas mujeres.	222	El frío.	257	González Fiol (C.).—Las muñecas maestras.	226
La España niña (con un retrato).	229	Sobre el hielo y la nieve.	258	Granell (Conrado).—Agricultores españoles.	223
Las flores del mal (dibujo de Ramírez).	230	Cóquetaría.	259	Granizo (León M.).—Vitoria.	238
Se miran unas a otras (dibujo de Ramírez).	232	Parábola del odio.—Parábola del amor.	260	Hernández Bermúdez (R.).—Los grandes mixtificadores.	218
Juegos florales.	235	El amigo de todos.	261	El espíritu del mal.	228
Los ríos.	241	García Mercadal (J.).—La villa árabe de Alquézar.	220	El penacho de D'Annunzio.	238
		García Sanchiz (Federico).—Filosofías frívolas (dibujo de Dhoy).	213	Inmortalidad (dibujo de Echea).	259
		Paisajes urbanos (dibujo de Franco).	214	Hernández Catá (A.).—La isla de los piratas.	218
		Tockey (dibujo de Feduchi).	215		
				Interviú con un hombre.	226
				La preocupación cardinal.	246
				Los caballos.	248
				El poeta y el hombre.	254
				Hoyos (Julio).—El castillo de la Mota, en Benavente.	243
				Elogio al Duero.	259
				Hoyos y Vinent (Antonio).—La hora cordial (dibujo de Ramírez).	228
				El amor está triste (dibujo de Ribas).	231
				El «chantage» (dibujo de Ramírez).	233
				Qué cosa es amor (dib. de Ramírez).	243
				La enamorada de Aladino (con un tricolor).	246
				«Saison» de otoño (dibujo de Marín).	255
				La hora azul.	258
				Icaza (Francisco A. de).—El fausto en escena (con dibujos y fotos).	216
				Larrosa (Juan R.).—El autor de «Mare Nostrum».	224
				Linares Rivas (Manuel).—El autor en los estrenos.	214
				López de Saa (Leopoldo).—El teatro a través del tiempo (dibujo de Marín).	211
				López Prior (Andrés).—El conde de Güell.	239
				Lorenzo (José).—El ciego de la ocasión (dibujo de Dhoy).	227
				Llorca (Francisco de).—Leción de historia en la Universidad Dulcinea (dibujo de Varela de Seijas).	233
				Aspectos de París en 1870 (dibujo de Urrabieta).	243
				Flandes y la libertad de imprenta.	259
				Luque (F.).—Cuatro gotas de humorismo.	258
				M. R. N.—La Universidad de Pensilvania.	252
				Marieruz.—La reina Mary de Inglaterra.	220
				Martín Avila.—El farol que alumbraba a Tanga.	234
				Los inválidos del mar (con 11 reproducciones).	246
				Medina (Miguel).—Alarcos, el valle de sangre.	222
				Menéndez Pidal (Luis).—Una fiesta de toros en el siglo XVI (con dos reproducciones).	228
				Mesa (Rafael de).—Han corrido las fuentes de Versalles (con tres reproducciones).	252
				Mínimo Español.—¿Amó madame de Sévigné?	211
				Adorando a Baal.	212
				Los palacios de Cristo.	214
				Luchando en el mar.	215
				La despensa yanqui.	216
				Los emporios que fueron (con seis reproducciones).	217
				¡Aquí lloró Cátulo sus lágrimas!...	218
				El cocinero que guisaba en Nimes.	222
				Los canales de Amiens.	226
				Sócrates y Séneca.	230
				El puerco espín de los Blois.	233
				Ya no hay blondas en Chantilly.	234
				Las orillas del Marne.	235
				Los guantes que se hacían en Zafra.	236
				Los centenarios del protestantismo.	237
				Los jardines de Damasco (con cinco reproducciones).	239
				De comediante a ministro.	241
				La mujer que amó Tiziano (con siete reproducciones).	243
				El valle de Jozafat (con cinco reproducciones).	244

LA ESFERA

	Número
Servert (M.).—Paisaje de La Cavada (Santander).	256
Torón (L.).—Las peñas de Caranga (Asturias).	226
NÚMERO EXTRAORDINARIO DE ASTURIAS:	
Anónimo.—Vista general de Tapia.	
Muñiz Miranda.—Puente antiguo de Infiesto.	
Vista de Santiago del Yermo.	
INFORMACIONES ARQUEOLÓGICAS	
Descubrimientos arqueológicos en San Martín de Ampurias.	240
Anónimo.—Ruinas de Santa María del Templo.	242
Las excavaciones arqueológicas de Mérida.	258
Antón (Francisco).—El palacio Curiel.	212
Obras de Juan de Juni.	226
A. Q.—Colegio del Salvador, en Córdoba.	218
Arco (R. de).—Los últimos días del Rey monje (con cinco fotos).	257
Campúa.—Armadura de Felipe IV.	249
Vista del interior de la Real Armería.	249
Armadura de Carlos V.	249
García Mercadal (J.).—La antigua colegiata de Alquézar.	213
Gascón de Gótor (Anselmo).—San Pedro el Viejo, de Huesca.	236
Gómez Renovales (Juan).—El convento de Dominicos, de Salamanca.	221
El castillo de Montemayor, en Córdoba.	252
González Martí.—El palacio de Mosén Sorel.	229
Hernández Pacheco (E.).—Las pinturas prehistóricas de Morella (con una foto y cuatro reproducciones).	255
Hielscher.—El monasterio de Poblet. Puerta Real del monasterio de Poblet.	230
Hoyos (Julio).—La invención del Cuerpo de San Ildefonso.	214
La Casa de los Momos.	232
La epopeya de la piedra.	249
I. C.—Alburquerque prehistórico.	243
L. G.—La Casa de la Ciudad de Barcelona.	218
La iglesia de Santa María, de Duñán.	219
El monasterio del primer marqués de Monte.	229
El castillo de Alacuás.	230
La catedral de Lérida.	241
El monasterio de Santa María la Real, de Hoya.	254
El castillo de Calahorra.	256
Martinelli (César).—La catedral de Tarragona.	216
Mínimo Español.—Las catacumbas de París.	210
Montalbán (César Luis de).—Pinturas rupestres y piedras de sacrificio (con siete reproducciones).	228
Idolos y guacos (con cinco reproducciones).	239
Morenas de Tejada.—Pompeya.	223
Pompeya (con seis reproducciones).	225
Un santuario ibérico en Despeñaperros.	231
Cádiz primitivo (con cuatro reproducciones).	241
Una basílica romana cristiana en Mérida.	250
El santuario ibérico de Despeñaperros.	257
Noel (Eugenio).—Ante la Ceres de Mérida.	230
Ritwagen (G.).—La tumba de Boabdil.	234
Sánchez Rojas (José).—La catedral de Ciudad Rodrigo.	220
Sanz Serrano (Anselmo).—El Arte romántico en Soria.	245
Sarthou (C.).—El monasterio de la Murta.	258
Sentenach.—Escofiones y caramiellos (con cuatro dibujos y una foto).	231
Servan (Eulogio).—El santuario de Nuestra Señora de Estivalis.	244
Silvio Lago.—En la Armería Real.	249
Velasco Zazo (A.).—El castillo de Turégano.	231
La basílica de Avila.	239
Vives.—La catedral de Tudela.	242
NÚMERO EXTRAORDINARIO DE ASTURIAS:	
Anónimo.—Las pinturas rupestres de la cueva del Buxu.	

	Número
Conde de la Vega del Sella.—Los primitivos pobladores de Asturias.	
Muñiz Miranda.—Tres fotos de Oviedo, Lena y Ciaño.	
ARQUITECTURA MODERNA	
Casañas.—Dos aspectos de Sitges.	226
R. G.—Un nuevo templo en Madrid (con un retrato y seis fotos).	228
INFORMACIONES ARTÍSTICAS	
Benlliure (Mariano).—La Exposición Mestrovic en España.	250
Bertrán (Marcos Jesús).—Descubrimiento de un cuadro de Velázquez (cuatro reproducciones).	245
Francés (José).—El monumento a Chapi (tres reproducciones).	224
La Exposición Caprotty (10 reproducciones).	226
Retratos de Zuloaga (cuatro reproducciones).	229
Augusto Renoir (un tricolor y nueve reproducciones).	231
Eugenio Carriere (siete reproducciones).	232
Alberto Bernard (nueve reproducciones).	233
Eduardo Manet (dos tricolores y 12 reproducciones).	234
Aman-Jean (cinco reproducciones).	235
Jorge Desvallieres y Jorge D'Espacnat (un tricolor y cuatro reproducciones).	236
Rosa Boneur (un tricolor).	237
Maurice Denis (nueve reproducciones).	238
Luciano Simón.	239
Claudio Monet (ocho reproducciones).	243
Madrid visto por un ruso (un retrato y seis reproducciones).	244
Alfredo Sisley (cinco reproducciones).	245
Sileno (un retrato y dos reproducciones).	246
¿Viene Mestrovic a España? (un retrato y siete reproducciones).	248
Alfonso R. Castelao (seis reproducciones).	249
Los dioses resucitan (cinco reproducciones).	256
Daniel Vázquez Díaz (nueve reproducciones).	257
Los olivares de Valldemosa (cuatro reproducciones).	258
El arte noble y sonriente de Pinazo (seis reproducciones).	260
González Martín (Manuel).—El intercambio de tarjetas (16 reproducciones).	210
Hielscher.—Dos patios de Barcelona.	211
Manaut Nogués (J.).—Valencia a Francisco Domingo.	249
Penagos.—Páginas Floralia (tricolor).	245
Redacción.—El barítono Brias.	211
Los humoristas (13 reproducciones).	220
Tiépolo (tres reproducciones).	222
Hércules en Siria (cinco reproducciones).	222
Rostros de mujer (tres reproducciones).	225
Homenaje a Ignacio Zuloaga.	226
El acuarelista Bonnin (tricolor).	229
La academia Jofre.	229
El cincelador Juan José (un retrato y cinco reproducciones).	230
De la montaña catalana (seis dibujos de Brunnet).	233
Alejandro Cardunets (cinco reproducciones).	246
El tesoro del Delfín (varias reproducciones).	248
Burgos, ciudad jardín (tres fotos y dos reproducciones).	251
Artes decorativas (dos retratos y dos reproducciones).	252
Arte y artistas (cuatro reproducciones).	257
Alfredo Lobos (seis reproducciones).	259
Silvio Lago.—Daniel Urrabieta Vierge (ocho reproducciones).	211
Bartolomé Esteban Murillo.	212
Un concurso de carteles (12 reproducciones).	213
El dibujante Pedrero (una foto y cuatro reproducciones).	213
Félix Vallotton (14 reproducciones).	214
Juan Luis (un retrato y seis reproducciones).	217

	Número
Las últimas obras de Beltrán (cinco reproducciones).	218
Ventura Requejo (tres reproducciones).	218
Los caprichos de Alenza (ocho reproducciones).	219
Leo Putz (10 reproducciones).	220
Dibujos de Rembrandt (10 reproducciones).	221
El arte de la Tauromaquia (15 reproducciones).	222
Agustín Lhardy.	224
Manuel León Astruc (cuatro reproducciones).	225
El pintor Fernando (un retrato y cuatro reproducciones).	226
Los alumnos de la Escuela de San Fernando (11 reproducciones).	227
Fernando Hodler (seis reproducciones).	228
Juan Walters (tres reproducciones).	229
Mujeres españolas (nueve reproducciones).	230
Wyne Apperley (dos tricolores y cuatro reproducciones).	232
Exposiciones en Madrid (siete reproducciones).	233
Ignacio Pinazo Camarlench (siete reproducciones).	234
La pintura (nueve reproducciones).	235
La obra de un gran dibujante (siete reproducciones).	235
Escultura y artes decorativas.	237
Rafael Forn.	238
El Salón de Humoristas de Barcelona (dos reproducciones).	239
El monumento a Barroso (cinco reproducciones).	240
Olitón Redón (ocho reproducciones).	240
Federico Ribas (un retrato y dos reproducciones).	241
Henri Martín (un tricolor y seis reproducciones).	242
Roberto Montenegro (cuatro reproducciones).	244
Los modernos dibujantes ingleses (10 reproducciones).	247
Una Exposición en San Sebastián.	247
Sitges y Santiago Rusiñol.	248
Luis Menéndez Pidal (una foto y cuatro reproducciones).	250
Arturo Rackham (un retrato y 10 reproducciones).	251
José Clará (siete reproducciones).	252
Tomás Gutiérrez Larraya (un retrato y tres reproducciones).	253
Vicente Carrere (siete reproducciones).	254
Drudis Biada (tres reproducciones).	255
Medina Vera (un retrato y tres reproducciones).	255
Mary Cassatt (un retrato y ocho reproducciones).	256
El españolismo de Alenza (cinco reproducciones).	257
La escultura decorativa (dos fotos).	258
Paúl Rieth.	259
Exposiciones en Madrid.	260
Villar (Rogelio).—Pablo Casals.	220
Julia Parodi.	224
José Cubiles.	230
Pierre Lalo.	240
Francisco Costa.	243
Manuel Quiroga.	252
NÚMERO EXTRAORDINARIO DE ASTURIAS:	
Fernández (Baldomero).—Las canciones asturianas.	
Redacción.—Luis Muñiz Miranda.	
Pintores asturianos (tricolor).	
INFORMACIONES CIENTÍFICAS	
Alonso (Leopoldo).—De España a América en dirigible.	246
Cano Barranco (Pedro).—El árbol centenario de Palausolitar.	220
Rigel.—La hoguera solar.	222
Venus, nebulosas y conglomerados.	228
La estrella nueva.	236
El misterio de la Luna.	238
Rittwagen (Guillermo).—Los camaleones y la muerte (dibujo de Tejada).	228
INFORMACIONES DE ACTUALIDAD	
Franzen.—Los premios de la Exposición canina.	232
J. F.—Antonio de Hoyos y Vinent (tricolor de Ochoa).	244

	Número
Marín.—Cacería regia en la Venta de La Rubia.	216
En el Tiro de pichón de la Casa de Campo.	231
Siluetas del gran mundo.	236
Pinazo.—El monumento al marqués de Borja.	238
Redacción.—Una fiesta aristocrática.	216
El puerto de Libau.	224
La mujer y la guerra.	248
La marina italiana en la guerra.	253
El monumento a Barroso.	254
La abdicación del emperador de Alemania.	255
La guerra en las cumbres.	255
Alianza cultural.	256
Salazar.—La Reina Doña Victoria repartiendo comida a los pobres de la Latina.	215
INFORMACIONES INDUSTRIALES	
Bartolozzi.—Páginas de Floralia.	236
Gay de Ochoa (R.).—Los astilleros Erasu.	235
El doctor Calatayud.	261
Juan José.—Páginas de Floralia.	257
Loygorri.—Páginas de Floralia.	233
Maison parisien.	257
Perfumería Floralia.	260
Max.—Páginas de Floralia.	251
Ochoa.—Perfumería Floralia.	227 y 248
Penagos.—Páginas de Floralia.	224, 230 y 239
Redacción.—El balneario de Zaldívar.	233
El Gran Casino de Fuenterrabía.	242
Peña Castillo (Santander).	246
Barcelona artística.	253
Un reloj conmemorativo de la paz.	255
R. G.—Los astilleros del Oria.	244
Varela de Seijas.—Flores del Campo.	221
Páginas Floralia (tricolor).	242
Vázquez Calleja.—Páginas Floralia.	254
Anónimo.—El conde de Montecristo (cinematográfico).	225
La moda actual (Modelos de la Villa de París).	225
El Banco Español del Río de la Plata.	227
El automóvil Abadal-Buick.	235
Programa Ajuria.	250 y 257
NÚMERO EXTRAORDINARIO DE PRIMERO DE AÑO:	
Casa Peele.—Industrias y palacios.	
Ochoa.—Páginas de Floralia.	
NÚMERO EXTRAORDINARIO DE ASTURIAS:	
Anónimo.—Banco Asturiano de I. y C.	
Astilleros de Gijón.	
El Fomento de Gijón.	
Sociedad metalúrgica Duro-Felguera.	
Sociedad Electro-Asturiana.	
S. Hullera del Turón.	
José Fuentes, de Trubia.	
Salto de agua en Somiedo.	
Sociedad popular ovetense.	
El doctor Magnet.	
Fábricas de Moreda y Gijón.	
Fábrica de Lugones.	
Juan Botas Roldán.	
Nuevo Hotel París, de Oviedo.	
Hulleras de Veguín y Olloniego.	
Hotel Covadonga-Oviedo.	
Don José de la Cima y La Real Sidra Asturiana.	
Viuda é hijos de Gregorio Alonso, de Gijón.	
Bodegas Asturianas, de Nova.	
Camisería Inglesa, de Oviedo.	
Sociedad anónima Hulleras de Riosa.	
El Banco Herrero, de Oviedo.	
Sociedad Fábrica de Mieres.	
De las Alas Pumariño (Armando).—El ferrocarril Vasco-Asturiano.	
González (F.).—Por tierras de Laviana.	
Palafox (P. de).—T. Fierro é hijos.	
Pérez de Ayala (Ramón).—Consideraciones ante una pastilla de jabón (tres dibujos de Ribas).	
Redacción.—Valentín Gutiérrez.	
Sela (A.).—El problema del carbón.	
LA MODA FEMENINA	
Colombine.—Sombreros.	224
Hugelmann.—La moda femenina.	217
La moda femenina.	230
Vestidos y sombreros.	237
La moda femenina.	256
Núñez Topete (Salomé).—Charlas...	218
Charlas mundanas.	229

LA ESFERA

NUESTRAS VISITAS		Número	Número	Número	
El Caballero Audaz.—El Presidente caído.	210	Dhoy.—El pregón de las flores.	247	Interior de la iglesia de San Pedro, en Ginebra.	210
María Barrientos.	211	Drutis Biada (J.)—La catedral de Santiago de Compostela (tricolor).	255	Panorama suizo.	211
El maestro Arbós.	212	Interior de la casa del Greco.	258	El monte Cervino, en Zurich.	214
Cambó.	215	Otoño en Aranjuez.	259	Monasterio de Santa Catalina.	215
El doctor Recasens.	221	Durá (Adolfo).—Un rincón del Parque del Oeste (tricolor).	247	El puente del Diablo en San Gotardo.	242
José Santiago.	224	Edward.—En la zona donde reina la muerte.	217	La isla de San Virgilio.	260
El maestro Pérez Casas.	226	Los paréntesis de la contienda.	246	Zamora (José).—La madama coqueta.	220
El barón de San Malato.	228	Estalella (R.).—Jardines de La Granja.	231	La rosa mal defendida.	257
Consuelo Hidalgo.	230	Forns (Rafael).—La iglesia de San Manuel y San Benito (tricolor).	238	Zuloaga (Ignacio).—Retrato de Daniel Zuloaga (tricolor).	229
El doctor Navarro Cánovas.	232	Francés (José).—El pájaro de fuego (dibujo de Juan José, tricolor).	230	NÚMERO EXTRAORDINARIO DE PRIMERO DE AÑO:	
Pepe Moncayo.	237	Franco (Rodolfo).—Un rincón de Sevilla.	216	Anónimo.—La venus del Delfin.	
Anita Martos.	240	Una plazuela en el barrio de la Macarena.	238	Goya.—Autorretrato (tricolor).	
Matilde Moreno.	251	Una calle sevillana.	253	Greco (El).—San Pablo (tricolor).	
Salvador Rueda.	252	Gaberell (Thalwil).—Un puesto de observación suizo en los Alpes.	239	Memling (Hans).—La Adoración.	
El marqués de Cabriñana.	254	Gagliardini (Gustavo).—Las escogedoras de mejillones (tricolor).	252	Murillo.—El Divino Pastor (tricolor).	
El doctor Slocker.	255	García (Fernando).—La noche (tricolor).	246	Rubens.—La presentación del diezmo (tricolor).	
Antonio Casero.	256	Pensativa (tricolor).	247	Sanzio (Rafael).—Retrato del cardenal Alidorio (tricolor).	
La Argentina.	257	González Rogel (Diego).—Las jardinerías.	213	Van der Weiden (Rogerio).—Los desposorios de la Virgen (tricolor).	
Felipe Sassone.	258	Riberas del Paraná.	217	Velázquez.—Detalle del cuadro «Reunión de bebedores» (tricolor).	
Julián Besteiro.	259	Goya.—Retrato de la Reina María Luisa (tricolor).	210	Veronés (Pablo).—Moisés salvado de las aguas (tricolor).	
PÁGINAS ARTÍSTICAS		Retrato del general Urgoiti.	218	NÚMERO EXTRAORDINARIO DE ASTURIAS:	
Aguado Arnal.—Española (tricolor).	228	Greco (El).—La Anunciación (tricolor).	227	Carreño de Miranda (Juan).—Santa Ana y la Virgen (tricolor).	
Alonso Cano.—Cristo en la columna (tricolor).	221	Greuze.—La lechera.	222	Gamonal (Isidro).—El príncipe de Asturias (tricolor).	
Jesucristo muerto (tricolor).	225	Güel (Xavier).—Gente «bien» (tricolor).	223	Martínez Abades (Juan).—Paisaje de Ribadesella (tricolor).	
La Virgen adorando á su Divino Hijo.	260	Gutiérrez (Ernesto).—El puente nuevo de París (tricolor).	226	POESÍAS	
Aman (Jean).—El espejo (tricolor).	235	Gutiérrez Larraya (Tomás).—Rincones de España (tricolor).	253	Alcaide de Zafra (Joaquín).—La princesa Chimytha.	236
Retrato de la prometida (tricolor).	237	Hans Walters.—La pescadoreta (tricolor).	229	Aponte (Adolfo).—Oración á la intrusa (dibujo de Moya del Pino).	253
Anónimo.—Los Santos Lugares (cinco reproducciones).	213	Hielscher.—Patio de una casa señorial de Trujillo.	231	Bari (David).—Canto á España (dibujo de Juan José).	257
Pila bautismal de la catedral de Reims.	214	En la Cartuja de Miraflores.	238	Bobadilla (Emilio).—Sonetos (dibujos de Echea).	216
Una de las puertas de San Marcos, de Venecia.	214	Houasse (Miguel Angel).—Retrato de Luis I de España (tricolor).	256	Viendo el mar al caer la tarde (dibujo de Verdugo Landi).	218
El Santo Sepulcro.	214	Hugelmann.—Torre de San Julián (Sicilia).	246	Tres sonetos (dibujo de Echea).	226
Puerta principal del palacio ducal de Venecia.	217	Hugo.—Una fuente en una trinchera inglesa.	211	Sonetos (dibujo de Bartolozzi).	240
La catedral de Milán.	219	La aviación en la guerra.	223	Sonetos (dibujo de Echea).	242
Prisioneros de Duala, ocupados en la reparación de una carretera.	219	Aldeanos italianos.	258	Bonet (Joaquín A.).—Decir de caminante (dibujo de Robledano).	227
Detalle del pórtico de San Marcos, de Venecia.	220	Ingress.—La Virgen de la Hostia.	211	Bóveda (Xavier).—Sortilegio.	212
Triptico flamenco.	221	Jorge Inglés.—Doña Catalina Suárez de Figueroa (tricolor).	252	Los cipreses de Santa Magdalena (dibujo de Robledano).	225
El Salvador (tricolor).	222	Juan José.—El poeta de la selva (tricolor).	232	Homenaje á Rubén Darío (con un retrato).	228
Vista panorámica de Atenas.	224	Julio Antonio.—Idea fundamental del monumento á Chapí.	224	La cruz del camino (dibujo de Juan Luis).	232
La apoteosis de Homero.	254	Leo Putz.—La dama azul.	220	Nocturno otoñal (dibujo de Verdugo Landi).	257
Un aspecto del palacio ducal de Venecia.	255	León Astruc (Manuel).—El abanico de China (tricolor).	225	Camino Nessi (José).—Horas de amor (dibujo de Marín).	237
Mujer de Kairnau.	260	Lobos (Alfredo).—Sol de tarde (tricolor).	236	Capdevilla (R. M.).—El castillo de mi pueblo.	234
Antequera Azpiri.—Se acabó la fiesta (tricolor).	216	López Mezquita (José María).—La mujercita (tricolor).	214	Carrère (Emilio).—Dietario sentimental (dibujo de Bartolozzi).	214
Arias (Antonio de).—La moneda del César (tricolor).	254	López (Vicente).—Don Pedro Alcántara, duque del Infantado (tricolor).	243	Sonetos.	216
Barragán (P.).—Gitanillas (tricolor).	253	Ludwig von Zumdusch.—La niña de la pelota (tricolor).	235	Canciones de un viejo amor.	218
Barrera (Julio).—Retrato de niña (tricolor).	232	Llorens (Francisco).—Costas gallegas (tricolor).	218	Los ojos de los fantasmas.	219
Benlliure (José).—El sermón.	221	Madrado (Mariano).—Retrato de señorita.	242	Hora de primavera (dibujo de Echea).	220
Benlliure (M.).—Ingenuidad (cinco reproducciones).	213	Retrato de señorita.	251	Soneto (dibujo de Penagos).	222
Bermejo (José).—La isla dorada.	258	Macho (Victorio).—La virgencilla morena.	213	Nocturno de primavera (dibujo de G. Vicente).	226
Bezrh (Reuder).—Tajo del Ruhmel, en Constantina.	219	Retrato de mi madre.	217	Las últimas rosas galantes.	227
Bompard (Mauricio).—Vaso persa con flores (tricolor).	245	Labriego español.	226	Nocturno del arroyo (dibujo de Verdugo Landi).	236
Brunet (Lorenzo).—Un aspecto del Museo Nacional Suizo, en Zurich.	245	El hombre bueno.	248	El viejo París (dibujo de Morales).	241
Campúa.—El Palacio Real de La Granja La roca horadada, en Biarritz.	227	Macpherson.—Obreras de una fábrica de dulces, en Inglaterra.	231	Los caminos ideales (dibujo de Bartolozzi).	248
La fuente de Nuestra Señora de Covadonga.	227	de Esperando á los reyes.	210	Castro (Cristóbal de).—Los mercaderes del templo (con una reproducción).	221
Castro Gil.—La plaza del pueblo.	227	El madrigal de la nieve.	213	Castro (Luis de).—El agua del olvido (dibujo de Verdugo Landi).	215
Cano Barranco.—Un aspecto del pantano de Vallvidrera.	213	El siglo de las capas.	214	Las rosas de tu pecho (dibujo de Verdugo Landi).	238
Caprotti (Guido).—Labrador castellano.	233	Aspecto del Carnaval.	215	Castro (Miguel de).—Como una forma blanca (dibujo de Bartolozzi).	241
Caprotti da Monza.—Flores débiles.	255	La cena en el baile.	215	Catarineu (Ricardo J.).—Canción plebeya (dibujo de Dhoy).	224
Cardunets (Alejandro).—Patio mallorquín (tricolor).	246	Carrozas y comparsas.	215	Cienfuegos (Alberto A.).—Los jardines del Alcázar (dibujo de Verdugo Landi).	225
Cars (Laurens).—El rapto de Europa.	255	Ejercicios espirituales y corporales.	218	El clavel de Andalucía.	235
Castelao (Alfonso R.).—Los ciegos (tricolor).	249	Recordando las estaciones.	221	Conde de Santibáñez del Río.—La tarde en el pazo (dibujo de Juan José).	245
Castellanos (Carlos A.).—Retrato de señora (tricolor).	224	Figuras del Circo.	228	Díaz de Escovar (Narciso).—El poeta de los cantares (dibujo de Marín).	219
Castro Gil.—El jardín de los aromas.	243	Un descanso en el Concurso hípico.	229	Melancolía (dibujo de Ochoa).	229
Clará (José).—La diosa.	252	Con la iglesia hemos dado, Sancho.	235	El teatro del siglo XVIII.	230
Clarasó.—El beso.	220	De los afligidos.	235		
Correa (Juan).—La resurrección del Señor (tricolor).	221	S. M. la Verbena.	243		
Crosa (Diego).—Rincón pintoresco de Icod (tricolor).	244	La feria de los libros en el siglo XVIII.	248		
Cuervo (Andrés).—Una puerta de la mezquita grande de Tetuán (tricolor).	211	Los frutos de la vendimia.	249		
Alhama de Granada (tricolor).	227	Las danzas regionales.	257		
Del Sarto (Andrea).—La Virgen y el Niño (tricolor).	215	Matania.—Heridos serbios.	210		
Denis (Mauricio).—La Anunciación (tricolor).	238	Los permisionarios ingleses.	218		
Detner (Baltasar).—Retrato de una anciana.	225				
		Una escena de la guerra.	220		
		Bélgica libre.	256		
		El triunfo aliado en Londres.	258		
		Mayno (Juan Bautista).—La Adoración de los Reyes.	260		
		Melozzo de Forli.—El rostro de la Virgen.	228		
		Menard (Renato).—Otoño en el bosque.	261		
		Menéndez Pidal (Luis).—Bautismo de un adulto (tricolor).	250		
		Haciendo manteca (tricolor).	250		
		Monet (Claudio).—La estación de San Lázaro (tricolor).	243		
		Morales (Luis).—Cristo y los dos pecadores.	228		
		Moreau (Gustavo).—Orfeo (tricolor).	240		
		Muñoz Morillejo (J.).—La Casa de Cisneros en la plaza de la Villa (tricolor).	251		
		El pretil de los Consejos.	256		
		Murillo.—San Bernardo (tricolor).	212		
		Moisés haciendo brotar el agua.	212		
		Cuatro reproducciones.	212		
		San Juan bautizando al Señor.	212		
		Jesús y San Juan.	212		
		Autorretrato.	212		
		La Purísima Concepción (tricolor).	242		
		Nattier (Marc).—Mlle. Berry (tricolor).	223		
		Ochoa (Enrique).—La pampara (tricolor).	233		
		Oriental.	252		
		Pérez Romero.—Detalle del altar mayor de la iglesia del hospital de la Caridad, en Sevilla.	220		
		Peruginio.—La Magdalena.	237		
		Petrus Cristus.—La Visitación (tricolor).	236		
		Pinazo Camarlench (Ignacio).—Capri-cho (tricolor).	215		
		Flores (tricolor).	234		
		Autorretrato (tricolor).	234		
		Dibujos inéditos.	234		
		Dolor.	234		
		Quantin de la Tur.—La marquesa de Pompadour.	215		
		Regnault.—Retrato del general Prim.	216		
		Reynolds.—Master Hare.	223		
		Ribas (Federico).—Salomé (tricolor).	241		
		La factura (tricolor).	241		
		«Estos» no son marineros! (tricolor).	241		
		Rodríguez Jaldón.—Una mocita (tricolor).	248		
		Romero de Torres (Julio).—Retrato de Carmen de Burgos (Colombine) (tricolor).	220		
		Ruano Bolívar.—De regreso de la pesca (composición fotográfica).	229		
		Rubens.—Los cuatro evangelistas (tricolor).	214		
		Autorretrato.	217		
		Sáinz (Pedro).—Retrato.	213		
		Sanchiz Yago.—Cabeza de estudio.	249		
		Simón Luciano.—La lección de baile (tricolor).	239		
		Sisley (Alfredo).—Orillas del Loing (tricolor).	248		
		Tintoretto.—El bautismo de Cristo (tricolor).	226		
		Tiziano.—Santa Margarita (tricolor).	213		
		Van der Goes.—La Virgen y el Niño.	230		
		Van der Weyden.—La crucifixión (tricolor).	224		
		Van-Eyck.—La Virgen coronada por los ángeles (tricolor).	231		
		Vázquez Díaz (Daniel).—Retrato de mi hijo.	257		
		La familia.	257		
		Velázquez.—El conde-duque de Olivares (tricolor).	217		
		El conde de Benavente (tricolor).	219		
		Nuestro Señor crucificado.	221		
		María Ana de Austria (tricolor).	230		
		Verdugo Landi (R.).—Torpedeo de un vapor español.	214		
		Luz de luna (tricolor).	219		
		La guerra en el mar.	222		
		Una escuadrilla de torpederos ingleses.	232		
		En el puerto (tricolor).	239		
		Transportes americanos llegando á puerto francés.	241		
		Submarino alemán después de torpedear un trasatlántico (tricolor).	245		
		Vernet (Horacio).—Rafael en el Vaticano.	224		
		Vigée-Lebrun.—Retrato de la autora y de su hija.	214		
		Vives.—Ruinas de la Alcazaba (Málaga).	223		
		Wherli.—El parque de los ciervos en Saint Maurice.	210		

Número	Número	Número
249	Trova de amor (dibujo de Moya del Pino).	213
210	En el templo (dibujo de Marín).	216
220	El cantar de los cantares (dibujo de Varela de Seijas).	218
224	Romance del dolor (dibujo de Marín).	221
225	Santiago el Verde (con una reproducción).	227
234	Samaritana.	229
242	En la villa arcaica y prócer (dibujo de Pinto).	231
251	Encantamiento (dibujo de Unturbe).	235
254	Desencanto (dibujo de Blanco).	238
215	Romance del árbol viejo.	248
241	Paz (dibujo de Juan Luis).	250
242	Rapsodia.	254
253	El aureo.	260
260	Pelayo (Miguel).—Acero español.	222
231	La duquesa piensa en Don Quijote (dibujo de Marín).	241
222	La sombra del corazón (dibujo de Verdugo Landi).	246
243	Pérez de Ayala (R.).—A la ventura (dibujo de Bartolozzi).	234
223	Pérez Camarero (Arturo).—La torre de la villa.	249
227	Día de ánimas.	253
233	Pérez Zúñiga (Juan).—Primavera (dibujo de Robledano).	226
254	Las coles misteriosas (dibujo de Robledano).	243
220	Porrás Márquez (Antonio).—Flores de almendro.	221
210	Ramírez Angel (E.).—Oración del desvalido.	212
219	La niña precoz (dibujo de Penagos).	239
257	Répide (Pedro de).—La romería de la muerte (dibujo de Marín).	231
215	Sánchez Gerona (José).—Prehistoria (dibujo del mismo).	248
217	Sandoval (Manuel).—Hojas caídas (dibujo de Verdugo Landi).	259
228	San José (Diego).—Lope va a misa (dibujo de Izquierdo Vivas).	221
240	Sassone (Felipe).—Metempsicosis (dibujo de Bartolozzi).	239
252	Canción de viejo (dibujo de Penagos).	243
253	Romance vulgar del hombre sin corazón (dibujo de Echea).	245
261	Para los ojos claros de la desconocida (dibujo de Ochoa).	257
251	Soriano (Manuel).—Veraneo modernista (dibujo de Penagos).	244
210	El árbol (dibujo de Robledano).	252
258	Tapia (Luis de).—Alrededores de la corte (dibujo de Robledano).	217
232	La Puerta de Alcalá (dibujo de Robledano).	223
222	La Plaza Mayor (dibujo de Echea).	233
228	Valero Martín (Alberto).—He vuelto (dibujo de Ochoa).	210
232	Ya dió cabo por hoy... (dibujo de Verdugo Landi).	217
247	Valle Inclán (R.).—El circo de lona (dibujo de Bartolozzi).	247
256	Vallespinosa y Vior (José Antonio).—Plegaria de amor (dibujo de Ochoa).	211
215	Valverde (Salvador).—La canción de la carabela (dibujo de Sota).	233
216	Mañana de Andalucía (dibujo de Verdugo Landi).	247
223	Amemos a la estrella y a la espuma (dibujo de Gregorio Vicente).	249
237	Villaespesa (F.).—La balada de la ausencia (dibujo de Moya del Pino).	218
240	Versos frágiles (dibujo de Echea).	228
258	Las noches de Verona (dibujo de Verdugo Landi).	230
260	Lo que pasa (dibujo de Penagos).	237
214	Beatitud (dibujo de Ochoa).	250
236	Zozaya (Antonio).—La casa vieja.	261
251		
222		
226		
230		
236		
258		
260		
250		
237		
212		
213		
216		
218		
221		
227		
229		
231		
235		
238		
248		
250		
254		
260		
222		
241		
246		
234		
249		
253		
226		
243		
221		
212		
239		
231		
248		
259		
221		
239		
243		
245		
257		
244		
252		
217		
223		
233		
247		
211		
228		
230		
237		
250		
261		
214		
236		
251		
222		
226		
230		
236		
258		
260		
223		
214		
236		
251		
222		
226		
230		
236		
258		
260		
250		
237		
212		
213		
216		
218		
221		
227		
229		
231		
235		
238		
248		
250		
254		
260		
222		
241		
246		
234		
249		
253		
226		
243		
221		
212		
239		
231		
248		
259		
221		
239		
243		
245		
257		
244		
252		
217		
223		
233		
247		
211		
228		
230		
237		
250		
261		
214		
236		
251		
222		
226		
230		
236		
258		
260		
223		
214		
236		
251		
222		
226		
230		
236		
258		
260		
250		
237		
212		
213		
216		
218		
221		
227		
229		
231		
235		
238		
248		
250		
254		
260		
222		
241		
246		
234		
249		
253		
226		
243		
221		
212		
239		
231		
248		
259		
221		
239		
243		
245		
257		
244		
252		
217		
223		
233		
247		
211		
228		
230		
237		
250		
261		
214		
236		
251		
222		
226		
230		
236		
258		
260		
223		
214		
236		
251		
222		
226		
230		
236		
258		
260		
250		
237		
212		
213		
216		
218		
221		
227		
229		
231		
235		
238		
248		
250		
254		
260		
222		
241		
246		
234		
249		
253		
226		
243		
221		
212		
239		
231		
248		
259		
221		
239		
243		
245		
257		
244		
252		
217		
223		
233		
247		
211		
228		
230		
237		
250		
261		
214		
236		
251		
222		
226		
230		
236		
258		
260		
223		
214		
236		
251		
222		
226		
230		
236		
258		
260		
250		
237		
212		
213		
216		
218		
221		
227		
229		
231		
235		
238		
248		
250		
254		
260		
222		
241		
246		
234		
249		
253		
226		</

	Número
Prado (Pedro).—Una cruz gótica.	255
R. R.—El Real Palacio de El Pardo.	239
Redonet.—Pórtico de una casa señorial asturiana.	210
Salazar.—Fachada anterior de la iglesia de Santa Trinidad, de Orense.	211
Fachada posterior de la catedral de Orense.	212
Portada de la iglesia de Santa María la Mayor, en Orense.	218

	Número
Fachada principal de la iglesia de Santa María la Mayor.	223
Un rincón de la catedral de Sigüenza.	240
Puerta de la sacristía de la catedral de Sigüenza.	244
El coro de la catedral de Sigüenza.	246
Una capilla de la catedral de Sigüenza.	249
S. L.—El sepulcro de Cardona, en Bellpuig.	250
Sol.—Fachada de San Marcos, de León.	235

	Número
Fachada del monasterio del Parral.	248
Vadillo.—Una puerta de la catedral de Burgos.	218
Detalle del altar mayor de la Cartuja de Burgos.	221
Frontal de piedra del siglo XIV en la catedral de Burgos.	222
Puerta del Sarmental de la catedral de Burgos.	228
Retablo de la Cartuja de Miraflores.	244

	Número
Retablo de la iglesia de San Nicolás, en Burgos.	251
NÚMERO EXTRAORDINARIO DE ASTURIAS:	
Muñiz Miranda (L.).—La torre de la catedral de Oviedo.	
Portada de la iglesia de Villanueva, en Cangas de Onís.	
Puerta de entrada al palacio de Muros (Pravia).	

PORTADA

MONUMENTOS DE ESPAÑA

SIROLINE "ROCHE"

El frasco fcos 4.

Pidase en todas las buenas farmacias.

Tomada a tiempo, la SIROLINE preserva de enfermedades más graves a los que están atacados de afecciones de las vías respiratorias: *Catarros, Tos rebelde, Gripe, etc*

Deben tomar la SIROLINE:

1. Cualquiera que se halle propenso a adquirir resfriados, porque más vale prever que curar.
2. Los niños escrotulosos, a los que mejora muchísimo el estado general
3. Los asmáticos, a los cuales alivia considerablemente sus sufrimientos.
4. Los adultos y los niños atormentados por una tos pertinaz, a los que rápidamente contiene las quintas dolorosas.

¿HA VISTO UD.

los preciosos tarritos de Talavera (auténticos) que contienen la CREMA FISAN, sin grasa?

SEÑORA:

Estamos seguros de que la crema que Ud. usa (sea cualquiera la marca) es inferior a la nuestra.

Para la belleza y salud de la piel nada hay tan perfecto como la **CREMA FISAN**

ES UNA VERDADERA CREACIÓN



◇ ORZA, 2,50 ◇

Loción Fisán, sin grasas ni alcohol, lo mejor para la cabeza, 7 pts.—**Polvos Fisán**, de 0,60 a 10 ptas. caja.—**Colonia Fisán**, mejor que la mejor, única antiséptica, 3,50.—**Rom-qui-ia**, 2.—**Polvos dentífricos**, 1,50.—**Brillantina**, 3.—**Tintura progresiva** para el pelo, 4.—**Estuche de propaganda**, cuatro productos, una peseta.

FÁBRICA DE PERFUMERÍA FISAN:

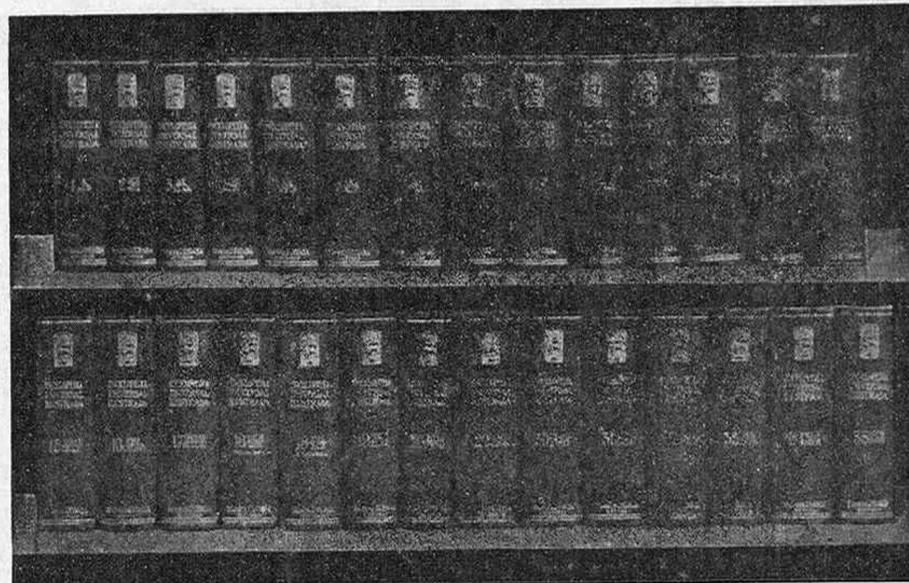
NACIONES, 17, Madrid.—Teléfono S-1.008

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 12
Camisas, Guantes, Pañuelos,
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

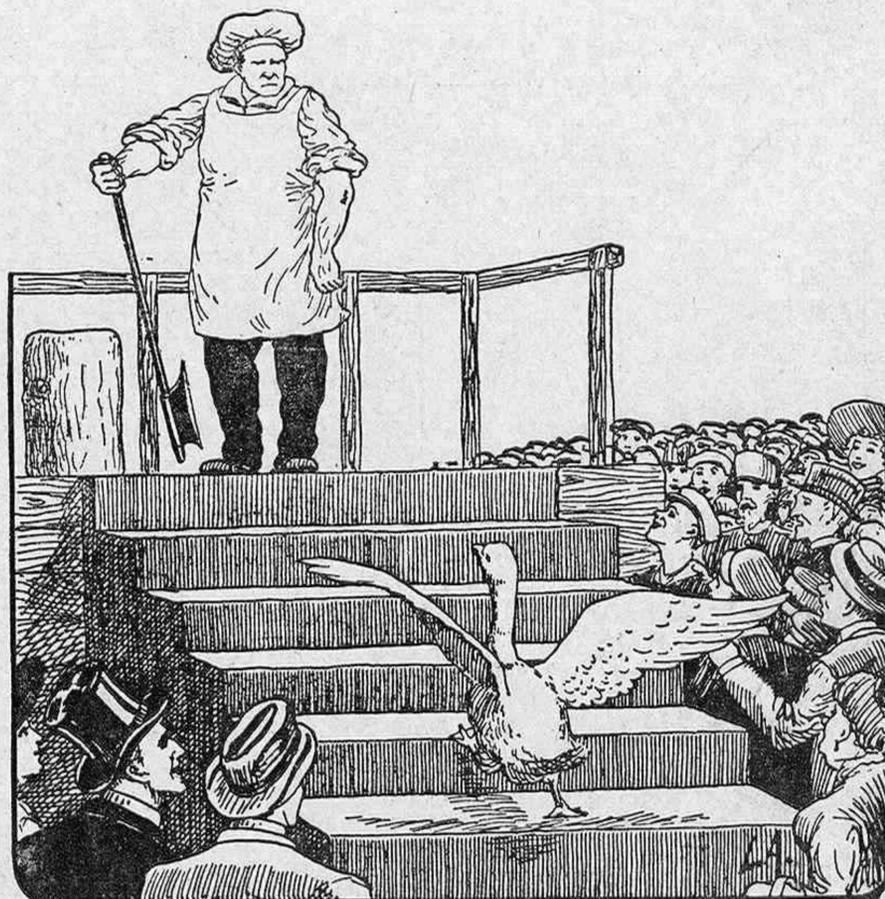
FOTOGRAFÍA BIEDMA

23, ALCALÁ, 23

Casa de primer orden □ Hay ascensor



"ENCICLOPEDIA ESPASA"



¡Oh muerte gloriosa por el
FOIE GRAS SIBERIA!

ALHAJAS

BRILLANTES, PERLAS, ORO, PLATA Y PLATINO SE PAGAN COMO EN NINGUNA PARTE :: VENTA DE BANDEJAS, CUBIERTOS, VAJILLAS Y VARIOS OBJETOS PLATA DE LEY, AL PESO * FERNANDEZ Y VEIGA, ESPARTEROS, 16 Y 18, TELEFONO 2.529. MADRID

Suscríbese á

EL SOL

Lea usted

EL SOL

Suscríbese á

EL SOL

en combinación con su Biblioteca, que ha publicado ya los siguientes volúmenes:

- I. «Carmen», por Próspero Mérimée.
- II. «Viajes y recuerdos», por Vicente Vera.
- III. «El eterno marido», por Dostoievsky.
- IV. «Postfigaro» (artículos inéditos de Mariano José de Larra, primera serie).
- V. «La monja alférez», por Catalina de Erauso.

Volumen sexto, último que se ha repartido á los señores suscriptores:

Stepanchikovo, por Dostoievsky.
(Traducción de R. Baeza)

EN PREPARACIÓN:

- «Postfigaro» (segunda serie de artículos inéditos y no coleccionados, de Mariano José de Larra).
«Rojo y negro», por Stendhal.

Todos estos tomos pueden adquirirse también en todas las librerías, al precio de 1,50 pesetas ejemplar.

Sección de colocaciones de

EL SOL

CONVIENE: A los que solicitan trabajo. A los que necesitan empleados ú obreros.

¡Acudid á la Sección de colocaciones de EL SOL, Príncipe, 2, Madrid, y leed diariamente en EL SOL las operaciones que realiza!

EL SOL

Redacción, Administración y Talleres: Larra, 8. Teléfonos: J. 44, J. 517 y J. 518.—Sucursales: Madrid, Príncipe, 2. Teléfono M. 2.156.—Puerta del Sol, 6, librería de San Martín.—Barcelona: Rambla de Canaletas, 9.—Oviedo (para toda Asturias): Pilares, 12, edificio Ojanguren.

EL SOL